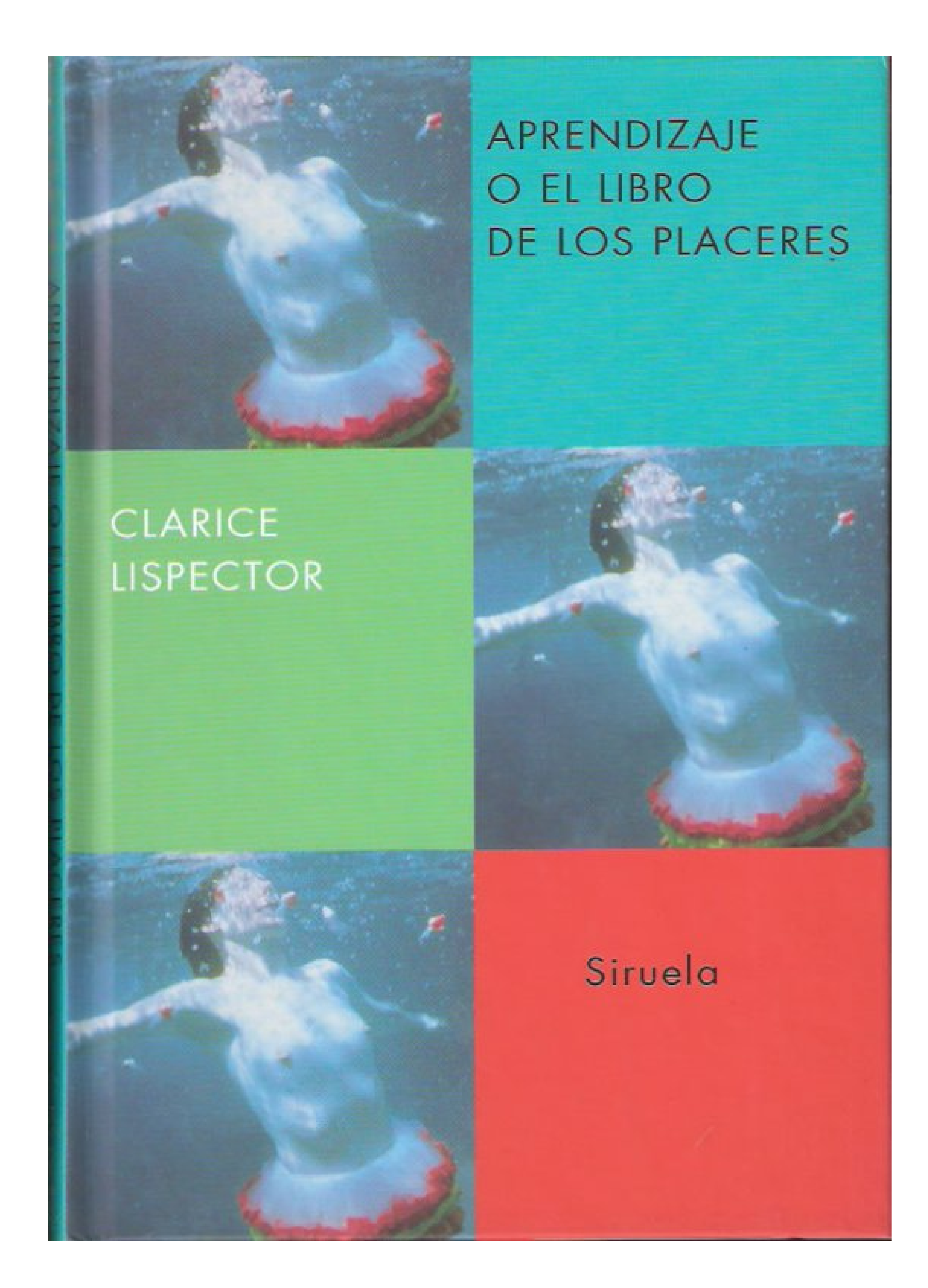

APRENDIZAJE
O EL LIBRO
DE LOS PLACERES
CLARICE
LISPECTOR
Siruela

APRENDIZAJE O EL LIBRO DE LOS PLACERES

Aprendizaje o El libro de los placeres (publicado por primera vez en 1969) despertó la polémica entre los críticos, que aún hoy debaten sus posibles interpretaciones. Aprendizaje es el relato de cómo el amor se forja en dos seres: a través de un arduo desnudamiento interno los protagonistas van recuperando su identidad hasta alcanzar la renovación vital en la mutua entrega. A su ejercicio introspectivo opone la autora su propia búsqueda formal, el intento de superar los límites del estilo amalgamando forma y fondo en una prosa rebosante de imágenes que desarman al lector con su verdad hiriente. Su lectura ofrece a quien la emprende el desafío de seguir paso a paso ese hondamiento, ese despojarse de todos los bagajes para iniciar un definitivo aprendizaje de la existencia.

Traductor: Sáenz de Tejada, Cristina
Autor: Clarice Lispector

Colección: Libros del tiempo, 198
ISBN: 9788478448333
Generado con: QualityEbook v0.60

APRENDIZAJE O EL LIBRO DE LOS PLACERES

CLARICE LISPECTOR

Traducción del portugués de
Cristina Sáenz de Tejada
y Juan García Gayo

3ª ed. (7ª ed. En ES): septiembre de 2008

Título original: *Uma Aprendizagem ou O Livro dos Prazeres*
En cubierta: *Ballet acuático vertical* de Laurie Simmons, 1981
Diseño gráfico: Gloria Gauger

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid Tel.: 91 355 57 20 Fax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
ISBN: 978-84-7844-833-3
Depósito legal: M-37.1 79-2008
Impreso en Rigormagrafic S. L.
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Este libro requirió una libertad tan grande
que tuve miedo de darla.
Está por encima de mí.
Intenté escribirlo humildemente.
Yo soy más fuerte que yo.

C. L.

APRENDIZAJE O EL LIBRO DE LOS PLACERES

Después de esto miré y he ahí que vi una puerta abierta en el cielo; y la primera vez que oí, como de trompeta, que hablaba conmigo, me dijo: «Sube acá y te mostraré las cosas que han de suceder en adelante».

Apocalipsis, 4, 1

Compruebo
Que la más alta expresión
del dolor
Consiste esencialmente
en la alegría.

Augusto dos Anjos

Jeanne
Je ne veux pas mourir! J’ai peur!
(…)
II y a la joie qui est la plus forte!

Oratorio dramático de Paul Claudel
para música de Honegger, *Jeanne d'Arc au búcher*

EL ORIGEN DE LA PRIMAVERA O LA MUERTE NECESARIA EN PLENO DÍA

, estando tan ocupada, había vuelto de hacer la compra que la sirvienta había hecho deprisa y corriendo porque cada vez trabajaba menos, aunque sólo viniese para dejar la comida y la cena listas, había hecho varias llamadas de teléfono haciendo algunos recados, incluso una dificilísima para llamar al fontanero, había ido a la cocina para ordenar las compras y disponer en el frutero las manzanas que eran su fruta favorita, aunque no supiese adornar un frutero, pero Ulises le había hecho entrever la posibilidad futura de por ejemplo adornar un frutero, vio lo que la sirvienta había dejado para cenar antes de irse, pues la comida había sido pésima, mientras se daba cuenta de que la pequeña terraza que era la ventaja de su apartamento al ser de planta baja necesitaba una limpieza, había recibido una llamada de teléfono invitándola a un cóctel de caridad en beneficio de alguna cosa que ella no entendió completamente, pero que se refería a su curso primario, gracias a Dios que estaba de vacaciones, fue al guardarropa a elegir qué vestido se pondría para estar extremadamente atractiva para su cita con Ulises que ya le había dicho que ella no tenía buen gusto para vestirse, recordó que siendo sábado él tendría más tiempo porque ese día no tenía que dar la clase del curso de vacaciones en la universidad, pensó en lo que él se estaba transformando para ella, en lo que él parecía querer que ella supiese, supuso que él quería enseñarle a vivir únicamente sin dolor, él había dicho una vez que quería que ella, cuando le preguntaran su nombre, no respondiera «Lori», sino que pudiese responder «mi nombre es yo», pues tu nombre, había dicho él, es un yo, se preguntó si el vestido blanco y negro serviría,

entonces del vientre mismo, como un remoto estremecerse de la tierra, que difícilmente podía considerarse señal de terremoto, del útero, del corazón contraído, vino el temblor gigantesco de un fuerte

dolor conmovido, del cuerpo, todo el estremecimiento —y con sutiles máscaras de rostro y de cuerpo finalmente con la dificultad de un chorro de petróleo rasgando la tierra— vino finalmente el gran llanto seco, llanto mudo sin sonido alguno hasta para ella misma, aquel que ella no había adivinado, aquel que no quisiera jamás y no había previsto —sacudida como el árbol fuerte que se conmueve más profundamente que el árbol frágil— finalmente reventados vasos y venas, entonces,

se sentó para descansar y poco después imaginaba que era una mujer azul porque el crepúsculo más tarde tal vez fuese azul, imaginaba que hilaba con hilos de oro las sensaciones, imaginaba que la infancia era hoy y plateada de juguetes, imaginaba que una vena no se había abierto e imaginaba que de ella no estaba en silencio blanquísimo manando sangre escarlata y que no estaba pálida de muerte; pero eso imaginaba que lo estaba de verdad, en medio del imaginar necesitaba hablar de la verdad de piedra opaca para que contrastase con el imaginar verde resplandeciente, imaginaba que amaba y era amada, imaginaba que estaba acostada en la palma transparente de la mano de Dios, no Lori sino su nombre secreto que ella por ahora no podía aún usufructuar, imaginaba que vivía y no que estaba muriendo, pues vivir no pasaba a fin de cuentas de aproximarse cada vez más a la muerte, imaginaba que no se quedaba de brazos caídos de perplejidad cuando los hilos de oro que hilaba se confundían y no sabía deshacer el fino hilo frío, imaginaba que era lo bastante sabia como para deshacer los nudos de marinero que le ataban las muñecas, imaginaba que tenía un cesto de perlas sólo para mirar el color de la luna pues ella era lunar, imaginaba que cerraba los ojos y seres humanos surgirían cuando abriera los ojos húmedos de gratitud, imaginaba que todo lo que tenía no era imaginar, imaginaba que distendía el pecho y una luz doradísima y leve la guiaba por un bosque de presas mudas y tranquilas mortalidades, imaginaba que no era lunar, imaginaba que no estaba llorando por dentro

pues ahora mansamente, aunque con los ojos secos, el corazón estaba mojado; había salido ahora de la voluntad de vivir. Se acordó de escribir a Ulises contándole lo que había pasado,

pero nada había pasado que se pudiera decir en palabras escritas o habladas, era bueno aquel sistema que Ulises había inventado: lo que no supiera o no pudiera decir, lo escribiría y le daría el papel mudamente —pero esta vez no había siquiera qué contar.

Lúcida y calmada ahora, Lori recordó que había leído que los

movimientos histéricos de un animal apresado tenían como intención liberarse, por medio de uno de esos movimientos, de la cosa ignorada que le estaba apresando —la ignorancia del movimiento único, exacto y liberador era lo que volvía histérico a un animal: apelaba al descontrol —; durante el sabio descontrol de Lori ella ahora había tenido para sí las ventajas liberadoras que procedían de su vida más primitiva y animal: había apelado histéricamente a tantos sentimientos contradictorios y violentos que el sentimiento liberador había terminado desprendiéndola de la red, en su ignorancia animal ella no sabía siquiera cómo, estaba cansada del esfuerzo de animal liberado.

Y ahora había llegado el momento de decidir si continuaría o no viendo a Ulises. En súbita rebelión no quiso aprender lo que él pacientemente quería enseñarle y ella misma aprender —se rebelaba sobre todo porque aquélla no era para ella época de «meditación» que de pronto parecía una ridiculez: estaba vibrando de puro deseo como le sucedía antes y después de la menstruación. Pero era como si él quisiera que ella aprendiese a andar con sus propias piernas y sólo entonces, preparada para la libertad por Ulises, fuese de él—, ¿qué es lo que quería de ella, además de tranquilamente desearla? Al principio Lori se había engañado pensando que Ulises quería transmitirle algunas cosas de las clases de filosofía pero él dijo: «No es filosofía lo que necesitas, si así fuera sería fácil: asistirías a mis clases como oyente y yo conversaría contigo en otros términos»,

puesto que ahora el terremoto serviría a su histeria y ahora que estaba liberada podía incluso postergar para el futuro la decisión de no ver a Ulises: sólo que hoy quería verlo y, a pesar de no tolerar el mudo deseo de él, sabía que en realidad era ella quien lo provocaba para intentar acabar con la paciencia con la que él esperaba; con la mensualidad que el padre le mandaba compraba vestidos caros y siempre ajustados, era sólo esto lo que sabía hacer para atraerlo y

era ya la hora de vestirse: se miró al espejo y sólo era guapa por el hecho de ser una mujer: su cuerpo era delgado y fuerte, uno de los motivos, imaginarios, que hacía que Ulises la quisiera; eligió un vestido de tela pesada, a pesar del calor, casi sin formas, la forma la daría su propio cuerpo pero

arreglarse era un ritual que la ponía seria; la tela ya no era simplemente un tejido, se transformaba en materia de cosa y a esa entretela ella le daba cuerpo con su cuerpo —¿cómo podía un simple género lograr tanto movimiento? su pelo lavado por la mañana y secado al sol en la pequeña terraza parecía de seda castaña antigua— ¿guapa?

no, mujer: Lori entonces se pintó cuidadosamente los labios y los ojos, cosa que ella hacía, según una compañera, muy mal, se puso perfume en la frente y en el nacimiento de los senos —la tierra estaba perfumada con olor de mil hojas y flores maceradas: Lori se perfumaba y ésa era una de sus imitaciones del mundo, ella que tanto buscaba aprender de la vida— con el perfume, de algún modo intensificaba cualquier cosa que ella fuese y por eso no podía usar perfumes que la contradecían: perfumarse era una sabiduría instintiva, adquirida hacía milenios por mujeres que aprendían aparentemente pasivas, y, como todo arte, exigía que ella tuviera un mínimo de conocimiento de sí misma: usaba un perfume levemente sofocante, agradable como humus, como si la cabeza acostada macerase humus, cuyo nombre no decía a ninguna de sus compañeras maestras: porque era suyo, era ella, ya que para Lori perfumarse era un acto secreto y casi religioso

—¿Se pondría pendientes? titubeó, pues quería orejas tan sólo delicadas y simples, algo modestamente sencillo, titubeó de nuevo: riqueza todavía mayor sería la de esconder con el pelo las orejas de corza y volverlas secretas, pero no resistió; las descubrió echando el pelo detrás de las orejas incongruentes y pálidas: ¿reina egipcia? no, toda adornada como las mujeres bíblicas, y había también algo en sus ojos pintados que decía con melancolía: descíframe, mi amor, o me veré obligada a devorar, y

ahora lista, vestida, lo más guapa que podía llegar a serlo, volvía nuevamente la duda de ir o no al encuentro de Ulises —lista, con los brazos caídos, pensativa, ¿iría o no al encuentro? con Ulises se comportaba como una virgen que ya no era, aunque tuviese la certeza de que también él adivinaba eso, aquel sabio extraño que, sin embargo, no parecía adivinar que ella quería amor.

Una vez más, en sus titubeos confusos, lo que la tranquilizó fue lo que tantas veces le servía de sereno apoyo: que todo lo que existía, existía con una precisión absoluta y en el fondo lo que ella terminase por hacer o no hacer no escaparía a esa precisión, aquello que fuese del tamaño de la cabeza de un alfiler, no sobrepasaría ni una fracción de milímetro más allá del tamaño de una cabeza de alfiler: todo lo que existía era de una gran perfección. Sólo que la mayor parte de lo que existía con tal perfección era, técnicamente, invisible: la verdad, clara y exacta en sí misma, ya llegaba vaga y casi insensible a la mujer.

Bueno, suspiró, si llegaba clara, por lo menos sabía que había un sentido secreto en las cosas de la vida. De tal modo lo sabía que, a veces, aunque confusa, terminaba presintiendo la perfección,

de nuevo esos pensamientos, que de algún modo usaba como recordatorio (de que, gracias a la perfección que existía, ella terminaría acertando) —una vez más el recordatorio actuó en ella y con sus ojos más oscuros ahora por el pensamiento perturbado, decidió que vería a Ulises por lo menos esta vez.

Y no era porque él la esperaba, pues muchas veces Lori, contando con la ya insultante paciencia de Ulises, faltaba sin avisar: pero ante la idea de que la paciencia de Ulises se agotara, la mano le subió a la garganta intentando detener una angustia parecida a la que sentía cuando se preguntaba «¿quién soy yo?, ¿quién es Ulises? ¿quiénes son las personas?». Era como si Ulises tuviera una respuesta para todo eso y decidiese no darla —y ahora la angustia llegaba porque nuevamente descubría que necesitaba a Ulises, cosa que la desesperaba—, quería poder seguir viéndolo, pero sin necesitar tan violentamente de él. Si fuera una persona enteramente sola, como lo fuera antes, sabría cómo sentir y actuar dentro de un sistema. Pero con Ulises entrando cada vez más plenamente en su vida, ella, al sentirse protegida por él, había llegado a tener miedo de perder la protección,

aunque ella misma no supiera con certeza qué significaba «ser protegida»: ¿tendría, por casualidad, el deseo infantil de tener todo pero sin la ansiedad de tener que dar algo a cambio? ¿Protección sería presencia? Si fuese protegida por Ulises todavía más de lo que lo era, ambicionaría pronto lo máximo: ser protegida hasta el punto de no temer ser libre: pues de sus huidas de libertad tendría siempre de dónde volver.

Después de haberse visto un instante de cuerpo entero en el espejo, pensó que la protección también sería no ser más sólo un cuerpo: ser tan sólo un cuerpo le daba, como ahora, la impresión de que había sido cortada de sí misma. Tener un cuerpo único circundado por el aislamiento hacía tan delimitado a ese cuerpo, sintió, que entonces se amedrentaba de ser una sola, ávidamente se miró de cerca en el espejo y se dijo deslumbrada: qué misteriosa soy, soy tan delicada y fuerte, y la curva de los labios conservó la inocencia.

Le pareció entonces, meditativa, que no había hombre o mujer que por casualidad no se hubiese mirado al espejo y no se sorprendiera consigo mismo. Durante una fracción de segundo la persona se veía como un objeto para ser mirado, lo que podrían llamar narcisismo pero que, ya influida por Ulises, ella llamaría: gusto de ser. Encontrar en la figura exterior los ecos de la figura interna: ah, entonces es verdad que yo no imaginé: existo.

Y por el mismo hecho de haberse visto en el espejo, sintió cómo su condición era pequeña porque un cuerpo es menor que el pensamiento —al punto de que sería inútil tener más libertad: su condición pequeña no la dejaría hacer uso de la libertad. Mientras que la condición del Universo era tan grande que no se llamaba condición. La condición humana de Ulises era mayor que la de ella que, sin embargo, era rica en lo cotidiano. Pero su desacuerdo con el mundo llegaba a ser cómico de tan grande: no había conseguido ir acompasada con las cosas de su alrededor. Ya había intentado ponerse a la par con el mundo y se había vuelto tan sólo divertido: una de las piernas siempre demasiado corta. (La paradoja es que debería aceptar de buen grado esa condición de manca, porque también eso formaba parte de su condición.) (Sólo cuando quería caminar de acuerdo con el mundo es cuando se despedazaba y se espantaba.) Y de repente sonrió para sí con una sonrisa amarga, pero que no era mala porque también era de su condición (Lori se cansaba mucho porque no dejaba de ser).

Le pareció que Ulises, si ella tuviera el coraje de contarle lo que sentía, y jamás lo haría, si le contase él respondería más o menos así y con calma: la condición no se cura pero el miedo a la condición es curable. Él diría eso o cualquier otra cosa —la irritó porque cada vez que se le ocurría un pensamiento más agudo o más sensato que éste, ella suponía que Ulises era quien lo hubiera tenido,

ella, que reconocía con gratitud la superioridad general de los hombres que tenían olor de hombres y no de perfume, y reconocía con irritación que en realidad esos pensamientos que llamaba agudos o sensatos ya eran el resultado de su convivencia más estrecha con Ulises. Y hasta el hecho de que fueran ahora más espaciados sus «sufrimientos», cosa que le debía a Ulises —¿«sufrimientos»? ¿ser era un dolor? ¿Y sólo cuando ser ya no fuese un dolor Ulises la consideraría preparada para dormir con él?

No, no voy a la cita, pensó entonces para desprenderse de él. Pero esta vez no quiso que él estuviera esperándola en el bar: para ofenderlo quiso decirle que no iba, a él que estaba acostumbrado a verla faltar sin avisar siquiera. Esa vez le diría que no iba, lo que era una ofensa más efectiva.

¿Habían pasado momentos o tres mil años? Momentos por el reloj que divide el tiempo, tres mil años por lo que Lori sintió cuando con pesada angustia, toda vestida y pintada, se acercó a la ventana. Era una vieja de cuatro milenios.

No —no estaba rojo—. Era la unión sensual del día con su hora más crepuscular. Era casi de noche y estaba todavía claro. Si por lo menos fuese rojo a la vista como lo era en ella intrínsecamente. Pero era un calor de luz sin color, y fijo. No, la mujer no conseguía transpirar. Estaba seca y límpida. Y allá afuera sólo volaban pájaros de plumas embalsamadas. Si la mujer cerraba los ojos para no ver el calor, pues era un calor visible, sólo entonces venía la alucinación lenta simbolizándolo: veía elefantes enormes aproximarse, elefantes dulces y pesados, de cáscara seca, aunque mojados en el interior de la carne por una ternura caliente insoportable; tenían dificultad en cargarse a sí mismos, lo que los hacía lentos y pesados.

Aún era temprano para encender las lámparas, lo que al menos precipitaría una noche. La noche que no venía, no venía, no venía, que era imposible. Y su amor que ahora era imposible —que era seco como la fiebre de quien no transpira—, era amor sin opio ni morfina. Y «yo te amo» era una astilla que no se podía sacar con una pinza. Astilla incrustada en la parte más gruesa de la planta del pie.

Ah, y la falta de sed. Calor con sed sería soportable. Pero, ah, la falta de sed. No había sino faltas y ausencias. Y ni la voluntad siquiera. Sólo astillas sin puntas salientes por donde ser pinzadas y extirpadas. Sólo los dientes estaban húmedos. Dentro de una boca voraz y reseca los dientes húmedos pero duros —y sobre todo la boca voraz para nada—. Y la nada era caliente en aquel fin de tarde eternizada por el planeta Marte.

Sus ojos abiertos y diamantes. En los tejados los gorriones secos. «Yo os amo, personas», era frase imposible. La humanidad era para ella como una muerte eterna que no tenía sin embargo el alivio final de morir. Nada, nada moría en la tarde seca, nada se pudría. Y a las seis de la tarde parecía mediodía. Parecía mediodía con un ruido atento de máquina de bomba de agua, bomba que trabajaba desde hacía tanto tiempo sin agua y que se había convertido en hierro oxidado: hacía dos días que faltaba agua en diversas zonas de la ciudad. Nada jamás había

estado tan despierto como su cuerpo sin transpiración y sus ojos diamantes, y de vibración detenida. ¿Y el Dios? No. Ni siquiera la angustia. El pecho vacío, sin contracción. No había grito.

Mientras tanto, era verano. ¿Verano largo como el patio vacío durante las vacaciones del colegio? ¿Dolor? Ninguno. Ninguna señal de lágrima y ningún sudor. Nada de sal. Sólo una dulzura pesada: como la de la cáscara lenta de los elefantes de cuero reseco. Escualidez límpida y caliente. ¿Pensar en su hombre? No, era la astilla en el corazón de los pies. ¿Lamentar no haberse casado y tener hijos? Quince hijos colgados, sin columpiarse por la ausencia de viento. Ah, si las manos comenzaran a humedecerse. Aunque hubiese agua, por odio no se bañaría. Era por odio que no había agua. Nada manaba. La dificultad era una cosa detenida. Es un diamante. La cigarra en su garganta seca no cesaba de murmurar. ¿Y si el Dios se licuara finalmente en lluvia? No. Ni quiero. Como seco y tranquilo odio, quiero eso mismo, este silencio hecho de calor que la tosca cigarra hace sensible. ¿Sensible? No se siente nada. Sino esta dura falta de opio que calme. Quiero que esto que es intolerable continúe porque quiero la eternidad. Quiero esta espera continua como el canto enrojecido de la cigarra, pues todo eso es la muerte detenida, es la Eternidad de trillones de años de las estrellas y de la Tierra, y el celo sin deseo, los perros sin ladrar. Es en esa hora cuando el bien y el mal no existen. Es el perdón súbito, nosotros que nos alimentábamos con gusto secreto del castigo. Ahora es la indiferencia del perdón. Pues ya no hay juicio. Es la ausencia de juez y condenado. Y no llueve, no llueve. No existe menstruación. Los ovarios son dos perlas secas. Voy a deciros la verdad: como odio seco, lo que quiero es esto mismo, y que no llueva.

Y justamente entonces oye alguna cosa. Una cosa también seca que la deja aún más seca de atención. Es un rodar de trueno seco, sin saliva, que rueda, pero ¿adonde? En el cielo desnudo y absolutamente azul ninguna nube de amor que llore. Debe estar muy lejos el trueno. Al mismo tiempo el aire tiene un olor dulzón de elefantes grandes, y del jazmín dulzón de la casa de al lado. La India invadiendo Rio de Janeiro con sus mujeres endulzadas. Un olor de claveles de cementerio. ¿Irá todo a cambiar de repente? Para quien no tenía ni noche, ni lluvia, ni podredumbre de madera en el agua —para quien no tenía sino perlas—, ¿será que va a llegar la noche? ¿Va a haber finalmente madera pudriéndose, clavel vivo de lluvia en el cementerio, lluvia que viene de Malasia?

La urgencia es todavía inmóvil pero ya tiene un temblor dentro. Lori

no advierte que el temblor es suyo, como no había advertido que aquello que le quemaba no era el fin de la tarde calurosa, y sí su calor humano. Sólo advierte que ahora alguna cosa va a cambiar, que lloverá o caerá la noche. Pero no soporta la espera de un cambio, y antes de que caiga la lluvia, el diamante de los ojos se licúa en dos lágrimas.

Y finalmente el cielo se ablanda.

Lori marcó el número de teléfono:

—No podré ir, Ulises, no estoy bien.

Hubo una pausa. Él finalmente preguntó:

—¿Físicamente no te encuentras bien?

Ella respondió que no era nada físico. Entonces él dijo:

—Lori —dijo Ulises, y de pronto pareció grave aunque hablase tranquilo— Lori: una de las cosas que aprendí es que se debe vivir a pesar de. A pesar de, se debe comer. A pesar de, se debe amar. A pesar de, se debe morir. Incluso muchas veces es el propio a pesar de el que nos empuja hacia delante. Fue un a pesar de el que me provocó una angustia que insatisfecha fue la creadora de mi propia vida. Fue a pesar de que me paré en la calle y me quedé mirándote mientras esperabas un taxi. Y desde luego deseándote, ese tu cuerpo que ni siquiera es bonito, pero es el cuerpo que quiero. Pero te quiero entera, con el alma también. Por eso, no importa que no vengas, esperaré el tiempo que sea necesario.

—¿Por qué nunca te has casado? —preguntó ella inoportunamente.

—Es que —y su voz era la de quien sonreía—, no he sentido la necesidad y por suerte he tenido las mujeres que he querido.

Ella se despidió, bajó la cabeza con pudor y alegría. Pues a pesar de, había sentido alegría. Él esperaría por ella, ahora lo sabía. Hasta que ella aprendiese.

Todo estaba tranquilo ahora. Y al acordarse de su propia imagen bíblica, al haberse mirado antes al espejo, la encontró de algún modo tan bonita, que tenía que dar ese aspecto a alguien. Y ese alguien sólo podía ser Ulises que sabía ver la belleza escondida y tan recóndita que un ser vulgar no podría. Pero él, con una mirada, podía. Él era un hombre, ella una mujer, y milagro más extraordinario que ése sólo se comparaba a la estrella fugaz que atraviesa casi imaginariamente el cielo negro y deja como rastro el ardiente espanto de un Universo vivo. Era un hombre y era una mujer.

Ella que tantas veces había llegado a odiar a Ulises, aunque siguiese actuando para que la deseara.

¡Ah! se gritó muda de repente, pero ¡que el Dios me ayude a conseguir lo imposible, sólo lo imposible me importa!

Ni siquiera entendió lo que quería decir con eso, pero como si

hubiese sido atendida por el más grande clamor humano y de algún modo, sólo por desearlo, hubiese tocado en lo imposible, dijo en voz baja, audible, humilde: gracias.

A través de sus grandes defectos —que un día tal vez pudiera mencionar sin vanagloriarse— es como había llegado ahora a poder amar. Hasta aquella glorificación: ella amaba a la Nada. La conciencia de su permanente caída humana la llevaba al amor de la Nada. Y aquellas caídas —como las de Cristo que varias veces cayó por el peso de la cruz—, y aquellas caídas eran las que comenzaban a hacer su vida. Tal vez fuesen sus «a pesar de» los que, como había dicho Ulises, llenos de angustia y desentendimiento de sí misma, la estuviesen llevando a construir poco a poco una vida. Con piedras de mala calidad ella levantaba tal vez el horror, y aceptaba el misterio de con horror amar al Dios desconocido. No sabía qué hacer de sí misma, ya nacida, sino esto: Tú, el Dios, al que amo como quien cae en la nada.

Después fue fácil llamar por teléfono a Ulises y decirle que había cambiado de idea y que podía ir a esperarla en el bar. Era cruel lo que hacía consigo misma: aprovechar que estaba en carne viva para conocerse mejor, pues la herida estaba abierta. Pero dolía demasiado moverse en ese sentido. Entonces prefirió apaciguarse y se propuso que, en el taxi, pensaría en la nariz recta de Ulises, en su cara marcada por el aprendizaje lento de la vida, en sus labios que ella jamás había besado.

Sólo que no quería ir con las manos vacías. Y como si le llevara una flor, escribió en un papel algunas palabras que Je gustaran: «Existe un ser que vive dentro de mí como si fuese su casa, y es. Se trata de un caballo negro y lustroso que a pesar de ser enteramente salvaje —pues nunca vivió antes en nadie ni jamás le pusieron riendas ni montura— a pesar de ser enteramente salvaje tiene por eso mismo una dulzura natural de quien no tiene miedo: come a veces en mi mano. Su hocico está húmedo y fresco. Beso su hocico. Cuando yo muera, el caballo negro se quedará sin casa y va a sufrir mucho. A menos que él elija otra casa y que esa otra casa no tenga miedo de aquello que es al mismo tiempo salvaje y suave. Aviso que no tiene nombre: basta llamarlo y se adivina su nombre. O no se adivina, pero, una vez llamado con dulzura y autoridad, acude. Si olfatea y siente que un cuerpo-casa está libre, trota silenciosamente y acude. Aviso también que no se debe temer su relincho: uno se engaña y piensa que es uno mismo el que está relinchando de placer o de cólera, uno se asusta con el exceso de dulzura de lo que es por primera vez».

Sonrió. A Ulises le iba a gustar, iba a pensar que el caballo era ella

misma. ¿Era?

Como si una manada de gacelas transparentes se trasladaran en el aire del mundo al crepúsculo, eso fue lo que Lori consiguió varias semanas después. La victoria translúcida fue tan leve y promisoria como el placer presexual.

Se había hecho más habilidosa: como si poco a poco se estuviera habituando a la Tierra, a la Luna, al Sol y extrañamente a Marte sobre todo. Estaba en una plataforma terrestre desde donde en fracciones de segundo parecía ver la superrealidad de lo que es verdaderamente real. Más real —le dijo Ulises cuando ella a su modo le contó el casi no acontecimiento—, más real que la realidad.

Al día siguiente intentó nueva y pacientemente el crepúsculo. Estaba a la espera. Con los sentidos aguzados por el mundo que la rodeaba como si entrase en las tierras desconocidas de Venus. Nada sucedió.

LUMINISCENCIA

DE Ulises había aprendido a tener el coraje de tener fe —mucho coraje —, ¿fe en qué? En la propia fe, pues la fe puede ser un gran susto, puede significar caer en el abismo. Lori tenía miedo de caer en el abismo y se aferraba a una de las manos de Ulises mientras la otra mano de Ulises la empujaba hacia el abismo —pronto tendría que soltar la mano menos fuerte que la que la empujaba, y caer, la vida no es cosa para jugar porque en pleno día se muere.

La más apremiante necesidad de un ser humano era convertirse en un ser humano.

Y hubo la noche de terror. Ella oía pasos yendo y viniendo. Miró por la rendija de la ventana y vio que era el mismo hombre medio loco, con brazos largos como de mono, que durante el día la había seguido. Los pasos lentos que venían e iban y volvían. Lori sabía que la esperaba a ella. Por la rendija vio que fumaba y pacientemente andaba de acá para allá.

No lo soportó más y llamó por teléfono a Ulises. Él dijo que en unos minutos estaría allí. ¿Minutos u horas interminables? ¿Se habría roto el freno de su coche o alguna cosa parecida?

Finalmente oyó cómo se detenía el coche. Vio por la ventana a los dos hombres hablando, y un susurro tranquilo que se prolongaba demasiado.

Al fin vio al hombre alejarse, al mismo tiempo que Ulises le decía por lo bajo:

—Lori todo está bien. Era un hombre al que hoy te quedaste mirando mucho, posiblemente distraída, y él esperanzado te acompañó esperando a que abrieras la puerta.

—Acércate a la puerta.

Él fue:

—¿Quieres tomar un café? —preguntó ella con el pretexto de hacerlo entrar. Él se quedó en el umbral. Ella estaba de pie, con camisón corto y transparente. Él iba a decir: «puedes dormir tranquila, disuadí al hombre como pude». Pero antes de decir eso se detuvo por completo, con los labios apretados, y la miró de arriba abajo. Al final dijo:

—Te llamo mañana por la mañana.

Con la desesperación de hembra despreciada, oyó alejarse su coche.

La visión de Ulises le había quitado el sueño. Se miró de cuerpo entero en el espejo para calcular lo que había visto Ulises. Y se encontró atractiva. Aunque él no había querido entrar.

Esperó sin prisas la madrugada. La mejor luz para vivirse era la madrugada, leve, tan leve promesa de mañana. Ella lo sabía, ya había pasado innumerables veces por eso. Como para un pintor que elige la luz que le conviene, Lori prefería para el descubrimiento de lo que se llama vivir esas horas tímidas del lento comienzo del día. De madrugada iba hasta la pequeña terraza y cuando tenía suerte era

madrugada con luna llena. Todo eso ya lo había aprendido a través de Ulises. Antes había evitado sentir. Ahora todavía sentía, aunque ya con leves incursiones de la vida.

Pero de la luna no tenía miedo porque era más lunar que solar y veía con los ojos bien abiertos en las madrugadas tan oscuras la luna siniestra en el cielo. Entonces se bañaba toda ella en los rayos lunares, así como había quienes tomaban baños de sol. Y quedaba profundamente límpida.

En esta madrugada fresca fue hasta la terraza y reflexionando un poco llegó a la temible certeza de que sus pensamientos eran tan sobrenaturales como una historia pasada después de la muerte. Ella simplemente había sentido, de pronto, que pensar no le era natural. Después había llegado a la conclusión de que no tenía un día a día, sino una vida a vida. Y aquella vida que era suya en las madrugadas era sobrenatural con sus innumerables lunas bañándola de un terrible líquido plateado.

Sobre todo había aprendido ahora a aproximarse a las cosas sin vincularlas a su función. Parecía ahora poder ver cómo serían las cosas y las personas antes de que les hubiésemos dado el sentido de nuestra esperanza humana o de nuestro dolor. Si no hubiese humanos en la Tierra, sería así: llovía, las cosas se empapaban solas y se secaban y después ardían secas al sol y se quemaban hasta ser polvo. Sin dar al mundo nuestro sentido, ¡cómo se asustaba Lori! Tenía miedo de la lluvia cuando la separaba de la ciudad y de los paraguas abiertos y de los campos embebiéndose de agua. Entonces lo que llamaba muerte la atraía tanto que sólo podría llamar valeroso al modo como, por solidaridad y pena hacia los otros, aún estaba presa de lo que llamaba vida. Sería profundamente amoral no esperar la muerte como todos los demás esperan esta hora final. Habría sido astucia suya avanzar en el tiempo, e imperdonablemente ser más sabia que los otros. Por eso, a pesar de la curiosidad intensa que tenía por la muerte, Lori esperaba.

Amaneció.

Lo que había pasado en el pensamiento de Lori aquella madrugada era tan indecible e intransmisible como la voz de un ser humano callado. Sólo el silencio de la montaña le era equivalente. El silencio de Suiza, por ejemplo. Se acordó con nostalgia del tiempo en que el padre era rico y viajaban varias veces al año.

Por más intransmisibles que fuesen los humanos, siempre trataban de comunicarse a través de gestos, de balbuceos, de palabras mal dichas

y malditas. Ya era bien de mañana cuando preparó café fuerte, lo tomó y se dispuso a comunicarse con Ulises, ya que Ulises era su hombre. Escribió:

«Es tan vasta la noche en la montaña. Tan despoblada. La noche española tiene el perfume y el eco duro del zapateado de la danza, la italiana tiene el mar cálido aunque esté ausente. Pero la noche de Berna tiene el silencio.

»Uno intenta en vano leer para no oírlo, pensar velozmente para disimularlo, inventar un programa, frágil puente que mal nos une al súbitamente improbable día de mañana. Cómo sobrepasar esa paz que nos espía. Montañas tan altas que el desespero tiene pudor. Los oídos se afinan, la cabeza se inclina, el cuerpo todo escucha: ningún rumor. Ningún gallo posible. ¿Cómo estar al alcance de esa profunda meditación del silencio? De ese silencio sin recuerdo de palabras. Si eres muerte, ¿cómo bendecirte?

»Es un silencio, Ulises, que no duerme: es insomne: inmóvil pero insomne y sin fantasmas. Es terrible —sin ningún fantasma—. Inútil querer poblarlo con la posibilidad de una puerta que se abra crujiendo, de una cortina que se abra y diga alguna cosa. Es vacío y sin promesa. ¿Como yo, Ulises? Si al menos hubiese viento. Viento es ira, ira es la vida. Pero en las noches que pasé en Berna no había viento y cada hoja estaba incrustada en la rama de los árboles inmóviles. O si fuese época de nieve. Que es muda pero deja rastro —todo emblanquece, los chicos se ríen jugando con los copos, los pasos crujen y dejan rastro—. Eso durante el día es tan intenso que la noche todavía está poblada. Hay una continuidad que es la vida. Pero este silencio no deja pruebas. No se puede hablar del silencio como se habla de la nieve. El silencio es la profunda noche secreta del mundo. Y no se puede hablar del silencio como se habla de la nieve: ¿sentiste el silencio de esas noches? Quien lo oyó no lo dice. Hay una masonería del silencio que consiste en no hablar de él y adorarlo sin palabras.

»La noche, Ulises, baja con sus pequeñas alegrías como quien enciende lámparas, con el cansancio que tanto justifica el día. Los chicos de Berna se adormecen, se cierran las últimas puertas. Las calles brillan en los adoquines y brillan ya vacías. Y finalmente se apagan las luces de las casas. Sólo alguna que otra farola encendida para iluminar el silencio.

»Pero este primer silencio, Ulises, todavía no es el silencio. Que se espere, pues las hojas de los árboles aún se adaptarán mejor, algún paso tardío tal vez se oiga con esperanza por las escaleras.

»Pero hay un momento en que del cuerpo descansado se yergue el espíritu atento, y de la Tierra y de la Luna. Entonces él, el silencio, aparece. Y el corazón se agita al reconocerlo: pues es el interior de cada uno.

»Rápidamente se puede pensar en el día que pasó. O en los amigos que pasaron y se perdieron para siempre. Pero es inútil huir: está el silencio. Incluso el sufrimiento peor, el de la amistad perdida, es tan sólo una fuga. Pues si al principio el silencio parece aguardar una respuesta —cómo arde, Ulises, por ser llamada y responder—; temprano se descubre que de ti nada exige, tal vez únicamente tu silencio. Pero esto los de la masonería lo saben. Cuántas horas perdí en la oscuridad suponiendo que el silencio te juzga —cómo esperé en vano ser juzgada por el Dios—. Surgen las justificaciones, trágicas justificaciones forjadas, humildes disculpas hasta la indignidad. Suave es para el ser humano mostrar finalmente su indignidad y ser perdonado con la excusa de que se es un ser humano humillado de nacimiento.

»Hasta que se descubre, Ulises —ni tu indignidad él quiere—. Él es el Silencio. ¿Él es el Dios?

»También se puede tratar de engañarlo. Se deja como por casualidad caer al suelo el libro de cabecera. Pero —horror— el libro cae dentro del silencio y se pierde en su muda y detenida vorágine. ¿Y si un pájaro enloquecido cantara? Esperanza inútil. El canto sólo atravesaría como una leve flauta el silencio. Lo que más se parecía, en el dominio del sonido, al silencio era una flauta.

»Entonces, si hay coraje, no se lucha más. ¿Se entra en él, se va en él hacia el infierno? Se va con él, nosotros los únicos fantasmas de una noche en Berna. Que se entre, entonces. Que no se espere el resto de la oscuridad delante de él, sólo él mismo. Será como si estuviéramos en un barco tan descomunalmente enorme que ignorásemos estar en un barco. Y navegara tan dilatadamente que ignorásemos estar yendo. Más que esto un hombre no puede. Vivir en el margen de la muerte y de las estrellas es una vibración más tensa de lo que las venas pueden soportar. No hay ni siquiera un hijo de astro y de mujer como piadoso intermediario. El corazón tiene que presentarse delante de la Nada solo y solo golpear en el silencio con una taquicardia en las tinieblas. Solamente se siente en los oídos el propio corazón. Cuando éste se presenta todo desnudo, ni siquiera es comunicación, es sumisión. Pues no fuimos hechos para el pequeño silencio, no para el silencio astral.

»Si no hay coraje, que no se entre. Que se espere el resto de la oscuridad delante del silencio, solamente los pies mojados por la

espuma de algo que se expande desde dentro de nosotros. Que se espere. Un insoluble por el otro. Uno al lado del otro, dos cosas que no se ven en la oscuridad. Que se espere. No el fin del silencio, sino el auxilio bendito de un tercer elemento: la luz de la aurora.

»Después nunca más se olvida, Ulises. Inútil huir a otra ciudad. Pues cuando menos se espera se lo puede reconocer —de repente—. Al cruzar la calle en medio de las bocinas de los coches. Entre una carcajada fantasmagórica y otra. Después de una palabra dicha. A veces en el propio corazón de la palabra se reconoce el Silencio. Los oídos se asombran, la mirada se atemoriza —helo aquí—. Y esa vez es un fantasma.»

Escribir la alivió. Estaba ojerosa por la noche no dormida, cansada, pero por un instante —ah, cómo le gustaría a Ulises saberlo— feliz. Porque, si no había expresado el inexpresable silencio, había hablado como un mono que gruñe y hace gestos inoportunos, transmitiendo no se sabe qué. Lori era. ¿Qué? Pero era.

Lo que pasaba en realidad con Lori es que, por alguna decisión tan profunda que se le escapaban los motivos —ella por miedo había cortado el dolor—. Solamente con Ulises había llegado a aprender que no se podía cortar el dolor —si no se sufriría todo el tiempo—. Y había cortado sin tener siquiera otra cosa que en sí sustituyese la visión de las cosas a través del dolor de existir, como antes. Sin el dolor, se había quedado sin nada, perdida en su propio mundo y en el ajeno sin forma de contacto.

Fue entonces cuando Ulises apareció casualmente en su vida. Él, que se había interesado por Lori únicamente por el deseo, parecía ahora ver lo inalcanzable que era ella. Y más: no sólo inalcanzable para él sino para ella misma y para el mundo. Ella vivía a causa de una estrechez en el pecho: la vida.

Fue entonces cuando habían comenzado los encuentros: ella sólo parecía querer aprender de él algo y se había engañado pensando que quería aprender por el hecho de ser Ulises profesor de Filosofía, usándolo con esa esperanza. Cuando ésta murió, al ver que él no tenía la menor intención de enseñarle un modo de vivir «filosófico» o «literario», ya era tarde: estaba sujeta a él porque quería ser deseada, sobre todo gustaba de ser deseada medio salvajemente cuando él bebía de más. Ya había sido deseada por otros hombres pero era nuevo tener a Ulises queriéndola y esperando con paciencia —incluso cuando estaba borracho, lo que no le dejaba fuera de control— y esperando con paciencia que ella estuviera preparada, mientras él mismo decía de sí mismo que estaba en pleno aprendizaje, pero tan lejos de ella que ella se transformaba en ínfimo cuerpo vacío y doloroso, únicamente eso. Y ella le anhelaba porque precisamente él le parecía ser el límite entre el pasado y lo que viniese —¿lo que vendría?—. Nada, pensaba con desesperación. Esperaba, ya que no tenía nada que hacer sino dar clase por la mañana en el curso de primaria o seguir de vacaciones como hasta ahora, leer un poco, comer y dormir, y encontrarse con Ulises que poco la transformaba, o si la transformaba era demasiado poco. Y esperar.

Sin embargo, era su pavor a una posible intimidad de alma con Ulises lo que la irritaba con él. ¿Estaría de verdad luchando contra su propia intensa voluntad de aproximarse al imposible de otro ser

humano? Ah, que no hubiese más dolor, y ayudaba a Ulises esforzándose rápidamente en aprender —¿qué?— por miedo a que al fin él descubriese que ya era demasiado tarde para ella y retrocediera gentilmente. Le parecía sin embargo que ella misma dificultaba la misión de ambos. Porque aunque sin saber lo que quería, aparte de un día llegar a dormir con él, adivinaba que sería algo tan difícil de dar y recibir que tal vez él se negara.

La propia Lori tenía una especie de miedo a ir, como si pudiese ir demasiado lejos —¿en qué dirección?—. Esto dificultaba la ida. Siempre se contenía un poco como si retuviera las riendas de un caballo que podría galopar y llevarla Dios sabe dónde. Se reservaba. ¿Por qué y para qué? ¿Para qué se estaba reservando? Era un cierto miedo de su propia capacidad, pequeña o grande, tal vez por no conocer sus propios límites. ¿Los límites de un humano eran divinos? Eran. Pero parecíale que, así como una mujer a veces se reservaba intacta para darse un día al amor, ella quería morir quizá toda entera para tener la eternidad toda.

¿Quería la salvación? El dolor había sido anquilosado y paralizado dentro de su pecho, como si no quisiera servirse más de él como forma de vivir. Pero esa precaución —que vino después de Ulises— no era todavía la que la salvaría, pues en lugar del dolor, nada había venido sino una pausa en la vida de los sentimientos. Si era la salvación lo que ella esperaba de Ulises, ¿sería eso pedir tanto y tan grande que él se negaría? Nunca había visto a nadie salvar al otro, entonces temía una aproximación que sólo la haría desilusionarse en la confirmación de que un ser no traspasa al otro como sombras que se traspasan.

A veces retrocedía y sucumbía a una completa irresponsabilidad: el deseo de ser poseída por Ulises sin ligarse a él, como había hecho con los otros. Pero también en eso podría equivocarse: ahora era una mujer de la gran ciudad pero el peligro es que también había una fuerte herencia campesina de generaciones en su sangre. Y sabía que esa herencia podría hacer que de repente quisiese más, diciéndose: no, no quiero ser solamente yo, para tener un yo propio, lo que quiero es la ligazón extrema entre mí y la tierra frágil y perfumada. Lo que llamaba tierra ya se había convertido en el sinónimo de Ulises, tanto quería ella la tierra de sus antepasados. Con los niños a los que enseñaba por las mañanas, no conseguía unirse a la tierra, como si no estuviera preparada para establecer el vínculo de mujer con lo que representaba hijos. Y, permanecía aún, como sombra del dolor sombrío del que había sido hecha antes de Ulises, el pensamiento desalentado: lo que ella era,

era únicamente una pequeña parte de sí misma.

Su alma inconmensurable. Pues era el Mundo. Y sin embargo vivía lo pequeño. Eso constituía una de sus fuentes de humildad y forzada aceptación, y también la debilidad frente a cualquier posibilidad de actuar.

Por otra parte, de sentirse demasiado humilde era de donde paradójicamente venía su orgullo de persona. Es que su orgullo —que se reflejaba en el modo flexible y tranquilo de caminar— su orgullo venía de la certeza oscura de que sus raíces eran fuertes, y de que su humildad no era sólo humildad humana: es que cualquier raíz era fuerte, y su humildad venía de la certeza oscura de que todas las raíces eran humildes, terrosas y llenas de húmedo vigor en su nudosa modestia de raíz.

Obviamente todo eso no era pensado: era vivido, con algún que otro rápido resplandor de luz de foco que iluminando el cielo por la noche durante una fracción de segundo ilumina con su pensamiento la oscuridad.

Lo que también había salvado a Lori es que sentía que si su mundo particular no fuese humano, también habría lugar para ella, y con gran belleza: ella sería una mancha difusa de instintos, dulzuras y ferocidades, una trémula irradiación de paz y lucha, como lo era humanamente, pero lo sería de forma permanente: porque si su mundo no fuese humano ella sería un bicho. Por un instante entonces despreciaba lo propiamente humano y experimentaba la silenciosa alma de la vida animal.

Y estaba bien. «No entender» era tan vasto que sobrepasaba cualquier entender —entender era siempre limitado—. Pero no-entender no tenía fronteras y llevaba al infinito, al Dios. No era un no-entender como el de un simple de espíritu. Lo bueno era tener inteligencia y no entender. Era una bendición extraña como la de tener locura sin ser demente. Era un desinterés manso en relación con las cosas dichas del intelecto, una dulzura de estupidez.

Pero de vez en cuando venía la inquietud insoportable: quería entender lo suficiente para al menos tener más conciencia de aquello que no entendía. Aunque en el fondo no quisiera comprender. Sabía que aquello era imposible y todas las veces había pensado que si había comprendido era por haber comprendido mal. Comprender era siempre un error —prefería la vastedad amplia y libre y sin errores del no-entender. Era malo, pero, al menos, se sabía que se estaba en plena

condición humana.

Sin embargo, a veces adivinaba. Eran manchas cósmicas que sustituían al entender.

París, de pronto, aquella tierra extraña, le había dado el dolor más insólito —el de su perdición real—. Estar perdida no era la verdad corriente sino la irrealidad que le daba la noción de su condición verdadera. Y la de todos.

Contó también cómo en el invierno, todavía en París, había buscado una modista en un barrio distante del hotel. Dentro de la casa no había sentido caer la tarde y, estando la chimenea encendida, no advirtió que el frío con la noche precoz se había vuelto helado. Era nueve de febrero. Al salir se había asustado al encontrar noche cerrada. No conocía el barrio y los taxis eran escasos, los que pasaban en aquella calle negra ya llevaban pasajeros. No tenía una noción exacta de a qué distancia se encontraba del hotel. Se había quedado allá de pie esperando inútilmente un taxi. ¿Y si se olvidara del nombre del hotel? Y de repente no había tenido la menor idea de su nombre, tanto se parecía el nombre de los hoteles en todas las ciudades del mundo y ella había vivido o tan sólo parado en tantos. Si no se acordara nunca más del nombre del hotel, nadie la encontraría, se quedaría viviendo en aquel barrio sucio y negro y de edificios ennegrecidos, aislada del resto de París y tendría que cambiar de vida para sobrevivir. Viviría allí mismo donde se había perdido: era raro que una persona tocara tan de cerca su propia perdición. ¿Para tener de qué comer tendría que prostituirse? De acuerdo con como estaba hecha le parecía más fácil y menos angustioso que trabajar detrás del mostrador de un negocio.

Había perdido la noción de cuánto tiempo hacía que estaba allí aquella noche. El frío había aumentado tanto que algunos hombres habían encendido una hoguera color de llama intensa dentro de una lata depositada en la vereda. Se aproximó también y, como los hombres, para no sentir el entumecimiento creciente de los pies congelados, zapateaba de vez en cuando imitándolos y, todavía imitándolos, restregaba las manos enguantadas una con la otra —hasta que de repente lo inesperado: el taxi vacío pasando.

Lori ya le había contado a Ulises algo de la época en que, en Campos, los padres eran ricos y viajaban, pasando meses con los hijos en un país u otro, hasta que, al mismo tiempo que la madre moría, la fortuna familiar se redujo a un tercio. Ulises, a pesar de no haber viajado nunca sino por Brasil, jamás le había hecho preguntas de tipo turístico. Ni ella las describía. Lori había hablado sucintamente sobre sí misma en otros países. Había dicho poco pero él, por la atención que le había prestado, parecía haber oído más allá de lo que ella había contado.

Había hablado de París, pero no de la tierra llamada París. Había hablado de cómo allá el invierno se llenaba de tinieblas en el crepúsculo y de cómo nevaba nieve mala, no de la leve sino de la pesada, y todavía más: los copos helados le golpeaban el rostro ya rígido de fríos traídos por las ráfagas de viento. Contó sin detalles que un día, al oscurecer, había comenzado en una esquina a llorar mansamente. No había nadie cerca, y entonces había comenzado a hablar sola: «Que el Dios me ayude en estas tinieblas heladas que son las mías».

—En esa esquina —le dijo a Ulises con su voz siempre mansa— me sentí perdida, salvada de algún naufragio y arrojada en una playa oscura, fría, desierta.

Lo mandó parar. ¿Y el nombre del hotel? «Vaya andando», le dijo al conductor. «Andando hacia dónde» había respondido malhumorado como todos los conductores en París. «Vaya andando», repitió con fingida dureza. ¿Olvidaría realmente el nombre del hotel? Se sentía como cuando era niña y participaba en representaciones teatrales, y entre bastidores, antes de entrar a escena, se estremecía de pavor porque sencillamente había olvidado las primeras líneas de lo que debía decir. Aunque, una vez en escena, hablase de repente como una sonámbula, y sólo más tarde fuese poco a poco tomando conciencia de sí y del público y consiguiese representar su papel.

Fue un frenazo súbito del taxi, acompañado de palabrotas del conductor, lo que le provocó la conmoción necesaria y de pronto recordó el nombre del hotel. Se lo dijo al conductor e inmediatamente rompió en llanto sofocado de alivio y sufrimiento.

Ulises había escuchado con la frente fruncida. Y después dijo:

—Y entonces no quisiste nunca más eso —y te detuviste ante la posibilidad del dolor, lo que nunca se hace impunemente. Sólo te

detuviste y nada encontraste además de eso—. No digo que yo tenga mucho, pero tengo todavía la búsqueda intensa y una esperanza violenta. —No su voz baja y dulce—. Y no lloro; si fuera necesario un día grito, Lori. Estoy en plena lucha y mucho más cerca que tú de lo que se llama pobre victoria humana, pero es victoria. Yo podría tenerte con mi cuerpo y mi alma. Esperaré aunque sea años a que tú también tengas cuerpo-alma para amar. Todavía somos jóvenes, podemos perder algún tiempo sin perder la vida entera. Pero mira a todos a tu alrededor y ve lo que hemos hecho de nosotros y de eso considerado como victoria nuestra de cada día. No hemos amado por encima de todas las cosas. No hemos aceptado lo que no se entiende porque no queremos pasar por tontos. Hemos amontonado cosas y seguridades por no tenernos el uno al otro. No tenemos ninguna alegría que no haya sido catalogada. Hemos construido catedrales y nos hemos quedado del lado de afuera, pues las catedrales que nosotros mismos construimos tememos que sean trampas. No nos hemos entregado a nosotros mismos, pues eso sería el comienzo de una vida larga y la tememos. Hemos evitado caer de rodillas delante del primero de nosotros que por amor diga: tienes miedo. Hemos organizado asociaciones y clubs sonrientes donde se sirve con o sin soda. Hemos tratado de salvarnos, pero sin usar la palabra salvación para no avergonzarnos de ser inocentes. No hemos usado la palabra amor para no tener que reconocer su contextura de odio, de amor, de celos y de tantos otros opuestos. Hemos mantenido en secreto nuestra muerte para hacer posible nuestra vida. Muchos de nosotros hacen arte por no saber cómo es la otra cosa. Hemos disfrazado con falso amor nuestra indiferencia, sabiendo que nuestra indiferencia es angustia disfrazada. Hemos disfrazado con el pequeño miedo el gran miedo mayor y por eso nunca hablamos de lo que realmente importa. Hablar de lo que realmente importa es considerado una indiscreción. No hemos adorado por tener la sensata mezquindad de acordarnos a tiempo de los falsos dioses. No hemos sido puros e ingenuos para no reírnos de nosotros mismos y para que al fin del día podamos decir «al menos no fui tonto» y así no quedarnos perplejos antes de apagar la luz. Hemos sonreído en público de lo que no sonreiríamos cuando nos quedásemos solos. Hemos llamado debilidad a nuestro candor. Nos hemos temido uno al otro, por encima de todo. Y todo eso lo consideramos victoria nuestra de cada día. Pero yo escapé de eso, Lori, escapé con la ferocidad con que se escapa de la peste, Lori, y esperaré hasta que tú estés más preparada.

Lori siempre se maravillaba de cómo Ulises la conocía. Pues a pesar

de poder comprenderla, ella temía su censura o que se desanimase o la abandonara, y que nunca le dijera que el «mal» muchas veces volvía: el aire dentro de ella tenía entonces olor de polvo mojado. ¿Volverá a empezar, Dios mío? Se preguntaba entonces. Y reunía todas sus fuerzas para parar el dolor. ¿Qué dolor era? ¿El de existir? ¿El de pertenecer a alguna cosa desconocida? ¿El de haber nacido?

Y después, estancado el dolor como si no hubiese siquiera existido, exhausta, tras haber nadado kilómetros en el universo vacío, permanecía anhelante, se arrojaba en las arenas brillantes de un planeta, inmóvil, de bruces.

Tampoco le había dicho a Ulises cómo había mejorado la penosa sensación de estar libre por el hecho de estar realmente libre: al perder el padre el grueso de la fortuna, ella se había mudado sola de Campos a Rio, había comprado el pequeño apartamento donde vivía, sustentado escasamente por la mensualidad del padre. Con cuatro hermanos varones, y ella hija única, el padre le mandaba lo que ella quisiera. Con el tercio de la fortuna que había quedado daba para que ellos vivieran como ricos, pero felizmente para ella se había acabado la posibilidad de viajar sin parar por Europa. No se lo había contado a Ulises por vergüenza: él era, según ella entendía, socialista y no admitiría sin burlas o indignación tratar con ella sin desprecio.

—¿Por qué viniste a Rio? ¿No existen colegios de primaria en Campos?

—Es que no quería… no quería casarme, quería cierto tipo de libertad que allá no sería posible sin escándalo, comenzando por mi familia, allá todo se sabe, mi padre me manda la mensualidad porque con el dinero del colegio yo no podría…

—¿Cuántos amantes tuviste ya? —interrumpió él.

Ella enmudeció. Después dijo:

—No fueron propiamente amantes porque no los amaba.

—En las vacaciones, como ahora, ¿no te sientes muy sola? Antes de mí, quiero decir.

—Alguna compañía tengo porque siempre puedo conversar un poco con la antigua empleada que viene unas horas a arreglar la casa y dejar preparada la comida y la cena. Y hay una adivina a la que de vez en cuando visito.

Él no rió:

—Y a las amigas, ¿no las echas de menos?

Ya que él no se había reído, ella pudo decir:

—Pero la adivina es mi amiga, tampoco me cobra la consulta. Y yo estaba cansada de vivir en compañía de cuatro hermanos y de mi padre y de todos los conocidos y conocidas. Amiga sólo tuve cuando estudiaba. Ahora prefiero estar sola.

—Escucha, Lori, sabes muy bien cómo te conocí y a propósito quiero recordarlo: estabas esperando un taxi y yo, después de mirarte mucho, pues físicamente me gustaste, simplemente te abordé con un principio de conversación cualquiera sobre la dificultad de encontrar taxi a aquella hora, me ofrecí a llevarte en mi coche a donde quisieras, después de cinco minutos de viaje te invité a tomar un whisky y tú sin ningún reparo aceptaste. ¿Tus amantes te abordaban en la calle?

Ella se ofendió y respondió dura y sincera:

—Claro que no. No quiero hablar de ellos. No tenían importancia sino relativa y pasajera. Y ni siquiera pregunto si tú ahora mismo tienes una amante.

Se quedaron callados. Él tal vez pensando con cautela que era su primera escena de celos. Ella feliz, pensando que ésa era su primera escena de celos.

—¿Cuántos amantes tuviste? —preguntó abruptamente.

Ella hizo un esfuerzo sobre sí misma y dijo rápida:

—Cinco.

Él tragó el dolor y cambió de tema:

—Pero en tus viajes es imposible que nunca hayas estado entre naranjos, sol y flores con abejas. No sólo el frío oscuro, sino también el resto.

—No —dijo sombría—. Esas cosas no son para mí. Soy mujer de la gran ciudad.

—En primer lugar, Campos no es lo que se llama una ciudad grande. Y después, esas cosas, como símbolo, son para todo el mundo. Es porque tú no aprendiste a tenerlas.

—¿Y eso se aprende? ¿Naranjos, sol y abejas en las flores?

—Se aprende cuando ya no se tiene como guía fuerte la propia naturaleza. Lori, Lori, escucha: se puede aprender todo, incluso a amar. Y lo más extraño, Lori, ¡se puede aprender a tener alegría!

—Dime lo que quieras que aprenda —dijo ella con inesperada ironía —. ¿El Cantar de los Cantares?

—Tal vez, ¿por qué no? —había respondido él más serio.

—Tú dices eso porque estás preparado.

—Preparado en todos los sentidos nunca lo estaré, Lori, no me

engaño.

Enmudecieron, Ulises pidió otro whisky más.

—¿Por qué —preguntó él— me das la impresión de que voluntariamente te separaste de las personas?

—Un día tal vez te lo diré, si tengo el coraje de hablar mucho.

Era raro que él se mostrara claramente más serio.

Lori reconocía que él tenía más concentración, intensidad, delicadeza y discreción, aunque todo fuese casi siempre encubierto por un tono suave para no mostrar emoción.

—Sabes, Lori —dijo él ahora sonriendo—. Después de haber estado contigo unas tres o cuatro veces (¡por Dios, tal vez haya sido exactamente desde la primera vez que te vi!) pensé que podría actuar contigo con el método de algunos artistas: concibiendo y realizando al mismo tiempo. Es que de entrada pensé haber encontrado una tela desnuda y blanca, sólo hacía falta usar los pinceles. Después descubrí que si la tela estaba desnuda, estaba también ennegrecida por una densa humareda que venía de algún mal fuego, y que no sería fácil limpiarla. No, concebir y realizar es el gran privilegio de algunos. Pero aun así no he desistido. No —continuó él hablando como si ella no estuviera allí—, no es sólo con buenos sentimientos como se hace literatura: tampoco la vida. Pero hay algo que no es un buen sentimiento. Es una delicadeza de vida que incluso exige el máximo coraje para aceptarla.

Lori se quedó quieta. Percibía que él pensaba en voz alta y que ella no necesitaba entender. Pero era tan bueno para escuchar. Ella también quiso hacerse oír y dijo con voz algo voluptuosa, que para nada encajaba con ella e hizo que él levantara las cejas en interrogación:

—Estuve leyendo un día a un filósofo, sabes. Una vez seguí su consejo y resultó bien. Era más o menos esto: solamente cuando olvidamos todos nuestros conocimientos es cuando comenzamos a saber. Entonces pensé en ti, que no hablas una palabra de filosofía conmigo y cuando estamos juntos, eso es, cuando estamos juntos hasta pareces un sabio que no quiere ser más sabio y hasta, sabes, hasta se permite el lujo de angustiarse disimuladamente como cualquiera de nosotros.

Ulises estaba atento, inmóvil. Lori continuó:

—Parece tan fácil a primera vista seguir consejos de alguien. Tus consejos, por ejemplo —ahora ella ya hablaba en serio—: tus consejos. Pero existe un gran obstáculo, el más grande, para que yo siga adelante: yo misma. He sido la mayor dificultad en mi camino. Es con enorme

esfuerzo como consigo sobreponerme a mí misma.

Jamás había hablado tantas palabras seguidas. Por eso quería evitar lo principal. No obstante de repente notó que si no dijera el final nada habría dicho, y habló:

—Soy un monte infranqueable en mi propio camino. Pero a veces, con una palabra tuya o con una palabra leída, de repente todo se aclara.

Sí, todo se aclaraba y ella surgía de dentro de sí misma casi con esplendor.

—Sí —dijo Ulises—. Pero te engañas. Yo no te doy consejos. Yo simplemente (yo) creo que lo que realmente hago es esperar. Esperar a que tal vez tú misma te aconsejes, no sé, Lori, te juro que no lo sé, a veces me parece que estoy perdiendo el tiempo, a veces me parece que al contrario, no hay modo más perfecto, aunque inquieto, de emplear el tiempo: el de esperarte. ¿Sabes rezar?

—¿Qué? —preguntó ella con sobresalto.

—No rezar el padre nuestro, sino pedirte a ti misma, pedir lo máximo de ti misma.

No sé si sé, nunca lo he intentado. ¿Es esto un consejo? —preguntó con ironía.

Él se perturbó:

—Eso creo. Olvida lo que dije.

Pero ella no lo olvidó.

Lavaba su rostro despacio, ya con el camisón puesto para dormir. Se retrasaba, retrasaba. Se cepilló una vez más los dientes. Su frente estaba fruncida, su alma trémula. Sabía que iba a tratar de rezar y se asustaba, como si lo que fuera a pedir de sí misma y al Dios necesitase mucho cuidado: porque lo que pidiera, le sería concedido. Fue hasta la nevera, bebió un vaso de agua: obraba como si hubiese sido hipnotizada por Ulises. Y todavía un ínfimo movimiento de rechazo contra el hipnotismo al que parecía haber sido atada le hacía postergar lo que viniese.

¿Pedir? ¿Cómo se pide? ¿Y qué se pide?

¿Se pide vida?

Se pide vida.

¿Pero no se está ya teniendo vida?

Existe una más real.

¿Qué es real?

Y no sabía cómo responder. A ciegas tendría que pedir. Pero ella quería que, si era a ciegas, al menos entendiese lo que pedía. Sabía que no debía pedir lo imposible: la respuesta no se pide. La gran respuesta no se nos da. Es peligroso revolver en la gran respuesta. Prefería pedir humildemente, y no a su altura que era enorme: Lori sentía que era un enorme ser humano. Y que debía tener cuidado. ¿O no debía? La vida entera había tenido cuidado en no ser grande dentro de sí para no tener dolor.

No, no debía pedir más vida. Por ahora era peligroso. Arrodillóse trémula junto a la cama pues era así como se rezaba y dijo en voz baja, severa, triste, tartamudeando su oración con un poco de pudor: alivia mi alma, haz que sienta que Tu mano está cogida de la mía, haz que sienta que la muerte no existe porque ya estamos en verdad en la eternidad, haz que sienta que amar no es morir, que la entrega de sí mismo no significa la muerte, haz que sienta una alegría modesta y diaria, haz que no Te indague demasiado, porque la respuesta sería tan misteriosa como la pregunta, haz que me acuerde de que tampoco hay explicación de por qué el hijo quiere el beso de su madre y aún así quiere y aún así el beso es perfecto, haz que reciba el mundo sin temor, pues para ese mundo incomprensible fui creada y yo misma también incomprensible, entonces es como existe una conexión entre ese

misterio del mundo y el nuestro, pero esa conexión no es clara para nosotros mientras queramos entenderla, bendíceme para que viva con alegría el pan que como, el sueño que duermo, haz que tenga caridad hacia-mí misma pues si no, no podré sentir que Dios me amó, haz que pierda el pudor de desear que en la hora de mi muerte haya una mano humana para apretar la mía, amén.

No en vano entendía a los que buscaban camino. ¡Cómo buscaba arduamente el suyo! Y cómo buscaba hoy con impaciencia y aspereza su mejor modo de ser, su atajo, ya que ya no osaba hablar de camino. Se agarraba ferozmente en busca de un modo de caminar, de un paso seguro. Pero el atajo con sombras refrescantes y reflejo de luz entre los árboles, el atajo donde ella fuese finalmente ella, eso sólo en cierto momento indeterminado de la oración lo había sentido. Pero también sabía una cosa: cuando estuviera más preparada, pasaría de sí hacia los otros, su camino estaba en los otros. Cuando pudiese sentir plenamente al otro estaría a salvo y pensaría: he aquí mi puerto de llegada.

Pero antes necesitaba tocarse a sí misma, antes necesitaba tocar en el mundo.

La vez siguiente que se encontraron en la terraza del bar, una semana después, Ulises estaba con su aire lánguido y poco interesante. Pero Lori ya lo conocía: este aire era el modo como él tranquilamente ejercitaba momento a momento la forma de abrir camino. Si salía de ese aire distante era para mirarla con un vago deseo que no parecía querer hacerse más fuerte.

Lori se mantuvo en silencio, dejando que él bebiese en silencio, sin mirarlo. Fue pues con un pequeño susto como lo oyó dirigirse a ella, y no sabía cuánto tiempo él la había contemplado antes de decirle:

—Eres tan antigua, Lori —dijo, y para sorpresa de ella había ternura en su voz—. Eres tan antigua, flor mía, que debería darte a beber vino en un ánfora —dijo ya sin ternura, y la había llamado «flor mía» como ella le oyera llamar a su secretaria, aquella vez en que se la habían encontrado en la calle. Era un modo disimulado de falsa camaradería, así como Lori actuaba ante él con cierta sequedad. Pero había tenacidad en Ulises, había tenacidad en Lori.

Ulises ahora la miraba curioso:

—Lori, ¿no consigues al menos sentir lo que hay de profunda y arriesgada aventura en lo que nosotros dos intentamos?

¡Lori, Lori! ¡Estamos intentando la alegría! ¿Sientes al menos eso? ¿Y sientes cómo nos arriesgamos en el peligro? ¿Sientes que hay más seguridad en el dolor tibio? Ah, Lori, Lori, ¿no consigues recuperar, aunque sea vagamente, en el recuerdo de la carne, el placer que al menos en la cuna debes haber sentido por estar? ¿Por ser? ¿O al menos alguna vez en la vida, no importa cuándo, ni por qué?

Lori no respondió, sabía que él adivinaba que la respuesta era negativa.

—¿Prefieres el dolor?

Tampoco a eso respondió, sabía que él adivinaba que la respuesta sería de nuevo: no.

—¿Qué pasa? ¿Para aprender la alegría necesitas todas las garantías?

Ella se quedó en silencio, porque el tono de Ulises había cambiado y en lugar de ardiente se había vuelto sarcástico y era para herirla. Él se reclinó en la silla un poco cansado y dijo:

—Eres de las que necesitan garantías. ¿Quieres saber cómo soy yo

para aceptarme? Por ti voy a darme a conocer mejor —dijo con ironía —. Mira, tengo un alma superabundante y uso pocas palabras. Soy irritable y fácilmente hiero. También soy muy tranquilo y perdono en seguida. Nunca olvido. Pero hay pocas cosas de las que me acuerde. Soy paciente pero profundamente colérico, como la mayoría de los pacientes. Las personas nunca me irritan del todo, ciertamente porque las perdono de antemano. Me gustan mucho las personas por egoísmo: es que en el fondo se parecen a mí. Nunca olvido una ofensa, y esto es verdad, ¿pero cómo puede ser verdad, si las ofensas salen de mi cabeza como si nunca hubiesen estado en ella?

Lori comenzaba a creer que Ulises se burlaba de ella. Y apretó los labios con cólera. Sólo que no podía impedir querer oírlo, su curiosidad crecía a medida que, incluso sabiendo que él bromeaba, también decía la verdad.

—Tengo una paz profunda —continuó él—, solamente porque es profunda y ni siquiera puede ser vulnerada por mí mismo. Si fuese alcanzable para mí, no tendría un minuto de paz. En cuanto a mi paz superficial, es una alusión a la verdadera paz. Otra cosa que olvidé es que hay otra alusión en mí (la del mundo grande y abierto). Soy profesor de Filosofía porque es lo que más estudié y en el fondo me gusta oírme hablando sobre lo que me interesa. Tengo un sentido didáctico pronunciado que hace que mis alumnos se apasionen por la materia y me busquen fuera de la clase. Éste, mi sentido didáctico, que es una voluntad de transmitir, también lo tengo con relación a ti, Lori, si bien tú eres el peor de mis alumnos. Bueno, a pesar de mi aire duro, estoy lleno de mucho amor y es eso lo que ciertamente me da grandeza, esa grandeza que tú percibes y de la que tienes miedo.

Como si de pronto hubiese notado que había hablado en serio, se detuvo y rió para deshacer todo lo que había dicho:

—Mi amor por el mundo es así: perdono a las personas que tienen una nariz mal hecha o labios demasiado delgados, y que son feas; cualquier error de los otros es para mí una oportunidad para amar. Mira, no permito que nadie mande en mí, y por otra parte no me molesta por ejemplo seguir simplemente el programa trazado en la facultad para la enseñanza de cada clase.

Ulises finalmente notó la cólera muda de Lori. Entonces dijo simple y sinceramente:

—Bien sé que estaba bromeando, pero no he mentido ni una sola vez, todo lo que he dicho es verdad. Y si me he confesado no importa,

sobre todo si ha sido a ti. Además me confesaría también a otros, sin ningún peligro: nadie puede hacer uso de lo que los otros son, ni siquiera uso mental, por eso, este tipo de confesión jamás es peligroso. Tal vez ahora me desconozcas todavía más. El mejor modo de despistar es decir la verdad, aunque no haya intentado ninguna vez despistarte, Lori —dijo él.

Con cierto dolor Lori advirtió entonces que Ulises, a pesar de lo contrario, no quería entregarse a ella. Y ella pagaría con la misma moneda. Tal vez antes de hablar él, ella tuviese la intención de entregarse un día, pues sabía que tendría que dar a alguien lo que ella era, si no ¿qué haría de sí? ¿Cómo morir antes de darse, incluso en silencio? Porque en el darse tendría finalmente un testimonio de sí misma. Y porque Ulises también había pensado en la muerte, dijo:

—Antes de morir se vive, Lori. Es algo natural morir, transformarse, transmutarse. Nunca se inventó nada más allá de morir. Como nunca se inventó un modo diferente de amor carnal que, sin embargo, es extraño y ciego y aún así cada persona, sin saber de la otra, reinventa la copia. Morir debe ser un gozo natural. Después de morir no se va al paraíso, morir es el paraíso.

Quedaron en silencio mucho tiempo, un silencio que no pesaba. Hasta que él, como si quisiera darle alguna cosa, dijo:

—Mira ese gorrión, Lori —ordenó—, no deja de picotear el suelo que aparentemente está vacío pero con certeza sus ojos ven la comida.

Obediente, ella miró. Y de pronto he ahí que el gorrión alzó el vuelo, y con la sorpresa Lori se olvidó de sí misma y dijo a Ulises como si fuese una niña:

—¡Es tan bonito que vuele!

Había hablado con la inocencia de que se valía en las clases con los chicos, cuando no temía ser juzgada. Inquieta entonces miró con rapidez a Ulises. Él la miraba. Con sobresalto Lori notó que era una mirada… ¿de amor?

Una semana después Lori todavía pensaba en aquel encuentro. No había visto más a Ulises, ni él la había llamado por teléfono. Hacía una semana que ella bordaba un mantel, y con las manos ocupadas y diestras conseguía pasar los largos días de las vacaciones escolares. Bordaba, bordaba. A veces, al caer la noche, se acicalaba detenidamente e iba al cine.

Pero se sentía impaciente por dentro, sentía impaciencia: había algo que ella necesitaba saber y experimentar, y no lo sabía y nunca lo había sabido. Y el tiempo de algún modo se estaba acortando, faltaba poco para que empezaran otra vez los colegios. Temía que Ulises se cansara de esa resistencia paquidérmica a dejar entrar el mundo en ella, y desistiera. Y la desesperación la invadía. Sabía que aún no estaba preparada para darse a él ni a nadie, y en ese intervalo él tal vez la dejase. La desesperación creció en una de esas tardes soleadas. De repente se dejó caer en la cama de bruces, con el rostro casi enterrado en la almohada: el dolor había vuelto.

El dolor había vuelto casi físicamente, y pensó en rezar. Pero pronto descubrió que no quería hablar con el Dios. Tal vez nunca más. Se acordó de que una vez, de vacaciones en una hacienda, se había caído de bruces en un claro de un matorral, apoyando el pecho en la tierra, los miembros en la tierra, sólo el rostro vuelto hacia el suelo estaba protegido por uno de los brazos doblados.

Ante ese recuerdo, que visualizó nuevamente, pensó que de ahora en adelante era sólo eso lo que quería del Dios: apoyar el pecho en él y no decir una palabra. Pero si eso era posible, sólo sería después de muerta. Mientras estuviese viva tendría que rezar, lo que no quería hacer más, o entonces hablar con los humanos que respondían y representaban tal vez a Dios. Ulises sobre todo.

Aunque, por deformación profesional, Ulises enseñase demasiado. No tenía aire de doctor, parecía más bien un estudiante un poco mayor, por el hecho de que sus palabras no procedían de los libros y sí de una vida que ella adivinaba plena. Lo que no impedía que él fuese, sin quererlo, un poco pedante. Le irritaba su manera de querer parecer… ¿qué? ¿Superior? Ulises, el sabio Ulises, algún día iba a caer como una estatua de su pedestal. Lori sabía que pensaba todo eso por rabia, por dolor, con el rostro enterrado en la almohada.

No sabía más nada. Y a pesar de sentirse ahora muda en relación con Dios, percibía en sí la voluntad intensa, casi punzante, de lamentarse, de acusar, sobre todo de reivindicar. Le parecía que ya había tenido tanta experiencia que ahora le debería llegar, dentro de la lógica romántica de los humanos, la hora de recibir la paz. Ya ni osaba pensar en la alegría, que ella no sabía propiamente cómo era, sino en la paz. ¿Cómo sería una alegría? ¿Tendría todavía capacidad para reconocerla, si viniese? O ya era demasiado tarde para que supiera distinguirla. Adivinaba que la alegría vendría quizá con un sonido simple casi por debajo del nivel de audición. Entonces ella, que nunca más había hablado con el Dios cósmico, Le dijo con súbita cólera: nada Os doy porque nada me disteis.

Porque ella parecía saber que existía algo —¿qué?— que los humanos daban al Dios —¿cómo?—. Y ella ni siquiera quería saber ya qué era. Aunque sintió que el Dios también necesitaba de los humanos —y entonces se negó a Él.

¿Sería posible que en cierto momento de la vida el mundo se volviese comprensible? Tenía miedo de perder la vida a causa de la continua sorpresa en caso de que llegara a ese punto, a pesar de que se convertiría en una fuente de paz.

¿O no sería paz lo que ella quería? No podía, mientras tanto, impedir casi usufructuar lo que imaginaba que sucedía después de morir —al igual que había apoyado el cuerpo en la tierra, apoyarse toda hasta ser absorbida por Dios—. Ya quiso estar muerta, no porque no quisiera la vida —la vida que aún no le había dado su secreto— sino porque ansiaba esa integración sin palabras. Pero la palabra de Dios era de un mutismo tan completo que aquel silencio era Él mismo. Tampoco quería entrar más en una iglesia aunque tan sólo fuese para respirar la penumbra fresca y recogida.

Ahora estaba sola frente al dolor que tuviera que venir. Sabía que si estaba sola y frente al dolor que viniese eso no venía de la humildad de una aceptación o de un coraje, sino del desafío al Dios con el que ahora, por desilusión y soledad, ella parecía querer medir fuerzas. Tú me creaste a través de un padre y de una madre y después me dejaste en el desierto. En extraña venganza, pues era contra ella misma, contra una criatura del Dios, era entonces en el desierto donde se quedaría, y sin pedir agua para beber. Quien sufría más con eso era ella misma, pero lo principal es que con su sufrimiento voluntario ofendía al Dios y entonces poco le importaba el dolor.

Pero su Dios no le servía: había sido hecho a su propia imagen, se

parecía demasiado a ella, tenía cierta ansiedad en las soluciones —sólo que en Él era ansiedad creadora—, la misma severidad que ella. Y cuando Él era bueno, lo era igual que si ella fuera bondadosa. El verdadero Dios, no hecho a su imagen y semejanza, era por eso totalmente incomprendido por ella, y ella no sabía si Él podría comprenderla. Su Dios hasta ahora había sido terrestre, y ya no lo era más. De ahora en adelante, si quisiera rezar, sería como rezar a ciegas al cosmos y a la Nada. Y sobre todo ya no podía rogar al Dios. Descubrió que hasta ahora había rezado para un yo-mismo, sólo que poderoso, engrandecido y omnipotente, llamándolo Dios y del mismo modo que un niño veía al padre como la figura de un rey.

Después Lori se despertó un poco a una realidad más objetiva en torno a sí, cambió la posición de la cabeza sobre el brazo doblado. Pensó que hacía minutos que luchaba con el Dios; cansada, exhausta, murmuró sin timbre de voz: no entiendo nada. Era una verdad tan indudable que tanto su cuerpo como su alma cedieron ligeramente y así reposó un poco. En ese instante era tan sólo una de las mujeres del mundo, y no un yo, y se integraba en una especie de marcha eterna y sin objetivo de hombres y mujeres en peregrinación hacia la Nada. Lo que era una Nada era exactamente el Todo.

Había desmitificado una de las pocas grandezas de las cuales vivía.

Sabía que por ahora dolía mucho y que después dolería aún más, pues sufriría la falta de Aquel que, aun cuando no existiera, ella amaba porque era una de sus células. Y tal vez llegara a salvarse: porque la angustia era la incapacidad de sentir finalmente el dolor. Pensó: nunca tuve mi dolor. Por falta de grandeza, había sufrido soportablemente todo lo que en ella había para sufrir. Pero ahora sola, amando a un Dios que ya no existía tal vez palpase finalmente el dolor que era de ella. Angustia era también el miedo de sentir finalmente el dolor.

Ya sentía nostalgia de lo que había sido: ni siquiera a la iglesia de Santa Lucía, que era el refugio del calor asfixiante de la ciudad, volvería a ir. Se acordaba de la última vez que había entrado allí y se había sentado en la sombra límpida rodeada de santos. Había pensado entonces: «Cristo fue Cristo para los otros, ¿pero quién? ¿quién había sido un Cristo para el Cristo?». Él había tenido que ir directamente al Dios. Y ella, sentada entonces en el banco de la iglesia, había querido también ir derecha a la Omnipotencia, sin ser a través de la condición humana de Cristo que era también la suya y la de los otros. Y, oh Dios, no querer ir a Él a través de la condición misericordiosa de Cristo tal vez no dejara de ser nuevamente su miedo a amar. Se levantó y volvió a

bordar.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Aun antes de descolgar ella sabía que tenía que ser Ulises. Dejó el bordado sobre la silla y dejó sonar el teléfono un poco más, no quería mostrar ansiedad.

Era él, sí. Y como si no hubiera pasado una semana, dijo que estaba en la piscina del club y que por qué no venía y se encontraban allí, bastaba con decir en la portería que era su invitada. No era en la piscina donde ella quería verlo, pero el miedo a perderlo hizo que aceptara, aun temiendo el momento de verse casi desnudos.

Una hora y media después —el tiempo de comprar un traje de baño nuevo— ya estaba cambiada de ropa en el vestuario, y sin coraje para salir. Se envolvió en su albornoz y fue a su encuentro, sentado al borde de la piscina. Procuró disimular la dura resistencia a quedarse prácticamente desnuda, por último se quitó el albornoz, sin mirarle siquiera. Se sentaron sin hablar, él bebía un gin-tonic.

Mucho tiempo había transcurrido, o tal vez no mucho, pero para ella el silencio se estaba haciendo intolerable, así que para disimular, balanceaba los pies dentro del agua verde. Hasta que finalmente él habló y sin rudeza dijo:

—Mira a aquella muchacha, por ejemplo, la del traje de baño rojo. Mira cómo camina con el orgullo natural de quien tiene un cuerpo. Tú, además de esconder lo que se llama alma, tienes vergüenza de tener un cuerpo—. Ella no respondió, pero, vulnerada, se volvió imperceptiblemente más rígida. Después, sintiendo que él no iba a decir nada más, pudo poco a poco relajar los músculos. Pensó —en la medida en que le era posible pensar estando en traje de baño frente a él— pensó: cómo explicarle, aunque quisiera, y no quería, el largo camino recorrido hasta llegar a ese momento posible en que sus piernas se balanceaban dentro de la piscina. Y a él todavía le parecía poco. Cómo explicar que, desde la lejanía de la que venía dentro de sí, ya era una victoria estar semiviviendo. Porque finalmente, una vez roto su miedo a la desnudez delante de él, estaba respirando suavemente, ya semiviviendo.

A un movimiento suyo, el de echar el pelo hacia atrás, vio de golpe el rostro de él, advirtió que él la miraba y que la deseaba. Sintió entonces un pudor que ya difería del que él había llamado pudor de tener un cuerpo. Era un pudor de quien también desea, así como Lori había deseado unir su pecho y sus miembros en el Dios. Al advertir muy claramente su propio deseo, se volvió arisca y dura, y permanecieron en

silencio el resto de la tarde. Ella se fue tranquilizando y perdió el miedo más grande que tenía: el de perderlo por retrasarse tanto.

La sorprendió su propio pensamiento: ¿entonces ella proyectaba de hecho ser suya un día? Se engañaba siempre pensando que se trataba de una especie extraña de amistad y que así continuaría siempre, hasta marchitarse como una fruta que no es recogida a tiempo y cae podrida del árbol al suelo.

Los gritos de alegría y susto de los chicos ya no se oían más: era bastante tarde y el sol se había debilitado, la piscina se había quedado vacía. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban en silencio? La soledad de los dos sólo era interrumpida por la llegada silenciosa y apresurada del camarero que venía inmediatamente a llenar el vaso de Ulises a poco que se vaciara.

El silencio del atardecer. Miró hacia Ulises, y éste miraba con los ojos entornados hacia lo lejos. Lo miró. Ya a esa hora emanaba de él una irradiación luminosa. Después Lori percibió que ese fulgor eran los reflejos del sol antes de morir definitivamente. Miró hacia las mesitas con sombrilla dispuestas alrededor de la piscina: parecían sobrenadar en la homogeneidad del cosmos. Todo era infinito, nada tenía principio ni fin: así era la eternidad cósmica. Un instante después la visión de la realidad se deshacía, había sido apenas una fracción de segundo, la homogeneidad desaparecía y los ojos se perdían en una multiplicidad de tonalidades todavía sorprendentes: a la visión aguda e instantánea había seguido algo más reconocible en la tierra. En cuanto a Ulises, en esos nuevos colores que finalmente Lori tenía la capacidad de ver, en cuanto a Ulises estaba ahora a un tiempo sólido y transparente, lo que le enriquecía de resonancias y esplendor. Se le podía llamar un hombre guapo.

Por primera vez entonces lo miró desde el punto de vista de la belleza estrictamente masculina, y vio que había en él una tranquila virilidad. Bajo la nueva luz, Ulises estaba irreal y sin embargo verosímil. Irreal por su especie de belleza, que ahora oscilaba con las oscilaciones últimas del sol. Verosímil porque bastaría extender la mano y, así que ésta le tocase, encontraría la resistencia de lo que es sólido. Lori tuvo miedo de lo que le podría ocurrir a ella, ya que era una adoradora de los hombres.

Ulises volvió el rostro hacia ella y descubrió que estaba siendo examinado. Sin embargo, ante el descubrimiento, fue Lori quien se sonrojó, desviando los ojos.

—No tengas miedo —dijo él sonriendo—, no tengas miedo de mi silencio… Soy un loco, pero dirigido dentro de mí por una especie de gran sabio…

Él no la había entendido, entonces: había pensado que estaba perturbada por el silencio. Lori no respondió. Ya estaba acostumbrada al tono didáctico de Ulises que en realidad no era pedante. Le miró de improviso: estaba tan tranquilo como si fuese sólo ella quien sufriese y él nunca hubiera conocido el dolor de no tener futuro sino el de continuar existiendo. Él no la había entendido, y eso la alegró. Pues Lori descubrió lo que estaba ocurriendo con enorme delicadeza: lo que ella juzgara que era tan sólo su mirada directa hacia Ulises y hacia la realidad de él había sido el primer paso temible hacia alguna cosa, ¿o él lo había advertido? Lo había advertido, sintió ella, pero sin saber de qué se trataba, había sentido que ella había avanzado y entonces quiso asegurarla con la seguridad de retomar el silencio.

Ella estaba en su primera infancia y sin miedo a que la angustia sobreviniera; estaba en estado de encantamiento por los colores orientales del Sol que dibujaba figuras góticas en las sombras. Puesto que el Dios nació de la Naturaleza y a su vez Él intervino en ella. Las últimas claridades ondulaban sobre las aguas quietas y verdes de la piscina. Descubriendo lo sublime en lo trivial, lo invisible bajo lo tangible —ella misma deshecha como si hubiese sabido en ese momento que su capacidad de descubrir los secretos de la vida natural todavía estaba intacta. Y deshecha también por la leve angustia que le vino al sentir que podía descubrir otros secretos, tal vez uno mortal. Pero sabía que era ambiciosa: despreciaría el éxito fácil y querría, aún con miedo, subir cada vez más alto o descender cada vez más bajo.

Ulises habló:

—Bien tranquila, Lori, vete bien tranquila. Pero cuidado. Es mejor no hablar, no decirme nada. Hay un gran silencio dentro de mí. Y ese silencio ha sido la fuente de mis palabras. Y del silencio ha venido lo que es más precioso que todo: el propio silencio. ¿Por qué miras tan detenidamente a cada persona?

Ella se ruborizó:

—No sabía que me estabas observando. No miro por nada: me gusta ver a las personas siendo.

Entonces se extrañó a sí misma y eso parecía producirle vértigo. Es que ella misma, al extrañarse, estaba siendo. Aun arriesgándose a que Ulises no lo entendiera, le dijo bien bajo:

—Estoy siendo…

—¿Cómo? —preguntó él ante aquel susurro de voz de Lori.

—Nada, no importa.

—Importa, sí. ¿Quieres hacer el favor de repetir?

Ella se volvió más humilde, porque ya había perdido el extraño y encantado momento en que había estado siendo:

—Te dije, Ulises, que estoy siendo.

Él la examinó y por un momento no la reconoció, aquel rostro familiar de mujer. Se desconoció, y entendió a Lori: él estaba siendo.

Se quedaron callados como si los dos se hubieran encontrado por primera vez. Estaban siendo.

—Yo también —dijo por lo bajo Ulises.

Ambos sabían que ése era un gran paso hacia el aprendizaje.

· no había peligro de gastar este sentimiento con miedo a perderlo, porque ser era infinito, tan infinito como las olas del mar. Estoy siendo, decía el árbol del jardín. Estoy siendo, dijo el camarero que se aproximó. Estoy siendo, dijo el agua verde en la piscina. Estoy siendo, dijo el mar azul del Mediterráneo. Estoy siendo, dijo nuestro mar verde y traicionero. Estoy siendo, dijo la araña e inmovilizó a la presa con su veneno. Estoy siendo, dijo la criatura que se había caído en las baldosas del suelo y había gritado asustada: ¡Mamá! Estoy siendo, dijo la madre que tenía un hijo que caía en las baldosas que rodeaban la piscina. Pero la luz se apaciguaba para la noche y extrañaron la luz crepuscular. Lori estaba fascinada por el encuentro de sí misma, se fascinaba y casi se hipnotizaba.

Allí estaban. Hasta que la luz que precedía al crepúsculo se fue abriendo entre penumbras y mayores transparencias, y el cielo amenazaba una revelación. La luz se espectralizó en casi una ausencia, sin que aquella especie de neutralidad fuese todavía tocada por la oscuridad: no parecía crepúsculo y sí lo más imponderable de un amanecer. Todo aquello era absolutamente imposible, por eso es por lo que Lori sabía que veía. Si fuera razonable, nada sabría.

Y cuando todo comenzó a ponerse increíble, la noche descendió.

Lori, por primera vez en su vida, sintió una fuerza que parecía más una amenaza contra lo que ella había sido hasta entonces. Entonces habló su alma a Ulises:

—Un día seré el mundo con su impersonalidad soberbia contra mi extrema individualidad de persona, pero seremos uno solo.

Miró a Ulises con la humildad que de pronto sentía y vio con

sorpresa la sorpresa de él. Sólo entonces se sorprendió consigo misma. Los dos se miraron en silencio. Ella parecía pedir auxilio contra lo que de algún modo involuntariamente había dicho. Y él con los ojos húmedos quiso que ella no huyese y habló:

—Repite lo que dijiste, Lori.

—Ya no lo sé.

—Pero yo lo sé, voy a saberlo siempre. Literalmente dijiste: un día será el mundo con su impersonalidad soberbia contra mi extrema individualidad de persona, pero seremos uno solo.

—Sí.

Lori estaba suavemente aterrada. Entonces eso era la felicidad. De entrada se sintió vacía. Después sus ojos se humedecieron: era la felicidad, pero qué mortal soy, cómo el amor por el mundo me trasciende. El amor por la vida mortal la asesinaba dulcemente, poco a poco. ¿Y qué es lo que hago? ¿Qué hago de la felicidad? ¿Qué hago de esa paz extraña y aguda que ya está empezando a dolerme como una angustia, como un gran silencio de espacios? A quién doy mi felicidad, que ya está empezando a herirme un poco y me asusta. No, no quiero ser feliz. Prefiero la mediocridad. Ah, millares de personas no tienen el coraje de por lo menos prolongarse un poco más en esa cosa desconocida que es sentirse feliz y prefieren la mediocridad. Se despidió de Ulises casi corriendo: él era el peligro.

Esa noche Lori permaneció en vela.

Era una noche muy hermosa: se parecía al mundo. El espacio oscuro estaba todo estrellado, el cielo en eterna, muda vigilia. Y la tierra debajo con sus montañas y sus mares.

Lori estaba triste. No era una tristeza difícil. Era algo así como una tristeza de nostalgia. Estaba sola. Con la eternidad delante y detrás de ella. Lo humano es estar solo.

Quiso retroceder. Pero sentía que era demasiado tarde: una vez dado el primer paso, éste era irreversible, y la empujaba hacia delante, ¡más, más! Qué es lo que quiero, Dios mío. Lo que quería era todo.

Como si pasara del hombre-mono al *pitecantropus erectus*. Y entonces no había medio de retroceder: era la lucha por la supervivencia entre misterios. Y a lo que más aspira el ser humano es a volverse un ser humano.

Como no tenía sueño, fue a la cocina a calentar café. Puso demasiado azúcar en la taza y el café quedó horrible. Esto le llevó a una realidad más cotidiana. Ser le cansaba, así que descansó un poco.

Oía el ruido de las olas del mar de Ipanema rompiendo en la playa. Era una noche diferente, porque mientras Lori pensaba y dudaba, los otros dormían. Fue hasta la ventana, miró la calle con sus escasas farolas y el fuerte olor del mar. Estaba oscuro para Lori. Demasiado oscuro. Pensó en personas conocidas: estaban durmiendo o divirtiéndose. Algunas estaban bebiendo whisky. Su café se volvió todavía más dulzón, todavía más imposible de beber. Y la oscuridad de los solitarios se hizo mucho mayor.

Estaba cayendo en una tristeza sin dolor. Lo cual no era malo. Era una parte de algo, con seguridad. Al día siguiente probablemente tendría alguna alegría, también sin grandes éxtasis, sólo un poco de alegría, y esto tampoco era malo.

Así era como intentaba pactar con la mediocridad de vivir.

Pero era tarde: ya ansiaba nuevos éxtasis de alegría o de dolor. Tenía que tener todo lo que el más humano de los humanos tenía. Aun cuando fuese el dolor, ella lo soportaría, sin temer morir nuevamente. Lo soportaría todo. Siempre que le diesen todo.

No. Nadie se lo daría. Tenía que ser ella misma quien procurase obtenerlo. Inquieta, andaba de un lado para otro del apartamento, sin

un lugar donde quisiera sentarse. Su ángel de la guarda la había abandonado. Era ella misma quien tenía que ser su propio guardián.

Y ahora tenía la responsabilidad de ser ella misma. En ese mundo de opciones, ella parecía haber elegido.

Fue de nuevo a la ventana: vio el paisaje que le era familiar durante el día, pero desconocido durante la noche. Aquella alta sombra oscura y móvil y temblorosa era el árbol cuyas hojas brillaban de sol durante el día. Ahora éstas temblaban con el viento que arrastraba papeles rotos por los guijarros de la vereda, haciéndolos casi volar. Hacía mucho viento, y Lori temió que por la mañana lloviese y no pudiera hacer lo que pretendía: ir a la playa. Sabía, sin embargo, que aunque lloviese iría. Era de Campos, tierra sin mar, y nunca había llegado a tener la costumbre de ir a la playa que quedaba tan cerca de su apartamento.

Sin sentir, se adormeció sentada en uno de los sillones. E inmediatamente soñó que Ulises esa misma noche estaba con alguna otra mujer. Los celos la despertaron de sobresalto. ¿También eso tendría que sufrir? Sí, también los celos, también la cólera, también todo.

Todavía era de noche, debía haber dormido algunos minutos tan sólo. Sin embargo, no se sentía cansada: estaba alerta.

Entonces había alguna cosa que se podía aprender… ¿qué? Poco a poco lo sabría, seguro. Lori quería aprender, no sabía por dónde comenzar y tenía también pudor. De la misma manera que ellos habían estado en la piscina y allá, no solamente había sabido ver por primera vez la mutación feérica y al mismo tiempo opaca del sol, sino que había sentido el mundo, entonces ahora probaría el mundo sola para ver cómo era. Pero esta vez no en la piscina, donde encontraría gente, sino en el mar, en una hora en que nadie aparecía.

Se durmió de nuevo y esta vez profundamente pues cuando se despertó con una especie de sobresalto ya era de día. Miró el reloj: eran las cinco y diez de la mañana clara y límpida. La playa aún estaría desierta. ¿Y ella iba a aprender qué? Iría como hacia la nada.

Se puso el traje y el albornoz, y en ayunas caminó hasta la playa. Hacía fresco y ¡se estaba tan bien en la calle! Donde no pasaba nadie todavía, sino a lo lejos la furgoneta del lechero. Siguió andando y mirando, mirando, mirando, viendo. Era un cuerpo a cuerpo consigo misma esta vez. Oscura, lastimada, ciega —cómo encontrar en ese cuerpo a cuerpo un diamante diminuto pero que fuera feérico, tan feérico como imaginaba que debían ser los placeres. Aunque no los encontrara ahora, sabía, que su exigencia se había vuelto infatigable.

¿Iba a perder o a ganar? Pero continuaría su cuerpo a cuerpo con la vida. Alguna cosa se había desencadenado en ella, finalmente.

Y ahí estaba él, el mar.

Ahí estaba el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y allí estaba la mujer, de pie, el más ininteligible de los seres vivos. El día que el ser humano se hizo una pregunta sobre sí mismo, entonces se convirtió en el más ininteligible de los seres por donde circulaba sangre. Ella y el mar.

Sólo podría haber un encuentro de sus misterios si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos desconocidos hecha con la confianza con la que se entregarían dos comprensiones.

Lori miraba el mar, era lo que podía hacer. Sólo le estaba delimitado por la línea del horizonte, es decir, por su incapacidad humana de ver la curvatura de la tierra.

Debían ser las seis de la mañana. El perro libre vacilaba en la playa, el perro negro. ¿Por qué un perro es tan libre? Porque el misterio vivo no se indaga. La mujer duda porque va a entrar.

Su cuerpo se consuela de su propia exigüidad en relación con la vastedad del mar porque es la exigüidad del cuerpo lo que le permite volverse caliente y delimitado, y lo que le hacía pobre y libre persona, con su parte de libertad de perro en las arenas. Ese cuerpo entrará en el ilimitado frío que sin rabia ruge en el silencio de la madrugada.

La mujer no lo sabe, pero está cumpliendo un acto de coraje. Con la playa vacía a esa hora, ella no tiene el ejemplo de otros seres humanos que transforman la entrada en el mar en simple juego imprudente de vivir. Lori está sola. El mar salado no está solo porque es salado y grande, y eso es una obra de la Naturaleza. El coraje de Lori es el de, no conociéndose, igualmente proseguir, y obrar sin conocerse exige coraje.

Va entrando. El agua saladísima está tan fría que la eriza y ataca sus piernas como en un ritual.

Pero una alegría fatal —la alegría es una fatalidad— ya la invadió, aunque ni se le ocurra sonreír. Al contrario, está muy seria. El olor es el de una fétida marejada perturbadora que la despierta de su más adormecido sueño secular.

Y ahora está alerta, incluso sin pensar, como un pescador está alerta sin pensar. La mujer es ahora una, compacta y liviana y aguda —y se abre camino en la frialdad que, líquida, se opone a ella, y sin embargo la deja entrar, como en el amor en que la oposición puede ser un solicitado secreto.

El camino lento aumenta su coraje secreto —¡y de pronto se deja cubrir por la primera ola!—. La sal, el yodo; todos los líquidos la dejan por unos instantes ciega, toda empapada —aterrada de pie, fertilizada.

Ahora que el cuerpo está todo mojado y del pelo gotea agua, ahora lo frío se transforma en frígido. Avanzando, abre las aguas del mundo por la mitad. Ya no necesita coraje, ahora ya es vieja en el ritual recuperado que había abandonado hacía milenios. Baja la cabeza dentro del brillo del mar, y retira una cabellera que sale toda goteando sobre los ojos salados que arden, juega con la mano en el agua, pausada, los cabellos al sol se están casi inmediatamente endureciendo con la sal. Con el cuenco de las manos y con la altivez de aquellos que nunca darán explicación ni a ellos mismos: con el cuenco de las manos lleno de agua, la bebe a grandes tragos, buenos para la salud de un cuerpo.

Y era eso lo que le estaba faltando: el mar por dentro como el líquido espeso de un hombre.

Ahora está toda ella igual a sí misma. La garganta alimentada se contrae por la sal, los ojos se enrojecen por la sal que seca, las olas la golpean y vuelven, la golpean y vuelven pues ella es una defensa compacta.

Se zambulle nuevamente, nuevamente bebe más agua, ahora sin avidez pues ya conoce y ya tiene un ritmo de vida en el mar. Es la amante que no teme pues sabe que lo tendrá todo nuevamente.

El sol se abre más y la eriza al secarla, se zambulle de nuevo: está cada vez menos ávida y menos aguda. Ahora sabe lo que quiere: quiere quedarse de pie quieta en el mar. Así se queda, entonces. Como contra los costados de un barco, el agua golpea, vuelve, golpea, vuelve. La mujer no recibe transmisiones ni transmite. No necesita comunicación.

Después camina dentro del agua de regreso a la playa, y las olas la empujan suavemente ayudándola a salir. No está caminando sobre las aguas —ah, nunca haría eso después de que hace milenios ya hubieran andado sobre las aguas— pero nadie le quita eso: caminar dentro de las aguas. A veces el mar opone resistencia al salir tirándola con fuerza hacia atrás, pero entonces la proa de la mujer avanza un poco más dura y áspera.

Y ahora pisa en la arena. Sabe que está brillando de agua, y sal y sol. Aunque lo olvide, nunca podrá perder todo eso. De algún modo oscuro su pelo empapado es de náufrago. Porque sabe —sabe que creó un peligro—. Un peligro tan viejo como el ser humano.

Lori había pasado de la religión de su infancia a una no-religión y ahora había pasado a algo más amplio: llegó al extremo de creer en un Dios tan vasto que era el mundo con sus galaxias: eso lo había visto ella el día anterior al entrar sola en el mar desierto. Y a causa de la vastedad impersonal era un Dios al cual no se podía implorar: lo que se podía hacer era agregarse a él y ser grande también.

En compensación, ya que no podía en el dolor dejar de implorar, había aprendido de un día para otro a implorar misericordia y fuerza para sí misma, pues ella no era tan vasta ni impersonal ni inalcanzable. Y obtenía la misericordia suficiente por lo menos para recuperar el aliento.

Su dolor de vida había adquirido la forma de no poder esperar más sin angustia la llamada de teléfono de Ulises. Ella misma sólo le había llamado algunas veces.

Esta vez estaba aún más ansiosa por encontrarse con él, quería que de algún modo él conociera su baño en el mar de madrugada. Pero el teléfono estaba mudo. Y Lori tenía miedo de perder por falta de comunicación, los pasos que había avanzado.

Era el día en que se haría el cóctel de la Dirección de los Cursos Primarios, en el Museo de Arte Moderno, antes de empezar las clases. No iría, esperaría la posible llamada de Ulises. Pero las horas pasaban, e intuyó que él no la llamaría. Se acordó de que había sido en un cóctel donde había encontrado a un hombre que llegó a ser su amante durante algunos meses. Y pensó que tal vez debiera ir a ese cóctel y «conseguirse» otro hombre para liberarse de la idea de Ulises.

Sentía que la vida huía de nuevo entre sus dedos. En su humildad olvidaba que ella misma era fuente de vida y de creación. Entonces salía poco, no aceptaba invitaciones. No era mujer que se diese cuenta siempre de cuándo un hombre estaba interesado en ella a menos que él lo dijera —entonces se sorprendía y aceptaba.

Telefoneó antes a su amiga adivina que la puso en su lugar. ¿Cómo ella entonces, una mujer ya hecha, era tan humilde? ¿Cómo es que no advertía que debía, dentro de su propia dignidad, tener un romance?

—En aquella fiesta de María —le dijo la adivina—, te vi entrar en la sala donde todos los que allí estaban eran conocidos tuyos. Y ninguno de los presentes, ni por casualidad, te llegaba a la suela de los zapatos

en cuestión didáctica, en cuestión de comprensión intuitiva, e incluso de gracia femenina. Y sin embargo entraste tímida, como ausente, como una corza con la cabeza gacha.

—Pero es que… —intentó defenderse Lori— es que me siento tan… tan nada…

—No es lo que las cartas dicen. Necesitas andar con la cabeza erguida, tienes que sufrir porque eres diferente de los otros, cósmicamente diferente, es eso lo que dicen tus cartas, entonces acepta que no puedes tener la vida burguesa de los demás y ve hoy al cóctel, y entra en la sala con la cabeza bien erguida.

—Pero hace tanto tiempo que no voy que he perdido la costumbre. ¿Y entrar sola en una sala llena de gente? ¿No sería mejor que fuera con una amiga?

—No. No necesitas compañía para ir, tú misma eres suficiente.

Lo que su amiga le dijera, pensó al colgar el teléfono, coincidía con la actitud nueva que deseaba tener desde que había entrado en el mar, no, no, desde que había entrado en la piscina con Ulises. Entonces valientemente no fue a la reunión con ningún maestro o maestra —se arriesgaría a ir completamente sola.

Se puso un vestido más o menos nuevo, quería estar preparada para encontrar a algún hombre, pero le faltó el coraje. Entonces, sin entender lo que hacía —sólo lo entendió después— se pintó demasiado los ojos y demasiado la boca hasta que su rostro blanco de polvo parecía una máscara: estaba poniendo sobre sí misma a algún otro: ese alguien era fantásticamente atrevido, era vanidoso, tenía orgullo de sí mismo. Ese alguien era exactamente lo que ella no era.

A la hora de salir de casa, flaqueó: ¿no estaría exigiendo demasiado de sí misma? ¿No sería una fanfarronada ir sola? Ya lista, con una máscara de pintura en el rostro —ah, «persona», pero ¡cómo no usarte y ser!— sin coraje, se sentó en el sillón de su sala tan conocida y su corazón le pedía no ir. Parecía que se iba a lastimar mucho y no era masoquista. Finalmente, apagó el cigarrillo-del-coraje, se levantó y se fue.

Le pareció que las torturas de una persona tímida jamás habían sido descritas completamente —en el taxi que daba vueltas ella moría un poco.

Y de repente hela aquí delante de un salón descomunalmente grande con muchas personas, tal vez, pero que parecían pocas dentro del espacio enorme donde como en un ritual se celebraba el cóctel.

¿Cuánto tiempo soportó con la cabeza falsamente erguida? La máscara la molestaba, para colmo sabía que era más guapa sin pintura. Pero estar sin pintura sería la desnudez del alma. Y todavía no podía arriesgarse ni entregarse a ese lujo.

Hablaba sonriendo con uno, hablaba sonriendo con otro.

Pero como en todos los cócteles, en ése era imposible la conversación y, cuando se daba cuenta, estaba nuevamente sola. Vio a dos hombres que habían sido amantes suyos, se dijeron palabras vanas. Y vio con dolor que no los deseaba más. Prefería sufrir de amor antes que sentirse indiferente. Pero no estaba indiferente: estaba muy emocionada, hacía tanto tiempo que no veía gente. No sabía qué hacer: quería irse como quien solloza. Pero mantuvo el coraje y se quedó más tiempo.

Hasta que sintió que ya no soportaba mantener la cabeza erguida, a pesar de los dos whiskies que se había tomado. ¿Pero cómo atravesar la enorme extensión hasta la puerta? ¿Sola, como una fugitiva? Vio que había llegado al obstáculo de sí misma. Entonces, con medias palabras, confesó su drama a una de las maestras, le dijo que no quería salir sola y la muchacha, comprendiendo, la llevó hasta la puerta.

Y en la oscuridad de aquella noche que ya preanunciaba el otoño Lori era una mujer infeliz. Sí, era distinta. Realmente sí, era tímida. Sí, era supersensible. Sí, había visto dos hombres que habían sido sus amantes y ahora eran tan sólo semiamigos. La oscuridad de la noche otoñal donde frescamente soplaba el viento meciendo con delicadeza las ramas pesadas de los árboles. El perfume de la noche. Siempre había sabido percibir el olor de la naturaleza. Atravesó con algún placer —el único de la fiesta— el viaducto de… (¿cuál es el nombre?). Encontró finalmente un taxi donde se sentó casi con lágrimas de alivio, acordándose de que en París le había sucedido lo mismo, pero peor aún, pues ahora estaba más enraizada en la tierra.

La forma en que el conductor la miró la hizo adivinar: estaba tan pintada que probablemente la había tomado por una prostituta. «Persona.» Lori tenía poca memoria, por eso no sabía si era en el antiguo teatro griego o romano donde los actores, antes de entrar en escena, se cubrían el rostro con una máscara que representaba según su expresión el papel de cada uno de ellos.

Lori bien sabía que una de las cualidades de un buen actor estaba en los cambios sensibles del rostro, y que la máscara los escondería. ¿Por qué entonces le agradaba tanto la idea de que los actores entraran en el

proscenio sin rostro propio? Quizá le parecía que la máscara era un entregarse tan importante como el mostrar el dolor del rostro. Incluso los adolescentes, que eran de rostro puro, a medida que iban viviendo fabricaban su propia máscara. Y con mucho dolor. Porque saber que de entonces en adelante se va a pasar a representar un papel era de una sorpresa aterradora. Era la libertad horrible de no-ser. Y la hora de la elección.

También Lori usaba la máscara de payaso del exceso de pintura. Aquella misma que en los partos de la adolescencia se elegía para no quedarse desnudo para el resto de la lucha. No, no es que se hiciese mal en dejar el propio rostro expuesto a la sensibilidad. Pero es que el rostro que estuviera desnudo podría, al herirse, cerrarse solo en súbita máscara involuntaria y terrible: era pues menos peligroso elegir, antes que eso fatalmente sucediera, elegir por sí sola ser una «persona». Elegir la propia máscara era el primer gesto voluntario y humano. Y solitario. Pero cuando finalmente se abrochaba la máscara de aquello que se había elegido para representarse y representar al mundo, el cuerpo ganaba una nueva firmeza, la cabeza podía a veces mantenerse altiva como la de quien ha superado un obstáculo: la persona era.

Si bien podía suceder una cosa humillante. Como ahora en el taxi le estaba sucediendo a Lori. Es que, después de años de relativo éxito con la máscara, de repente —ah, menos aún que de repente, por culpa de una mirada pasajera o de una palabra oída al conductor— de repente la máscara de guerra de la vida ardía toda como barro seco, y los pedazos irregulares caían al suelo con un ruido hueco. Y he ahí el rostro ahora desnudo, maduro, sensible cuando ya no era más para ser. Y el rostro de la máscara chamuscada lloraba en silencio para no morir.

Entró en la casa como una fugitiva del mundo. Era inútil esconderlo: la verdad es que no sabía vivir. En la casa estaba bien, se miró al espejo mientras se lavaba las manos y vio a la «persona» abrochada en su rostro. Parecía un mono acicalado. Sus ojos, bajo la espesa pintura, parecían pequeñísimos y neutros, como si en el hombre todavía no se hubiera manifestado la Inteligencia. Entonces se lavó el rostro, y con alivio recuperó nuevamente el alma desnuda. Tomó entonces una píldora para dormir y olvidar el fracaso de su bravura. Antes de que llegara el sueño, permaneció alerta y se prometió que nunca más se arriesgaría sin protección.

La píldora para dormir había comenzado a tranquilizarla. Y la noche inconmensurable de los sueños comenzó, vasta, en levitación.

Cuando dos semanas después Ulises llamó finalmente por teléfono —él nunca conversaba por teléfono, sólo concertaba sucintamente una cita y sin preguntar si ella quería ir—, cuando finalmente llamó por teléfono para concertar una cita, con el inesperado alivio del dolor, ella al colgar cayó en un llanto breve, más un espasmo de felicidad que un llanto.

Después se serenó y se vistió. Aprovecharía el calor fuera de lo normal de ese día, que arruinaría el maquillaje, para ir sin pintura. Sin máscara. Se sentía más segura por haber entrado en el mar sola y pretendía ver si tenía el coraje de contarle a Ulises su victoria.

Fue esa vez, cuando encaminándose hacia el bar sin que él ya la hubiera visto, después de sus días de desencadenamiento de dolor, al verlo sentado junto al vaso de whisky —inesperadamente, la visión de él, bien distante aún, le provocó una feliz y terrible grandeza humana, grandeza de él y de ella. Se detuvo un instante estupefacta. Parecía asustada de estar avanzando dentro de sí tal vez demasiado rápido y con todos los riesgos —¿en qué dirección?

En ese instante él la vio y con su caballerosidad sin afectación se había levantado esperándola de pie. Lori tuvo entonces que proseguir delante de su mirada, lo que todavía le resultaba difícil porque no se había rehecho del todo, ni de la entrada en el mar ni de la visión de Ulises en la piscina, ella confundió las dos sensaciones en una sola victoria.

Y mientras se aproximaba en dirección a él, despacio, pausada como siempre, vio que aquello que había visto en Ulises y le diera la impresión de haberla deslumbrado en plena piscina todavía continuaba, ya ahora apacible hasta el punto de permitirle pensar que Ulises —a pesar de no poder ser llamado equilibrado a causa de que la libertad en él tomaba un aire de audaz originalidad—, Ulises era un hombre despojado, incluso exento del pecado de romanticismo.

Cuando finalmente llegó a su mesa —nunca se daban la mano— Lori ya sin mucha conciencia se había vuelto orgullosa de Ulises como si él fuese de ella, y eso era nuevo. De algún modo él lo era, porque desde el momento en que Lori pudiese quizá transformarse, él sería de ella, imaginaba eso a pesar de las dudas. Lo que temía era exactamente una de las cualidades de Ulises: la de la franqueza. Temía que, si conseguía avanzar hasta el punto de estar más preparada y terminaba por aceptar

aproximarse a él, él con franqueza podría decirle que ya era tarde. Porque hasta las frutas tienen estación.

Se sentaron. Y el pudor previo ya la había invadido ante la idea de que contaría su entrada solemne en el mar. Pues había sido más un ritual que… ¿que qué?

—Yo —dijo ella, pero enmudeció: se había emocionado para poder hablar.

—¿Sí? —la alentó Ulises, inclinándose hacia delante porque había intuido que ella diría alguna cosa importante.

Entonces, como lanzándose, sin pensar, a un abismo, Lori dijo:

—Un día yo fui de madrugada al mar sola, no había nadie en la playa, entré en el agua, ¡solamente había un perro negro, pero lejos de mí!

Él la miró con atención, al principio como si no entendiera qué significado extraordinario podía haber en esa declaración emocionada. Finalmente como si hubiese comprendido, preguntó despacio:

—¿Te gustó?

—Me gustó —respondió con humildad, y de vergüenza sus ojos se llenaron de lágrimas que no caían, sólo hacían que pareciesen dos charcos colmados—. No —se corrigió después, buscando el término exacto—, no es que me haya gustado. Es otra cosa.

—¿Mejor o peor que gustar?

—Fue tan diferente que no puedo comparar.

Él la examinó un instante:

—Lo sé —dijo después.

Y agregó simple:

—Te amo.

Ella lo miró con ojos oscurecidos, pero sus labios se estremecieron. Quedaron en silencio por un momento.

—Tus ojos —dijo él, cambiando totalmente de tono— son confusos pero tu boca tiene la pasión que hay en ti y de la que tú tienes miedo. Tu rostro, Lori, tiene un misterio de esfinge: descíframe o te devoro.

Ella se sorprendió de que también él hubiera notado lo que ella veía de sí misma en el espejo.

—Mi misterio es simple: no sé cómo estar viva.

—Es que tú sólo sabes, o sólo sabías, estar viva a través del dolor.

—Eso.

—¿Y no sabes cómo estar viva a través del placer?

—Casi ya lo sé. Era eso lo que te quería decir.

Hubo una larga pausa entre los dos. Quien ahora parecía emocionado era Ulises. Llamó al camarero, pidió otro whisky. Después de que el camarero se alejara, él dijo en un tono de voz como si hubiera cambiado de tema y sin embargo el tema era el mismo:

—Pues yo tuve que pagar mi deuda de alegría a un mundo que muchas veces me fue hostil.

—Vivir —dijo ella en ese diálogo incongruente en el que parecían entenderse—, vivir tan fuera de lo común que sólo vivo porque nací. Yo sé que cualquier persona diría lo mismo, pero el hecho es que soy yo quien lo está diciendo.

—¿Todavía no te has acostumbrado a vivir? —preguntó Ulises con intensa curiosidad.

—No.

—Entonces es perfecto. Eres la verdadera mujer para mí. Porque en mi aprendizaje falta alguien que me diga lo obvio con aire extraordinario. Lo obvio, Lori, es la verdad más difícil de ver —y para no hacer solemne la conversación agregó sonriendo—, ya Sherlock Holmes lo sabía.

—Pero es triste ver solamente lo obvio como yo y encontrarlo raro. Es tan raro. De repente es como si abriera mi mano cerrada y dentro descubriera una piedra: un diamante irregular en estado bruto. Oh Dios, ya ni siquiera sé lo que estoy diciendo.

Permanecieron en silencio.

—Nunca había hablado tanto —dijo Lori.

—Conmigo hablará toda tu alma, aún en silencio. Yo hablaré un día mi alma toda, y no nos agotaremos porque el alma es infinita. Y además de eso tenemos dos cuerpos que serán para nosotros un placer alegre, mudo, profundo.

Lori, para sorpresa encantada de Ulises, se ruborizó.

Él la examinó profundamente y dijo:

—Lori, estás colorada y sin embargo has tenido cinco amantes.

Ella bajó la cabeza, no con culpa, sino con un infantilismo de niño que esconde el rostro. Fue lo que pensó Ulises y su corazón latió de alegría. Porque él estaba infinitamente más adelantado en el aprendizaje: reconocía en sí la alegría y la victoria.

Nuevamente permanecieron en silencio. Como si sintiera que habían hablado más de lo que ella en ese momento podría soportar, Ulises adoptó esta vez un tono más leve y casual:

—¿Cuánto tiempo hace que te licenciaste, quiero decir, que estudiaste para ser maestra?

—Cinco años.

—¿Todo es cinco para ti? —preguntó sonriendo—. Apuesto que eras la primera en la clase.

—¿Cómo lo sabes? —dijo sorprendida.

—Es que tus compañeros estaban muy ocupados en vivir, y tú, para no sufrir, debes haberte dedicado encarnizadamente al estudio. Apuesto que eres de las mejores maestras de la escuela.

—¿Por el mismo motivo? —preguntó sombría.

—Eso. No quiero decir que los motivos para ser de los mejores sean siempre los mismos. Yo, por ejemplo, creo ser de los mejores profesores de la facultad. Primero porque la materia siempre me apasionó y yo esperaba de ella que me respondiera a preguntas, que me hiciese pensar. Me produce un placer enorme pensar, Lori. Después, por suerte, tuve excelentes profesores, además de ser simultáneamente un autodidacta: casi todo mi dinero entonces lo dedicaba a la compra de libros carísimos. Otra suerte que tengo como profesor: ser querido por los alumnos. Pero yo también vivía, y continúo viviendo ahora. Mientras que tú eres la buena maestra pero ni te permites quizá reír con los alumnos. Después aprenderás, Lori, y entonces experimentarás de lleno la gran alegría que es comunicarse, transmitir.

Lori se mantenía callada y seria.

—Lori, lee este poema y comprende —sacó del bolsillo un papel arrugado—, hago poesía no porque sea poeta sino para ejercitar mi alma, es el ejercicio más profundo del hombre. En general sale de cualquier manera, y es raro que tenga un tema: es más la búsqueda de un modo de pensar. Éste tal vez haya salido con un sentido más fácil de captar.

Ella leyó el poema, no entendió nada y le devolvió la hoja de papel, en silencio.

—Si un día vuelvo a escribir ensayos, voy a querer el máximo. Y el máximo deberá ser dicho con la matemática perfección de la música, traspuesta al profundo arrebato de un pensamiento-sentimiento. No exactamente traspuesta, pues el proceso es el mismo, sólo que en música y en las palabras se usan instrumentos distintos. Debe, tiene que haber, una manera de llegar a eso. Mis poemas no son poéticos pero mis ensayos son largos poemas en prosa, donde ejercito al máximo mi capacidad de pensar e intuir. Nosotros, los que escribimos, apresamos

en la palabra humana, escrita o hablada, un gran misterio que no quiero revelar con mi raciocinio porque es frío. Tengo que no indagar en el misterio para no traicionar el milagro. Quien escribe o pinta o enseña o danza o hace cálculos en términos de matemática, hace milagros todos los días. Es una gran aventura y exige mucho coraje y devoción y mucha humildad. Mi fuerte no es la humildad en vivir. Aunque con límites. Pues el día en que pierda dentro de mí mi propia importancia —todo estará perdido—. Mejor sería la soberbia, y está más cerca de la salvación quien piensa que es el centro del mundo, lo cual es un pensamiento idiota, desde luego. Lo que no se puede es dejar de amarse a sí mismo con algún impudor. Para mantener mi fuerza, que es tan grande y *helpless* como la de cualquier hombre que tenga respeto por la fuerza humana, para mantenerla no tengo el menor pudor, al contrario que tú.

Permanecieron en silencio.

—¿En lugar de «guaraná», puedo tomar un whisky? —preguntó ella.

—Claro —dijo al mismo tiempo que hacía una seña al camarero—. ¿Estás tratando con el whisky de intensificar este momento?

—Sí —respondió sorprendida con la explicación de él. Ella no sabía beber: bebía muy rápido, como si fuese un refresco. En seguida, un poco avergonzada, pedía otro whisky.

Ulises sonrió, mientras llamaba al camarero:

—Bebe más despacio, si no se te va a subir rápido a la cabeza. Y además porque beber no es emborracharse, es otra cosa. Pero lo que hay en mí de restos de antepasados hace que me ponga contento ver a una mujer que no bebe.

El camarero se acercó, sirvió el whisky, poniendo más hielo.

—¿Y tus antepasados, Lori?

—No sé lo que quieres decir, pero si es sobre mi familia, sólo tengo padre y cuatro hermanos. No me trato con ellos. Intentaron influir en mí, pero siempre fueron gente de segundo plano en mi vida, y todavía más en segundo plano quedaron cuando perdieron gran parte de la fortuna y casi la mayor parte de la servidumbre. Aproveché la confusión y me vine a Rio. Fue una experiencia divertida y buena la de pasar de las grandes salas familiares, en Campos, al minúsculo apartamento que todo él cabría dentro de una de aquellas salas pequeñas.

»Tuve la impresión de haber regresado a mis verdaderas proporciones. Y a la libertad, claro.

—¿Y quién estaba en primer plano en tu vida?

—Nadie.

—¿Se enamoraban de ti?

—Sí.

—Es lo que imaginaba. Yo, por motivos ignorados, desde muchacho tenía un don: el de despertar alguna cosa en las mujeres. ¿A ti ese don de atraer a los hombres no te causa ninguna impresión?

Ella apretó deliberadamente los labios como indicando que no iba a hablar.

—No necesitas responder —sonrió él—. Así como tu don de atracción obra en mí… Sabes —dijo con simplicidad— que nosotros dos somos atractivos como hombre y mujer.

Lori, ya acalorada por el whisky, sonrió ante tanta franqueza.

—¡Sonreíste! ¿Sabes lo que te pasó? ¡Sonreíste sin pudor! Ah, Lori, cuando aprendas vas a ver el tiempo que perdiste. La tragedia de vivir, existe, sí, y la sentimos. Pero eso no impide que' tengamos una profunda aproximación de la alegría con esa misma vida.

—¡No puedo! —casi gritó Lori—, no puedo, estoy perdida.

Y si me aproximara a lo que hablas estaría confundida para siempre.

Él no respondió, como si ella no hubiera hablado. Se quedaron en silencio hasta que ella misma sintió que se había recompuesto.

—No estoy aquí porque quiera darte lecciones, sino por otros motivos, porque también yo estoy aprendiendo, con dificultad. Pero ya son demasiados los que están cansados. Mi alegría es áspera y eficaz, y no se complace en sí misma, es revolucionaria. Todas las personas podrían tener esa alegría pero están demasiado ocupadas en ser corderos de dioses.

A pesar de ser otoño era uno de los días más calurosos del año. Lori transpiraba hasta el punto de tener mojada la espalda del vestido, la frente se perlaba de gotas de sudor que terminaban deslizándose por el rostro. Parecía estar luchando cuerpo a cuerpo con aquel hombre, así como luchaba consigo misma, y era simbólico que ella transpirase y él no. Enjugó el rostro con el pañuelo, mientras sentía que Ulises la examinaba y advirtió que él se complacía en contemplarla. Dijo:

—Eres de algún modo guapa. Me gusta tu rostro transpirado sin pintura, aunque también me guste exageradamente cómo te pintas. Pero es que pintada demuestras no sé de qué manera que no eres virgen. No, no te engañes, no pienses que desearía que fueses virgen, aunque en cierto modo lo eres. ¿Cuántos hombres tuviste?

—Cinco —respondió sabiendo perfectamente que él se acordaba.

—Sabes, mientras soy tan sólo tu amigo, no he dormido con muchas mujeres. Con una estuve medio año.

—Me lo imagino —respondió sin celos.

Nunca había tenido celos de sus hombres pero conocía la posibilidad violenta de celos de Ulises, si ambos fueran amantes.

—Si llegas a ser mía como quiero, me gustaría tener un hijo tuyo, así como estás, sin pintura, cubierta de sudor.

Ella se asustó un poco con lo inesperado, él sonrió:

—No tengas miedo. En primer lugar, del modo como yo querría que fueses mía, sólo sucederá cuando tú también lo quieras de ese mismo modo. Y todavía se retrasará porque no has descubierto lo que necesitas descubrir. Y además de eso, si llegas a ser mía de ese modo, posiblemente querrás un hijo nuestro. Porque además de construirnos, probablemente vamos a querer construir otro ser. Lori, a pesar de mi aparente seguridad, también estoy trabajando para estar preparado para ti. Incluso de hoy en adelante, hasta que seas mía, no tendré ninguna mujer más en la cama.

—¡No! —exclamó ella.

—Eso no te carga con ninguna responsabilidad, boba —rió él—. Esto es un problema exclusivamente mío. Y ciertamente también tienes una idea equivocada de los hombres: pueden ser castos, sí, Lori, cuando quieren.

La mirada de ella se había vuelto soñadora, abstracta, un poco vacía. Pensaba: si Ulises estaba pretendiendo que ella tomara conciencia de algo para volverse una especie de iniciada en la vida, tendría que ser despacio, si fuera de golpe algo en ella podría derrumbarse. Pero sabía que Ulises también lo sabía, y ya le conocía su paciencia. Quien estaba perdiendo la paciencia y comenzando a sentir una urgencia de avidez era ella misma.

—¿Quieres ir al Puesto 6[1]?—preguntó Lori—, a veces a esta hora los pescadores están recogiendo el pescado.

Él la escudriñó un largo instante que ella no entendió, y de repente con un suspiro y una sonrisa dijo:

—No, estoy seguro de que no sabes. Es una pena que tu apodo sea Lori, porque tu nombre Loreley es más bonito. ¿Sabes quién era Loreley?

—¿Era alguien?

—Loreley es el nombre de un personaje legendario del folklore alemán, cantado en un bellísimo poema por Heine. La leyenda dice que

Loreley seducía a los pescadores con sus cánticos, y ellos terminaban muriendo en el fondo del mar, ya no me acuerdo de más detalles. No, no me mires con esos ojos culpables. En primer lugar, quien te sedujo fui yo. Sé, sé que te arreglas para mí, pero eso ya es porque te seduzco. Y no soy un pescador, soy un hombre que un día vas a advertir que sabe menos de lo que parece, a pesar de haber vivido mucho y estudiado mucho. Ahora que estás de nuevo con los ojos normales, podemos ir a ver a los pescadores, si bien yo había proyectado con este calor almorzar contigo en la Floresta de Tijuca[2]. Pero las dos cosas serían demasiado para tu capacidad. Lori, te estás despertando por la curiosidad, aquella que empuja por los caminos de la vida real. Pero no tengas miedo de la desarticulación que vendrá. Esa desarticulación es necesaria para que se vea aquello que, si fuera articulado y armonioso, no sería considerado como obvio. En la desarticulación habrá un choque entre tú y la realidad, es preferible estar preparada para eso. Lori, la verdad es que te estoy contando parte de mi camino ya recorrido. En los peores momentos, acuérdate: quien es capaz de sufrir intensamente, también puede ser capaz de intensa alegría. Si quieres ver el pescado, Loreley, vamos.

Pagó la cuenta, se levantaron y comenzaron a caminar pues no estaban muy lejos del Puesto 6.

Caminaban despacio bajo la brisa que ahora soplaba del mar, y conversaban eventualmente como viejos conocidos.

—Ya no sé si en el restaurante de la Floresta de Tijuca siguen preparando gallina con salsa, bien parda debido a la sangre espesa que allá saben preparar. Cuando pienso en el gusto voraz con que comemos la sangre ajena, me doy cuenta de nuestra truculencia —dijo Ulises.

—A mí también me gusta —dijo Lori a media voz—. Justamente a mí, que sería incapaz de matar una gallina de tanto que me gustan vivas, moviendo su feo pescuezo y buscando gusanos. ¿No sería mejor, cuando fuéramos allá, que comiéramos otra cosa? —preguntó medio temerosa.

—Claro que debemos comerla, es necesario no olvidar y respetar la violencia que tenemos. Las pequeñas violencias nos salvan de las grandes. Quién sabe, si no comiéramos animales, comeríamos gente con su sangre. Nuestra vida es truculenta, Loreley: se nace con su sangre y con sangre se corta para siempre la posibilidad de unión perfecta: el cordón umbilical. Y muchos son los que mueren con sangre derramada por dentro o por fuera. Es necesario creer en la sangre como parte importante de la vida. La truculencia es amor también.

Estaban muy cerca. Ulises dijo:

—Tú caminas, Loreley, como si cargaras una jarra en el hombro y mantuvieras el equilibrio de las manos levantadas. Eres una mujer muy antigua, Loreley. No importa el hecho de que te vistas y te peines de acuerdo con la moda, eres antigua. Y es raro encontrar a una mujer que no rompió con el linaje de las mujeres a través del tiempo. ¿Eres una sacerdotisa, Loreley? —preguntó sonriendo.

Lo que valía, pensó ella, es que él decía cosas perturbadoras pero inmediatamente quebraba la seriedad, que la emocionaría, con una sonrisa o una palabra irónica.

Llegaron al Puesto 6 y todavía estaba entre claro y oscuro. Para el descubrimiento de lo que Ulises quería y que tal vez se llamara descubrimiento de vivir, Lori prefería la luz fresca y tímida que precedía al día o la casi penumbra luminosa que precede a la noche.

Sí, el pescado ya estaba allí, amontonado, plateado, de escamas relucientes, pero de cuerpo encorvado por la muerte. Los pescadores continuaban vaciando en la arena nuevas redes donde los peces aún se movían casi muertos. Y de ellos venía el fuerte olor sensual que tiene el pescado crudo. Lori aspiró profundamente el olor casi feo, casi agradable. Sólo la propia persona podía expresarse a sí misma el inexpresable olor del pescado crudo —no en palabras—: el único modo de expresar era sentir de nuevo. Y, pensó ella, y sentir la gran ansia de vivir más profundamente que ese olor provocaba en ella. Quién sabe, divagó, ella venía de una línea de Loreleys para las cuales el mar y los pescadores eran el cántico de la vida y de la muerte. Solamente otra persona que lo hubiera experimentado sabría lo que ella sentía, pues de casi todo lo que importa no se sabe hablar. Lori quería decirle a Ulises cómo el olor de la fétida marejada marina le recordaba también el olor de un hombre sano, pero jamás tendría el coraje. Aspiró de nuevo la muerte viva y violentamente perfumada del pescado azulado, pero la sensación fue más fuerte de lo que pudo soportar y, al mismo tiempo que sentía una extraordinariamente buena sensación de ir a desmayarse de amor, sintió, ya por defensa, un vaciarse de sí misma:

—Vámonos —dijo casi áspera.

—Te avisé —dijo Ulises con alguna severidad—, que debías tener en cuenta las desarticulaciones. Estás queriendo «quemar las etapas», saltar por encima de los períodos necesarios e ir vorazmente a lo que sea. ¿Quieres que te lleve a casa o has traído dinero para un taxi?

—He traído.

—Entonces vete a casa, Loreley. Adiós.

Siguió un largo y tenebroso invierno, así Lori recitó a los chicos en clase y ellos comprendieron por qué el río los acurrucaba en sí mismos y no había cómo combatirlo: eran chicos pobres casi en su mayoría y no tenían abrigos suficientes. Lori usó la mensualidad del padre para comprar a cada chico de su clase un pulóver grueso de lana, y todos rojos para calentarles la vista al mismo tiempo que impedía que los labios se les pusieran morados del frío que venía también del piso de cemento desnudo, en aquel invierno más frío que los otros, Lori entraba, ella misma abrigada, con los chicos, las voces en el aula eran múltiples, y enseñaba segura de que los niños y las niñas iban a guardar lo que ella enseñaba para más tarde, cuando pudieran entender. Así les habló de que aritmética venía de «arithmos» que es ritmo, que «número» venía de «nomos» que era ley y norma, norma del flujo universal del niño. Era demasiado temprano para decirles eso, pero gozaba con el placer de hablarles, quería que ellos supieran, a través de las clases de portugués, que el sabor de una fruta estaba en el contacto de la fruta con el paladar y no en la fruta misma.

No había aprendizaje de cosa nueva: era sólo el redescubrimiento. Y llovía mucho ese invierno. Entonces usó la otra mensualidad del padre y buscó —con qué placer andaba por las tiendas buscando hasta encontrar— y buscó y compró para todos los alumnos y alumnas de su clase paraguas rojos y medias de lana roja.

Era así como ella incendiaba el mundo.

Ulises la buscaba poco. Sin pretender darle una explicación de su comportamiento, dijo por teléfono que ese año tenía un grupo excepcional al que enseñar, que le pedía respuesta a todo, y que le obligaba con duro placer a pensar más y a estudiar más.

Pero un sábado por la mañana, mientras ella estaba en la cama sin coraje para enfrentarse a la temperatura fuera de las mantas, sonó el teléfono. Dio un salto fuera de la cama, pero femeninamente dejó como siempre sonar el teléfono algunas veces más para no demostrar su avidez, en el caso de que fuera Ulises.

Era Ulises y preguntaba si quería almorzar en la Floresta de Tijuca. Ella se controló para no gritar que sí.

—¿Hoy? —dijo disimulando.

—Paso con el coche por ahí a la una de la tarde.

Ni necesitaba pensar en lo que se iba a poner, lo sabía ya: iría con la falda de lana de cuadros y el pulóver rojo que también había comprado para ella, cuando comprara los de los chicos. No necesitaba sú propio paraguas rojo, ya que Ulises la recogería en la puerta de casa. Lo que era una pena. Su paraguas rojo al abrirlo parecía un pájaro escarlata de alas transparentes abiertas. Entonces decidió que saldría de casa quince minutos antes de la una, para esperarlo con el paraguas rojo abierto.

Y así la encontró él y la miró con admiración: estaba extravagante y bella.

En silencio dieron vueltas por las calles hasta llegar a la Floresta, cuyos árboles estaban más vegetales que nunca, enormes, alianados, cubiertos de parásitos. Y cuando la densidad orgánica de las plantas y altas malezas y árboles más pareció cerrarse, llegaron a un claro donde estaba el restaurante, iluminado a causa de la oscuridad del día.

Todavía no se habían hablado. Él la llevó hacia un salón donde había una chimenea encendida, mientras iba a encargar el almuerzo en la sala del restaurante. En seguida volvió, trayendo él mismo dos vasos de vino tinto en la mano.

—Mira —dijo él—, allá en el alféizar de la ventana, una golondrina que se ha extraviado de la bandada.

Era de un negro lustroso con reflejos que tiraban a verde, y el pecho y debajo de las alas blanco. Estaba posada en el alféizar de ladrillos de la ventana.

—Las golondrinas —dijo él—, emigran y después vuelven, como las gaviotas. Difícilmente se las ve solas. Ésta se ha extraviado de la bandada, pero sabe con certeza dónde encontrarla.

Y no bien había terminado de hablar, entró en el salón un pájaro como enloquecido por haber entrado inadvertidamente por la ventana, espantando a la golondrina y espantándose en la prisión caliente de la sala donde volaba sin saber dónde posarse.

—Es un zorzal que salió de su nido —dijo él—, para buscar alimento.

Ella vio que el zorzal tenía una parte oscura en las alas y el pecho amarillento. Pero no cantaba. Tal vez fuese una hembra.

Bebiendo vino despacio, esperaban que el camarero viniera a avisarles que la comida estaba lista. Ellos dos eran los únicos clientes, nadie parecía haber querido arriesgarse con el frío y la lluvia fina que caía sin cesar. Mirando el fuego de la chimenea, ella le dijo:

—¿No es extraño que nunca te haya preguntado dónde vives?

—Estás preguntándolo ahora entonces. Vivo en la calle Conde Lage, en la Gloria, en una casita pequeña y muy antigua, heredada de mi tatarabuelo. Se llama Villa Mariana. Tiene un portón de rejas de hierro oxidado que cruje cuando se abre, y después viene la escalinata, porque en la zona de la Gloria las calles tienden a subir hasta que van a parar a Santa Teresa. ¿Sabes dónde es?

—No.

—Está cerca del reloj de la Gloria. Cuando estoy en casa oigo cada quince minutos una especie de campanada translúcida del reloj que canta despacio marcando el tiempo. Es muy bonito.

—¿No es una zona de prostitución?

Él sonrió:

—Sabes inesperadamente las cosas. Lo es, desde hace mucho tiempo. Pero ya no está en su momento culminante. Y, si estás queriéndolo saber, ninguna prostituta entró jamás en Villa Mariana.

Después fueron a comer y pasaron a la sala del restaurante. Él debía haberse informado antes por teléfono, pues aquel día había gallina con salsa parda. Se estaba bien.

Después pasaron al salón de la chimenea, éste también vacío, y se sentaron en el sofá que quedaba enfrente. Allí él fumó. Cuando ella pensó que, además del frío, llovía como si fuera para el mundo entero, no pudo creer que tanto bien le hubiera sido dado. Era la reconciliación de la Tierra con aquello que ella nunca había sabido que necesitara con tanta hambre de alma. Llovía, llovía. El fuego encendido hacía guiños.

Él, el hombre, estaba atizando el fuego. Ella ni se acordaba de hacer lo mismo: no era su papel, pues tenía su hombre para eso. No siendo doncella, que el hombre entonces cumpliese su misión.

Lo más que hizo fue instigarlo una o dos veces:

—Mira aquel leño, todavía no ha prendido.

Y él, antes de que ella terminara la frase, por sí mismo ya había notado el leño apagado, hombre suyo como él era, y ya estaba atizándolo con el hierro. No por indicación suya que era mujer de un solo hombre y que perdería su estado si le diera una orden. Con la mano derecha él sujetaba el hierro que hacía crecer las llamas. La mano izquierda, la libre, estaba al alcance de ella. Lori sabía que podía cogerla, que él no se negaría; pero no la cogía, pues quería que las cosas «sucedieran» y no que ella las provocase. Conocía el mundo de los que van sufridamente en busca de placeres y no saben esperar a que vengan solos. Y era tan trágico: bastaba mirar en una *boite*, a media luz, a los

otros: era la búsqueda del placer que no venía solo y de sí mismo. Ella solamente había ido, con algunos de sus hombres del pasado, unas dos o tres veces y después ya no había querido volver. Porque en ella la búsqueda del placer, las veces que lo había intentado, le había resultado agua de mal gusto: fruncía la boca y sentía el grifo oxidado, de donde salían dos o tres gotas de agua entibiada: era el agua seca. No, había pensado, antes el sufrimiento legítimo que el placer forzado. Quería la mano izquierda de Ulises y sabía que la quería, pero nada hizo, pues estaba disfrutando justamente de lo que necesitaba: poder tener esa mano si extendiera la suya.

Ah, y decir que eso iba a terminar. Que por sí mismo no podía durar. No, ella no se refería a lo que sentía. Lo que sentía nunca duraba, terminaba y podía no volver nunca más. Se encarnizó entonces con el momento, devoraba el fuego interno, y el fuego externo ardía dulce, ardía, llameaba. Entonces, como todo iba a terminar, con imaginación vivida, tomó la mano libre del hombre, y con imaginación todavía, al aprisionar esa mano entre las suyas, toda ella dulce ardía, ardía, llameaba.

Porque en lo imposible es donde está la realidad.

Lori soportaba la lucha porque Ulises, en la lucha con ella, no era su adversario: luchaba por ella.

—Lori, el dolor no es motivo de preocupación. Forma parte de la vida animal.

Ella apretó las mandíbulas, miró hacia la luna helada, miró el cénit de la esfera celeste.

Él aplastaba una hoja que había caído del árbol sobre la mesa del bar. Y como para darle de regalo alguna cosa dijo:

—¿Sabes qué es sarcofila?

—Nunca he oído esa palabra —respondió.

—Sarcofila es la parte carnosa de las hojas. Toma ésta y siente.

Le extendió la hoja. Lori la palpó con dedos sensibles y le aplastó la sarcofila. Sonrió. Era agradable decir y tomar: sarcofila.

Por qué? ¿Pero por qué hacía más de dos semanas que Ulises no la llamaba por teléfono? ¿Esperaba acaso que ella llamase? Y ante la idea de tomar la iniciativa, la respuesta le venía áspera: jamás.

¿Por qué la había abandonado? ¿Sería para siempre? ¿O había quebrado el voto de castidad que él mismo se impusiera para esperarla? Se acordaba de que la última palabra de él, después de la Floresta de Tijuca, había sido «adiós». Pero siempre se despedía así. ¿Como si cortara de una vez para otra el vínculo y ambos quedasen en libertad, uno del otro? Lori sabía que ella misma era quien había cortado vínculos toda su vida, y tal vez alguna cosa en ella sugiriese a los otros la palabra «adiós». «Abandonarme, precisamente, cuando estaba…», no concluía el pensamiento en una frase porque no sabía con certeza en qué «estaba ahora».

A veces de noche despertaba sobresaltada, sintiendo la falta de Ulises, como si hubiera alguna vez dormido con él. Y no conseguía readormecerse porque el deseo de ser poseída por él venía demasiado fuerte. Se levantaba entonces, hacía café, se sentaba como una chica bien educada en una silla con la taza grande de café en la mano. Sabía, sin embargo, que el hecho de desearle tan intensamente no quería todavía decir que ella hubiera avanzado. Pues antes también había deseado a sus amantes y no se había ligado a ninguno de ellos.

Tomaba su café, y veía el teléfono mudo a su lado. Mudo, pero a mano también si se atreviera a llamarlo. Sabía que si de algún modo le manifestase que ya le deseaba demasiado fuertemente, él reconocería que era simple deseo y se negaría. Y por ahora ella no tenía nada que darle, sino el propio cuerpo. No, ni el propio cuerpo tal vez: pues con los amantes que había tenido había sido como si tan sólo prestara su cuerpo a sí misma para el placer, era sólo eso, y nada más.

Tomaba el café y pensaba sin palabras: Dios mío, y decir que es noche plena y que estoy plena de la noche densa que se desliza con perfume de almendras dulces. Y pensar que el mundo está todo denso de tanto olor de almendras, y que Os amo, Dios, con un amor hecho de oscuridad y claridades. Y pensar que los hijos del mundo crecen y se hacen hombres y mujeres, y que la noche será plena y densa también para ellos, mientras que yo estaré muerta, plena también. Os amo, Dios, sin esperar de Vos más que el dolor. El dolor es el misterio. Uno de mis

antiguos alumnos ya ahora con quince años había comprado un clavel para ponerse en el ojal e ir a una fiesta. Fiesta, Dios mío, el mundo es una fiesta que termina en muerte y en olor de clavel marchito en el ojal. Yo Te amo, Dios, precisamente porque no sé si existes. Quiero una señal de que existes. Conocí a una mujer simple que se hacía preguntas sobre Dios: amaba más allá de la pregunta sobre Dios. Entonces Dios existía. Cuando me muera quiero claveles sujetos a mi vestido blanco. Pero no jazmín, que amo tanto y que sofocará mi muerte. Después de muerta iré solamente de blanco. Y encontraré a quien yo quiero: la persona que quiero también estará de blanco.

Y a veces dormitaba con la mano apoyada en la mesa, sobre la taza de café.

Fue entonces cuando entró en una fase —¿sería una etapa o para siempre?— en que retrocedió como si hubiera perdido todo lo que había ganado. Y en el fondo —se preguntaba ingrata— ¿qué había ganado? Nada, respondía con odio, no sabía por qué, hacia Ulises.

Dios, sí. Le había ganado de una manera nueva: amando su vastedad impersonal y sin querer sino que Él existiera. Pero también eso estaba empezando a perder: ahora rechazaba violentamente a un Dios a quien no se pudiese apelar. Pero tampoco quería apelar: estaba perdida y confusa. Se acordaba de que le había preguntado a Ulises:

—¿Crees en Dios?

Él se había reído:

—¿Todavía estás en esas preguntas de adolescentes?

La pregunta es infantil. La respuesta es la siguiente: siento que no me muevo en la vida dentro de un vacío absoluto precisamente porque también soy Dios. Un día, cuando tenga más ganas y si tú todavía quieres, te hablaré de cómo me muevo dentro de Dios.

Rememorando, vio a Ulises como a un ser aparte, como si ya no lo conociera tan bien. Se acordó de que él había agregado para finalizar el tema sobre Dios:

—De cualquier modo —había dicho de una manera impersonal, como si no hablara de sí mismo—, soy de los que creen en lo que es increíble. Aprendí a vivir con lo que no se entiende.

A ella le parecía que Ulises nada aclaraba y que se contradecía siempre tranquilamente: lo que lo hacía a los ojos de ella el ser humano por excelencia. Él hacía poemas como ejercicio más profundo del hombre. ¿Y ella? ¿Qué hacía como ejercicio profundo de ser una persona? Se bañaba en el mar de mañana… antes no iba a la playa por

pereza y porque le molestaba la multitud. Ahora iba sin prisas a las cinco de la mañana, cuando el olor del mar todavía no usado la dejaba atontada de alegría. Era la marejada, palabra femenina, pero para Lori el olor de la marejada era masculino. Iba a las cinco de la mañana porque era la hora de la gran soledad del mar. A veces pasaba por la calzada un hombre paseando a su perro, sólo eso. ¿Cómo explicar que el mar era su cuna materna pero que el olor era todo masculino? Tal vez se tratase de la fusión perfecta. Además de que, de madrugada, la espuma parecía más blanca.

Al mundo de perfumes, Lori ya se había despertado. Cuando volvía de la calle por la noche, pasaba por la casa vecina llena de damas de noche, que recordaban al jazmín, sólo que más fuerte. Aspiraba el olor de las damas de noche que era nocturno. Y el perfume parecía matarla lentamente. Luchaba en contra, pues sentía que el perfume era más fuerte que ella, y que podría de algún modo morir de él. Ahora es cuando notaba todo eso. Era una iniciada en el mundo.

Lo que le parecía un milagro. Si bien no era dada a milagros, ella era de esas que hacen rodar piedras toda la vida, y no de aquellos para quienes los guijarros ya vienen listos, pulidos y blancos. Si bien tenía siempre visiones fugitivas, verdaderos cuadros que se desvanecían antes de dormirse. Pero había hablado de eso a Ulises y él le había explicado que era un fenómeno muy común que se llamaba eidetismo, y que era la capacidad de proyectar en el campo alucinatorio las imágenes inconscientes.

Milagros, no. Sino coincidencias. Vivía de coincidencias, vivía de líneas que incidían y se cruzaban y, en el cruce, formaban un leve e instantáneo punto, tan leve e instantáneo que era hecho de secreto. A poco que hablara de las coincidencias, ya estaría hablando de nada.

Pero poseía un milagro, sí. El milagro de las hojas. Estaba caminando por la calle y del viento le habían caído precisamente en el pelo: la incidencia de una línea de millones de hojas transformadas en una que caía, y de millones de personas la incidencia de reducirlo a ella. Eso le sucedía tantas veces que pasó a considerarse modestamente la elegida de las hojas. Con gestos furtivos había cogido la hoja de los cabellos y la había guardado en la cartera, como el más diminuto diamante. Hasta que un día, abriendo la cartera, había encontrado, entre los mil objetos que siempre cargaba, la hoja seca, arrugada y muerta. La había tirado: no le interesaba el fetiche muerto como recuerdo. Y también porque sabía que nuevas hojas irían a coincidir con ella. Un día una hoja que había caído le había tocado las pestañas. Dios

le pareció entonces de una gran delicadeza.

Con Ulises había dado los primeros pasos hacia alguna cosa que hasta entonces desconocía. ¿Pero podría ahora avanzar sola? En una de las últimas veces ella le había preguntado con una sonrisa avergonzada, tratando de disimular con un tono levemente irónico: ¿estoy siendo autodidacta? Él había respondido:

—Creo que sí. Muchas cosas tendrás si eres autodidacta, si tienes el coraje de ser. En otras, tendrás que saber y sentir a dúo. Pero yo espero. Espero que tengas el coraje de ser autodidacta a pesar de los peligros, y espero también que quieras ser dos en uno. Tu boca, como ya te dije, es de pasión. Es a través de la boca como llegarás a comer el mundo, y entonces la oscuridad de tus ojos no se va a aclarar pero va a aparecer iridiscente.

Él no la llamaba por teléfono, ella no lo veía: se le ocurrió entonces que él hubiese desaparecido para que ella aprendiera sola. Pero lo que había sucedido es que ella era aún tan frágil en el mundo que casi se desmoronó y casi volvió al punto de partida. Y ver que podía perder todo lo que había aprendido la llenó de una ira como de poseído contra el Dios. No tenía coraje de encolerizarse con Ulises porque en su cólera lo destruiría dentro de ella. Pero se volvía contra el Dios que era indestructible. Ésta es mi oración de poseída, pensó. Y estaba conociendo el infierno de la pasión por el mundo, por Ulises. No sabía qué nombre dar a lo que, con voracidad, la estaba invadiendo a no ser el de pasión.

¿Qué era aquello tan violento que la hacía pedir clemencia a sí misma? Era la voluntad de destruir, como si para destruir hubiese nacido. Y el momento de la destrucción vendría o no, la elección dependía de poder o no oírse a sí misma. El Dios oía, ¿pero se oiría ella?

La fuerza de la destrucción aún se contenía y no entendía por qué vibraba de alegría por ser capaz de semejante ira. Es que estaba viviendo. Y no había peligro de destruir realmente a nadie o nada porque la piedad era en ella tan fuerte como la ira: entonces quería destruirse a sí misma que era la fuente de esa pasión.

No quería pedir al Dios que la aplacase, amaba tanto al Dios que tenía miedo de tocarlo con su petición, petición que quemaba, su propia oración era peligrosa de tan ardiente, y podría destruir en ella la última imagen de Dios, que todavía quería salvar en sí.

Sin embargo, sólo a Él podría pedirle que pusiera la mano sobre ella

y arriesgarse a quemar la de Él.

Esa misma noche había tartamudeado una oración para Dios y para sí misma: alivia mi alma, haz que sienta que Tu mano está unida a la mía, haz que sienta que la muerte no existe porque en verdad ya estamos en la eternidad, haz que sienta que amar es no morir, que la entrega de uno mismo no significa la muerte y sí la vida, haz que sienta una alegría modesta y diaria, haz que no Te indague demasiado, porque la respuesta sería tan misteriosa como la pregunta, haz que reciba el mundo sin miedo, pues para ese mundo incomprensible fuimos creados y nosotros mismos también incomprensibles, entonces es cuando hay una conexión entre ese misterio del mundo y el nuestro, pero esa conexión no está clara para nosotros mientras queramos entenderla, bendíceme para que viva con alegría el pan que como, el sueño que duermo, haz que tenga caridad y paciencia conmigo misma, amén.

De repente Lori no aguantó más y llamó por teléfono a Ulises:

—Qué hago, es de noche y estoy viva. Estar viva me está matando poco a poco, y estoy toda alerta en la oscuridad.

Hubo una pausa, llegó a pensar que Ulises no había oído. Entonces él dijo con voz calmada y apaciguante.

—Aguanta.

Cuando colgó el auricular, la noche estaba húmeda y la oscuridad suave, y vivir era tener un velo cubriendo el pelo. Entonces con ternura aceptó estar en el misterio de ser viva.

Antes de acostarse fue a la terraza: una luna llena estaba siniestra en el cielo. Entonces se bañó toda ella en los rayos lunares y se sintió profundamente tranquila.

Poco a poco fue adormeciéndose de dulzura, y la noche estaba bien adentrada. Cuando la noche madurase vendría el velo más lleno de brisa de madrugada. Mientras tanto, estaba delicadamente viva, durmiendo.

Ya se había pasado el año. Los primeros calores de la primavera, tan antiguos como un primer soplo. Y que hacía que no pudiera dejar de sonreír. Sin mirarse al espejo, era una sonrisa que tenía la idiotez de los ángeles.

Mucho antes de que llegara la nueva estación ya estaba la anunciación: inesperadamente una calidez de viento, las primeras dulzuras de aire. ¡Imposible! ¡Imposible que esa dulzura de aire no traiga otras! dice el corazón rompiéndose.

Imposible, dice en eco la tibieza aún tan provocante y fresca de la primavera. ¡Imposible que ese aire no traiga el amor del mundo! Repite el corazón que parte su sequedad quemada en sonrisa. Y ni siquiera reconoce que ya lo trajo, que aquello es un amor. Ese primer calor todavía fresco traía todo. Tan sólo eso, e indiviso: todo.

Y todo era mucho para un corazón de pronto debilitado que sólo soportaba lo mínimo, sólo podía querer lo mínimo poco a poco. Sentía hoy, y también provocante, una especie de recuerdo aún venidero del día de hoy, y decir que nunca, nunca le había dado esto que estaba sintiendo a nadie y a nada. ¿Se lo había dado a sí misma?

Sólo en la medida en que la punzada de lo que era bueno cabía dentro de nervios tan frágiles, de muertes tan suaves. Ah, cómo quería morir. No había experimentado todavía morir —qué abertura de camino tenía aún por delante—. Morir tendría la misma punzada indivisible de lo bueno. ¿A quién daría su muerte? Sería como los primeros calores frescos de una nueva estación.

Ah, cómo el dolor era más soportable y comprensible que aquella promesa dé frígida y líquida alegría de la primavera. Y con tal pudor la esperaba: la punzada de lo bueno.

Pero nunca morir antes de morir realmente: pues era tan bueno prolongar aquella promesa. Quería prolongarla con tal finura.

En esa finura Lori se bañaba, se nutría de la vida mejor y más fina, pues nada era demasiado bueno para prepararse para el instante de aquella nueva estación. Quería los mejores aceites y perfumes, quería la vida de la mejor especie, quería las esperas más delicadas, quería las mejores carnes finas y también las pesadas para comer, quería la quiebra de su carne en espíritu y el espíritu quebrándose en carne, quería esas finas mezclas —todo lo que secretamente la adiestraría para

aquellos primeros momentos que vendrían.

Iniciada, presentía el cambio de estación. Y deseaba la vida más llena de un fruto enorme. Dentro de aquel fruto que en ella se preparaba, dentro de aquel fruto que era suculento, había lugar para el más leve de los insomnios diurnos que era su sabiduría de animal despierto: un velo de alerta, lo bastante alerta para tan sólo presentir. Ah, presentir era más agradable que la intolerable agudeza de lo bueno. Y no se había olvidado, en aquella su fina lucha trabada, de que lo más difícil de entenderse era la alegría.

Que no se olvidara de que la subida más escarpada, y más a merced de los vientos, era sonreír de alegría. Y por eso era lo que menos había cabido dentro de ella: la delicadeza infinita de la alegría. Pues cuando se demoraba demasiado en ella y buscaba apoderarse de su levísima vastedad, lágrimas de cansancio le venían a los ojos: era débil ante la belleza de lo que existía y de lo que iba a existir.

Y no conseguía, en ese adiestramiento continuo, apoderarse del primer regocijo de la vida.

¿Conseguiría esa vez captar el regocijo infinitamente dulce que era como morir? Ah, cómo se inquietaba al no conseguir vivir lo mejor, y así poder un día finalmente desear lo mejor. Cómo la inquietaba que alguien pudiera no comprender que moriría en un viaje de ida hacia una tonta felicidad de primavera. Pero no adelantaría un instante la venida de esa felicidad —pues esperarla viviendo era su vigilia de castidad.

Día y noche no dejaba apagarse la vela —para prolongarla en la mejor de las esperas.

La primera calidez fresca de la primavera… ¡pero aquello era amor! La felicidad la dejaba con una sonrisa de hija. Se había cortado el pelo y andaba bien peinada. Sólo que la espera casi no cabía más en ella. Era tan bueno que Lori corría el riesgo de sobrepasarse, de llegar a perder su primera muerte primaveral, y, en el sudor de tanta tibia espera, de morir antes. Por curiosidad, morir antes: pues ya quería saber cómo era la nueva estación.

Pero iba a esperar. Iba a esperar comiendo con delicadeza y recato y avidez controlada cada mínima migaja de todo, quería todo pues nada era demasiado bueno para su muerte que era también su vida, tan eterna que hoy mismo ella ya existía y ya era.

Por aquel mundo comenzó a vagar. Se encontraba con Ulises, en su búsqueda viajaba dentro de sí bien lejos. Y entonces llegó finalmente el

día en que supo que ya no era más solitaria, reconoció a Ulises, había encontrado su destino de mujer. Y saberlo casto, esperándola, lo encontraba natural y lo aceptaba. Pues ella, a pesar del deseo, no quería apresurar nada y también se mantenía casta.

Todos luchaban por la libertad —así lo veía en los diarios—, y se alegraba de que finalmente no soportaran más las injusticias. En el diario del domingo vio reproducida la letra de una canción de Checoslovaquia. La copió con la letra más bonita de maestra que tenía, y se la dio a Ulises. Se llamaba «Voz lejana» y era así:

Baja y lejana
Es la voz que oigo. ¿De dónde viene,
Débil y vaga?
Aprisióname en las palabras,
Me cuesta entender
Las cosas por las cuales pregunta
No sé y no sé
Cómo he de responderle

Sólo el viento sabe,
Sólo el sol sabio conoce.
Pájaros pensativos,
El amor es bello,
Me insinúan algo
Y lo demás
Sólo el viento lo sabe,
Sólo el sol conoce.

¿Por qué, a lo lejos, se levantan las rocas,
Por qué viene el amor?
Las personas son indiferentes,
¿Por qué todo les sale bien?
¿Por qué no puedo cambiar el mundo?
¿Por qué no sé besar?
No sé y no sé
Tal vez un día comprenda.

Sólo el viento sabe,

Sólo el sol sabio conoce.
Pájaros pensativos,
El amor bello,
Me insinúan algo.
Y lo demás,
Sólo el viento sabe,
Sólo el sol conoce.

La letra de la música era de un nombre que le encantaba por su rareza y le pidió a Ulises que lo pronunciara, cosa que él hizo con facilidad: Zdenek Rytir. Y la música, que ella jamás llegaría a oír, era de Karel Svoboda.

—Es hermoso, Loreley, es de una tristeza hermosa y aceptada.

Entonces de pronto se había calmado. Nunca, hasta entonces, había tenido la sensación de calma absoluta. Estaba sintiendo ahora una claridad tan grande que la anulaba como persona actual y común: era una lucidez vacía, como un cálculo matemático perfecto que no se necesitase. Estaba viendo claramente el vacío. Y ni entendía aquello que una parte de ella entendía. ¿Qué haría de esa lucidez? Sabía también que aquella claridad suya se podía volver el infierno humano. Pues sabía que —en relación con nuestra diaria y permanente adaptación resignada a la irrealidad— esa claridad de realidad era un riesgo. «Apagad pues mi llama, Dios, porque no me sirve para los días. Ayudadme de nuevo a consistir de un modo más posible. Yo consisto, consisto.»

De algún modo ya había aprendido que cada día nunca era común, era siempre extraordinario. Y que a ella le cabía sufrir el día o conseguir placer en él. Quería el placer de lo extraordinario para que en ella se sintiera lo extraordinario.

Durante días parecía meditar profundamente pero no meditaba en nada: sólo sentía el leve placer, incluso físico, del bienestar.

Y ahora era ella quien sentía ganas de quedarse sin Ulises, durante algún tiempo, para poder aprender sola a ser. Ya habían pasado dos semanas y Lori sentía a veces una nostalgia tan grande que era como el hambre. Sólo se pasaría cuando comiera la presencia de Ulises. Pero a veces la nostalgia es tan profunda que la presencia, calculaba ella, sería poco; ella querría absorber a Ulises todo. Ese deseo de ella de ser de Ulises y de que Ulises fuera de ella para una unificación completa era uno de los sentimientos más urgentes que había tenido en la vida. Se

controlaba, no llamaba por teléfono, feliz de poder sentir.

Pero el nacimiento del placer dolía tanto en el pecho que, a veces, Lori prefería sentir el acostumbrado dolor al insólito placer. La alegría verdadera no tenía explicación posible, no tenía siquiera la posibilidad de ser comprendida —y se parecía al comienzo de una predicción irrecuperable—. Aquel fundirse con Ulises, que había sido y era su deseo, se había vuelto insoportablemente bueno. Pero ella sabía que aún no estaba a la altura de disfrutar de un hombre. Era como si la muerte fuera nuestro bien mayor y final, sólo que no era la muerte, era la vida inconmensurable que llegaba a tener la grandeza de la muerte. Lori pensó: no puedo tener una vida mezquina porque no combinaría con lo absoluto de la muerte.

Gracias a los minutos de alegría por los que había pasado, Lori supo que la persona debía dejarse inundar por la alegría poco a poco —pues era vida naciendo—. Y quien no tuviera fuerza para tener placer, que antes cubriese cada nervio con una película protectora, con una película de muerte para poder tolerar lo grande de la vida. Esa película podía consistir en Lori en cualquier acto formal, en cualquier tipo de silencio, en clases a los alumnos o en varias palabras sin sentido: era lo que ella hacía. Pues el placer no era para jugar con él. El placer era nosotros.

Y en Lori el placer, por falta de práctica, estaba en el umbral de la angustia. Su pecho se contrajo, la fuerza se desmoronó: era la angustia, sí. Y, si ella no hiciera nada en contra, sentía que sería la peor de sus angustias. Tuvo miedo entonces.

Entonces llamó por teléfono a Ulises. Él contestó y, si le ha: bía sorprendido, no lo demostró. Ella apenas podía hablar, tan perdida como estaba: había dado un paso más allá del placer y se había asustado.

Cuando pudo finalmente hablar, le dijo:

—Ulises, estaba yendo bien y de repente estoy muy mal.

Él dijo:

—Debes haber ido demasiado lejos para quien empieza.

Ella dijo:

—No sé si todavía pretendes verme un día…

Él la interrumpió con un blando «cuando quieras».

Todo lo que él había dicho —sobre todo el tono con que lo dijera— era con la intención de apaciguarla. Y tan fuerte se sintió ella a través de él que, recuperada y calmada, le dijo:

—Prefiero quedarme todavía algún tiempo sola, aunque me sea tan

difícil.

—Es un sacrificio para mí también. Pero hazlo como quieras, si es eso lo que necesitas.

Ella entonces habló con una tranquilidad que no conocía en sí misma:

—Eso, Ulises, es eso lo que todavía necesito.

Nuevamente Ulises la había ayudado, sobre todo con el tono de su voz que era muy rica en inflexiones. Y Lori pensó que tal vez ésa fuera una de las experiencias humanas y animales más importantes: la de pedir mudamente socorro y mudamente ser dado ese socorro. Pues, a pesar de las palabras cambiadas, había sido mudamente como él la había ayudado. Lori se sentía como si fuera un tigre peligroso con una flecha clavada en la carne, y que estuviera rondando despacio a las personas miedosas para descubrir quién le sacaría el dolor. Y entonces un hombre, Ulises, hubiera sentido que un tigre herido no es peligroso. Y aproximándose a la fiera, sin miedo a tocarla, hubiese arrancado con cuidado la flecha clavada.

¿Y el tigre? No, ciertas cosas ni las personas ni los animales podían agradecerlas. Entonces ella, el tigre, había dado unas vueltas lentas frente al hombre, había titubeado, lamido una de las patas y después, como no era la palabra o el gruñido lo que tenía importancia, se había alejado silenciosamente. Lori nunca olvidaría la ayuda que recibiera cuando sólo había conseguido tartamudear de miedo.

Y Lori continuó en su búsqueda del mundo.

Fue al mercado de frutas y verduras y pescados y flores: había de todo en aquel amontonamiento de puestos llenos de gritos, de personas empujándose, palpando el material a comprar para ver si estaba bueno —Lori fue a ver la abundancia de la tierra que era semanalmente traída a una calle cerca de su casa en ofrenda a Dios y a los hombres—. Su investigación del mundo no humano, para entrar en contacto con lo neutro vivo de las cosas que, sin ellas pensarlo, estaban sin embargo vivas, paseaba por entre los puestos y era difícil acercarse a alguno, de tantas mujeres que traficaban con bolsas y carritos.

Finalmente vio: sangre pura y violeta caía de una remolacha aplastada en el suelo. Pero su mirada se fijó en el canasto de patatas. Tenían formas diversas y colores matizados. Tomó una con las manos, y la piel redonda era lisa. La piel de la patata era parda, y fina como la de una criatura recién nacida. Si bien, al manosearla, sintiese en los dedos la casi insensible existencia interior de pequeños brotes, invisibles al ojo desnudo. Aquella patata era muy bonita. No quiso comprarla porque no quería verla marchitarse en casa y mucho menos cocinarla.

La patata nace dentro de la tierra.

Y eso era una alegría que ella aprendió en ese momento: la patata nace dentro de la tierra. Y la patata por dentro, si se le quita la piel, es más blanca que una manzana pelada.

La patata era la comida por excelencia. Eso lo supo, y era un leve aleluya.

Se deslizó entre los centenares de personas en el mercado y eso era un crecimiento dentro de ella. Se detuvo un instante junto al puesto de los huevos.

Eran blancos.

En el puesto del pescado entrecerró los ojos aspirando nuevamente el olor de agua de mar, y el olor era su alma de pescado.

Las peras estaban tan repletas de ellas mismas que, en esa madurez estaban casi en su zumo. Lori compró una y allí mismo en el mercado dio el primer mordisco en la carne de la pera que cedió totalmente. Lori sabía que sólo quien hubiera comido una pera suculenta la entendería. Y compró un kilo. No era tal vez para comerlas en casa, eran para adornar, y para mirarlas algunos días más.

Como si ella fuese un pintor que acabara de salir de una etapa abstracta, ahora, sin ser figurativa, había entrado en un realismo nuevo. En ese realismo cada cosa del mercado tenía una importancia en sí misma, ligada a un conjunto —¿pero cual era el conjunto?—. Mientras no lo sabía, pasó a interesarse por objetos y formas, como si lo que existiese formara parte de una exposición de pintura y escultura. El objeto que quizá fuese de bronce —en el puesto de chucherías para regalo, vio la pequeña estatua mal hecha de bronce—, el objeto que quizá fuese de bronce casi le ardía en las manos de tanto gusto que le daba trabajar con él. Compró un cenicero de bronce, porque la estatuilla era demasiado fea.

Y de pronto vio los nabos. Veía todo hasta llenarse de plenitud de visión y del manoseo de las frutas de la tierra. Cada fruta era insólita, a pesar de ser familiar y suya. La mayoría tenía un exterior que era para ser visto y reconocido. Lo que le encantaba a Lori. A veces se comparaba con las frutas, y despreciando su apariencia externa, ella se comía enteramente, llena como estaba de zumo vivo. Estaba tratando de salir del dolor, como si tratara de salir de otra realidad que había durado su vida hasta entonces.

Pero su búsqueda no era fácil. Su dificultad era ser lo que era, lo cual, de pronto, se transformaba en una dificultad infranqueable.

Un día buscó entre sus papeles desparramados por los cajones de la casa la prueba del mejor alumno de su clase, que quería revisar de nuevo para poder ayudar más al chico. Y no la encontraba, aunque se acordase de que, en el momento de guardarla, había puesto interés en no perderla, pues la redacción era magnífica. La búsqueda se hacía inútil. Entonces se preguntó, como lo hacía antes, ya que perdía a veces las cosas que guardaba, si yo fuese yo y tuviera un documento importante que guardar, ¿qué lugar elegiría? En la mayoría de los casos le ayudaba a encontrar lo perdido.

Pero esta vez quedó tan atrapada por la frase «si yo fuese yo» que la búsqueda de la prueba se había vuelto secundaria y comenzaba sin querer a pensar, lo que en ella era sentir.

Y no se sentía cómoda. «Si yo fuese yo» había provocado un malestar: la mentira en que se había acomodado acababa de ser levemente trasladada del lugar donde se acomodara. Sin embargo ya había leído biografías de personas que de pronto pasaban a ser ellas mismas y cambiaban enteramente de vida, por lo menos de vida interior. A Lori le parecía que si ella fuese ella, los conocidos no la saludarían en la calle porque hasta su fisonomía habría cambiado. «Si yo fuese yo» parecía representar el mayor peligro de vivir, parecía la nueva entrada de lo desconocido.

Sin embargo, Lori tenía la intuición de que, pasadas las primeras perturbaciones de la fiesta íntima que habría, obtendría finalmente la experiencia del mundo. Bien lo sabía, probaría finalmente de lleno el dolor del mundo. Y su propio dolor de criatura mortal, el dolor que había aprendido a no sentir. Pero también sería algunas veces invadida por un éxtasis de placer puro y legítimo que mal podía adivinar. Es decir, ya estaba adivinando, porque se sintió sonriendo y también sintió una especie de pudor, el que se tiene frente a lo que es demasiado grande. Ser uno mismo lo que es era demasiado grande e incontrolable. Lori tenía una especie de temor a ir demasiado lejos. Siempre se retenía un poco como si retuviera las riendas de un caballo que podría galopar y llevarla Dios sabe adonde. Se reservaba. ¿Por qué y para qué? ¿Para qué se estaba reservando?, era un cierto miedo a su capacidad, pequeña

o grande. Tal vez se contuviera por miedo a no saber los límites de una persona.

Dos días después Ulises la llamó por teléfono y le preguntó si todavía necesitaba quedarse sola. Ella respondió, conteniendo la desesperación y conteniendo el deseo de caer en sus brazos para que él la protegiera, respondió: todavía.

Su desesperación venía de que no sabía siquiera por dónde y por qué cosa comenzar. Sólo sabía que ya había comenzado una cosa nueva y nunca más podría volver a su dimensión antigua. Y sabía también que debía comenzar modestamente, para no descorazonarse. Y sabía que debía abandonar para siempre la ruta principal. Y entrar por su verdadero camino que eran los atajos estrechos.

Fue al día siguiente cuando andando despacio y cansada por la calle vio a la muchacha de pie esperando el autobús. Y su corazón comenzó a latir —porque había decidido intentar contactar con una persona—. Se detuvo.

—¿El autobús se está retrasando? —preguntó tímida y desorientada.

—Sí.

Había fracasado. Su corazón latió aún más fuerte todavía porque sintió que no iba a desistir.

—Su vestido es muy bonito, me gusta el estampado grande con violeta.

La muchacha sonrió inmediatamente.

—Lo compré hecho, y salió más barato que si lo hubiera mandado hacer. Mi modista es increíble, vive aumentando el precio de un vestido a otro, y eso sin contar las menudencias que quedan por mi cuenta. Por eso me parece que…

Lori no oyó más: sonreía beatificada: había entrado en contacto con una desconocida. La interrumpió un poco bruscamente, pero con dulzura de gratitud en la voz:

—Adiós. Gracias, muchas gracias.

La muchacha respondió sorprendida:

—¿No quiere saber la dirección de la tienda donde compro?

—No hace falta, gracias.

Todavía alcanzó a ver el aire de asombro de la muchacha. Siguió caminando. No, ese tipo de contacto no servía. El contacto más profundo era lo que importaba. Cuando llegó a casa llamó por teléfono a Ulises:

—¿Qué hago? No aguanto vivir. La vida es tan corta y no aguanto

vivir.

—Pero hay muchas cosas, Lori, que todavía desconoces. Y existe un punto en que la desesperación es luz y amor.

—¿Y después?

—Después viene la Naturaleza.

—Estás llamando Naturaleza a la muerte.

—No, Lori, estoy llamando Naturaleza a nosotros.

—¿Será que todas las vidas fueron eso?

—No sé, Lori.

Nuevamente, pues, él no había tenido miedo del tigre herido y le había sacado la flecha clavada en el cuerpo. ¡Oh Dios! ¡Tener una sola vida era tan poco!

El amor por Ulises vino como una ola que ella había podido controlar hasta entonces. Pero de pronto no quería controlar más.

Y cuando notó que aceptaba de lleno el amor, su alegría fue tan grande que el corazón le latía por todo el cuerpo, le parecía que mil corazones le saltaban en las profundidades de su persona. Un derecho-de-ser la invadió, como si hubiera terminado de llorar al nacer. ¿Cómo? ¿Cómo prolongar el nacimiento de la vida entera? Fue rápido al espejo para saber quién era Loreley y para saber si podía ser amada. Pero se asustó al verse. -

Existo, lo estoy viendo, pero ¿quién soy? Y tuvo miedo. Le parecía que sintiendo menos dolor, había perdido la ventaja del dolor como aviso y síntoma. Había estado incomparablemente más serena aunque en gran peligro de vida: podía estar a un paso de la muerte del alma, a un paso de que ésta ya hubiera muerto, y sin el beneficio de su propio aviso previo.

En su miedo llamó por teléfono a Ulises. Y su empleado le dijo que él no estaba. Entonces cada quince minutos, desenfrenados en ella el miedo y el dolor, llamaba. Hasta que dos horas después, él mismo contestó al teléfono.

—Ulises, no encuentro una respuesta cuando me pregunto quién soy yo. Un poco de mí conozco: soy aquella que tiene la propia vida y también la tuya, bebo tu vida. ¡Pero eso no responde quién soy yo!

—Eso no se responde, Lori. No te hagas la fuerte preguntándote la peor pregunta. Yo mismo aún no puedo preguntarme quién soy sin quedar perdido.

Y su voz había sonado como la de un perdido. Lori se asustó. ¡No, no, ella no estaba perdida, ella iba realmente a hacer una lista de cosas

que podía hacer!

Se sentó delante del papel vacío y escribió: comer-mirar las frutas del mercado-ver las caras de la gente-tener amor-tener odio-tener lo que no se sabe y sentir un sufrimiento intolerable- esperar al amado con impaciencia-mar-entrar en el mar-comprar un traje de baño nuevo-hacer café-mirar los objetos-oír música-manos entrelazadas-irritación-tener razón-no tener razón y sucumbir al otro que reivindica-ser perdonado por mi vanidad de vivir-ser mujer-dignificarse-reírme del absurdo de mi condición-no tener opción-tener opción-adormecerse-pero de amor carnal no hablaré.

Después de esa lista continuaba sin saber quién era, pero sabía el número indefinido de cosas que podía hacer.

Y sabía que era un ser feroz entre los feroces seres humanos, nosotros, los monos de nosotros mismos. Nunca alcanzaríamos en nosotros el ser humano. Y quien lo alcanzaba era con justicia santificado. Porque desistir de la ferocidad era un sacrificio. ¿Cuál había sido el apóstol que dijera de nosotros: sois dioses?

Se acordó de una conversación que había tenido con Ulises y en la cual él parecía divagar distraído:

—Dios no es inteligente, comprende, porque Él es la Inteligencia. Él es el esperma y el óvulo del cosmos que nos incluye. Pero yo quería saber por qué tú, en lugar de llamarlo Dios, como todo el mundo, le llamas el Dios.

—Porque Dios es un sustantivo.

—Es la maestra la que está hablando.

—No. Él es sustantivo como sustancia. No existe un adjetivo para el Dios.

«Sois dioses.» Pero éramos dioses con adjetivos.

Fue al día siguiente cuando entrando en la casa vio la manzana suelta sobre la mesa.

Era una manzana roja, de piel lisa y resistente. Cogió la manzana con las dos manos: era fresca y pesada. La puso de nuevo sobre la mesa para verla como antes. Y era como si viese la fotografía de una manzana en el espacio vacío.

Después de examinarla, de girarla, de ver como nunca había visto su redondez y su color escarlata —entonces, despacio, lé dio un mordisco.

Y, oh Dios, como si fuera la manzana prohibida del paraíso, aunque ella ahora ya conocía el bien, y no sólo el mal como antes. Al contrario de Eva, al morder la manzana entraba en el paraíso.

Sólo dio un mordisco y dejó la manzana en la mesa. Porque alguna cosa desconocida estaba suavemente ocurriendo. Era el comienzo —de un estado de gracia.

Sólo quien ya hubiera estado en estado de gracia podría reconocer lo que ella sentía. No se trataba de una inspiración, era una gracia especial que tantas veces sucedía a los que trabajaban con arte.

El estado de gracia en que estaba no era utilizado para nada.

Era como si viniese tan sólo para que se supiera que realmente uno existía. En ese estado, además de la tranquila felicidad que irradiaba de las personas recordadas y de las cosas, había una lucidez que Lori llamaba leve porque en el estado de gracia todo era tan, tan leve. Era una lucidez de quien no adivinaba más: sin esfuerzo, sabe. Tan sólo esto: sabe. Que no le preguntaran qué, pues sólo podría responder de la misma manera infantil: sin esfuerzo, se sabe.

Y había una bienaventuranza física que a nada se podía comparar. El cuerpo se transformaba en un don. Y ella sentía que era un don porque estaba probando, de una fuente directa, la dádiva indudable de existir materialmente.

En el estado de gracia, se veía la profunda belleza, antes inalcanzable, de otra persona. Todo, por otra parte, ganaba una especie de nimbo que no era imaginario: venía del esplendor de la irradiación casi matemática de las cosas y de las personas. Se pasaba a sentir que todo lo que existe —persona o cosa— respiraba y exhalaba una especie de finísimo resplandor de energía. Esta energía es la verdad más grande del mundo y es impalpable.

Ni de lejos Lori podía imaginar lo que debía ser el estado de gracia de los santos. Aquel estado jamás lo había conocido y ni siquiera conseguía adivinarlo. Lo que le sucedía era apenas el estado de gracia de una persona común que de pronto se vuelve real, porque es común y humana y reconocible y tiene ojos y oídos para ver y oír.

Los descubrimientos en aquel estado eran indecibles e incomunicables. Permaneció sentada, quieta, silenciosa. Era como una anunciación. No siendo sin embargo precedida por los ángeles que, suponía ella, antecedían a la gracia de los santos. Pero era como si el ángel de la vida viniera a anunciarle el mundo.

Después lentamente salió de aquella situación. No como si hubiera estado en trance —no había habido ningún trance—, se salía despacio, con un suspiro de quien tuvo el mundo tal como es. También ya era un suspiro de nostalgia. Pues habiendo experimentado ganar un cuerpo y un alma y la tierra y el cielo, se quería más y más. Pero era inútil desear: sólo venía espontáneamente.

Lori no sabía explicar por qué, pero le parecía que los animales entraban con más frecuencia en la gracia de existir que los humanos. Sólo que aquéllos no lo sabían, y los humanos lo percibían. Los humanos tenían obstáculos que no dificultaban la vida de los animales, tales como raciocinio, lógica, comprensión. Mientras que los animales tenían el esplendor de aquello que es directo y se dirige derecho.

El Dios sabía lo que hacía: a Lori le parecía que estaba bien que no nos fuera dado frecuentemente el estado de gracia. Si lo fuese, tal vez pasaríamos definitivamente al «otro lado» de la vida, ese otro lado también era real pero nadie nos entendería jamás: perderíamos el lenguaje en común.

También era bueno que no viniera tantas veces como quisiera: porque ella podría acostumbrarse a la felicidad. Sí, porque en estado de gracia se era muy feliz. Y acostumbrarse a la felicidad sería un peligro social. Seríamos más egoístas, porque las personas felices lo eran, menos sensibles al dolor humano, no sentiríamos la necesidad de procurar ayudar a los que lo necesitaban —todo porque en gracia tenemos la comprensión y el resumen de la vida.

No, ni aunque dependiera de Lori, ella no hubiera querido estar con mucha frecuencia en estado de gracia. Sería como caer en un vicio, la atraería como un vicio, se volvería contemplativa como los consumidores de opio. Y si apareciera más a menudo, Lori tenía la certeza de que abusaría: llegaría a querer vivir permanentemente en

gracia. Y esto representaría una fuga imperdonable al destino humano, que estaba hecho de lucha y sufrimiento y perplejidad y alegrías.

También era bueno que ese estado de gracia durara pocos momentos. Si durase más, bien lo sabía, ella que conocía sus ambiciones casi infantiles, terminaría intentando entrar en los misterios de la Naturaleza. Cuando lo intentase tendría, además, la certeza de que la gracia desaparecería. Pues la gracia era una dádiva y, si bien nada exigía, se desvanecería si llegáramos a exigir de ella una respuesta. Era necesario no olvidar que el estado de gracia era apenas una pequeña abertura hacia el mundo que era una especie de paraíso —pero no era una entrada en él, ni daba derecho a comerse los frutos de sus frutales.

Lori salió del estado de gracia con el rostro liso, los ojos abiertos y pensativos y, aunque no hubiese sonreído, era como si todo el cuerpo acabase de salir de una sonrisa suave. Y había salido mejor criatura de lo que entrara.

Había experimentado alguna cosa que parecía redimir a la condición humana, aunque al mismo tiempo se acentuasen los estrechos límites de esa condición. Y justamente porque después de la gracia la condición humana se revelaba en su pobreza implorante, se aprendía a amar más, a esperar más. Se pasaba a tener una especie de confianza en el sufrimiento y en sus caminos tantas veces intolerables.

Había días que eran tan áridos y desérticos que ella daría años de su vida a cambio de unos minutos de gracia.

Dos días después Ulises llamó por teléfono y esa vez parecía exigir la presencia de ella, como si no soportara más la espera.

Ella fue. Mientras se acercaba a Ulises, que estaba en la terraza del bar bebiendo, él la miró y a causa de la sorpresa decepcionante no se levantó siquiera:

—¡Pero te has cortado el pelo! ¡Debiste preguntarme antes!

—No había pensado cortármelo, lo decidí en el momento.

Sabía cómo se sentía él porque ella había tenido una angustiosa sensación de pérdida a medida que le cortaban el pelo y los mechones muertos caían en el suelo.

—Voy a dejarlo crecer de nuevo pero lo bastante largo como para hacerme trenzas que se junten sobre la frente.

Él asintió pero estaba desilusionado. Lori lo observó: parecía cansado. Y ella adivinó que el cansancio también venía de la espera a la que ella lo había obligado.

—Ulises, ¿te acuerdas de que una vez me preguntaste por qué voluntariamente me había apartado de las personas? Ahora puedo hablar. Es que no puedo ser platónica con relación a mí misma. Estoy profundamente derrotada por el mundo en que vivo. Me separé solamente por un tiempo debido a mi derrota y por sentir que los otros también eran derrotados. Entonces me encerré en un individualismo que en caso de no tomar precauciones podría transformarse en soledad histérica o contemplativa. Lo que me salvó siempre fueron mis alumnos, los chicos. Sabes, Ulises, son pobres y por eso el colegio no exige uniforme. En el invierno les compré a todos un pulóver rojo. Ahora, para la primavera, les voy a comprar a los chicos pantalón y camisa azul, y a las chicas vestidos azules. O voy a encargar que los hagan, es más fácil de encontrar. Tengo que tomar las medidas de todos los alumnos porque…

Quien se levantó para irse fue Ulises, para sorpresa de Lori. Él dijo:

—Estás preparada, Lori. Ahora quiero lo que eres, y tú quieres lo que yo soy. Y todo ese cambio se hará en la cama, Lori, en mi casa y no en tu apartamento. Voy a escribir en esta servilleta mi dirección. Tú sabes mi horario en la facultad y el de las clases particulares. Fuera de esas horas, estaré en casa esperándote. Llenaré de rosas mi cuarto, y si se marchitan antes de que llegues, compraré rosas nuevas. Puedes venir

cuando quieras. Si estoy en medio de una clase particular, espérame. Si quieres venir en mitad de la noche y tienes miedo de venir en un taxi sola, llámame por teléfono que iré a buscarte.

A medida que hablaba escribía en la servilleta de papel la dirección, llamaba al camarero y pagaba la cuenta. Le dio la servilleta a Lori que la cogió aterrada.

—Lori, no te llamaré más por teléfono. Hasta que vengas sola. Preferiría que no llamaras avisando que vienes. Quisiera que, sin una palabra, tan sólo vinieras.

Era una libertad que él le ofrecía. Sin embargo, ella preferiría que él mandase en ella, que señalase día y hora. Pero sintió que era inútil intentar hacerlo cambiar de idea. Al mismo tiempo estaba contenta de ir a su casa sólo cuando quisiera. Porque, de repente, pretendía no ir nunca. Pues habían llegado a una madurez de relaciones, y ella temía que dormir juntos en una cama quebrase el encantamiento.

Durante los primeros días Lori se turbaba por la seguridad de que Ulises estaba esperando. Le dolía que las rosas se marchitaran y que él patéticamente las sustituyese por otras que iban a marchitarse también. La consolaba que la espera de él no le doliera tanto a él, pues se trataba de un hombre extremadamente paciente y con capacidad para sufrir. Entonces se sosegaba. Le parecía ahora que la capacidad de sufrir era la medida de grandeza de una persona y salvaba la vida interior de esa persona.

En los días que siguieron se ayudó a sí misma a matar el tiempo con las pruebas del colegio que había traído a casa para corregir.

Además de que estaba plena y no necesitaba de nadie, le bastaba saber que Ulises la amaba y que ella lo amaba. Fue por el hecho de estar recubierta de un amor nuevo por las cosas y por las personas. Por las cosas: compró una jarra verde de vidrio y la pintó de blanco opaco para que así las flores que había comprado en el mercado salieran del blanco. Compró un cenicero de piedra-jabón y no pudo resistir: con una uña rayó la parte trasera del cenicero, marcándolo, esculpiéndolo. Y compró un vestido blanco de piqué: cuando fuera a ver a Ulises se pondría ese vestido. En cuanto a las personas, estaba siendo sinceramente dulce y alegre con los alumnos a los que ahora amaba con un amor de madre.

Una noche llamó por teléfono a su amiga adivina y la avisó de que iría a verla. Poco le importó lo que la adivina le dijera sobre el futuro y cierto amor. Lo que le importó más fue lo siguiente: ella había visto una

Cosa. Eran las diez de la noche en la plaza de Tiradentes y el taxi corría. Entonces vio una calle que nunca más olvidaría. Ni siquiera pretendía describirla: aquella calle era suya. Sólo podía decir que estaba vacía y eran las diez de la noche. Nada más. Pero había sido germinada.

Algunas noches después estaba durmiendo. Y aunque pareciera una contradicción, de pronto el placer de estar durmiendo la había despertado suavemente con un blando sobresalto. Se quedó acostada algún tiempo y todavía sentía el gusto en todo el cuerpo de aquella zona rural donde subsolarmente se habían extendido desde las raíces los tentáculos de algún sueño. Ciertamente, desde luego, había sido un sueño bueno el que la despertara.

Se levantó y fue a beber un vaso de agua, sin querer encender las luces, tratando de orientarse en la oscuridad que no era total debido a la luz fuerte de la casa vecina. Eran apenas las once de la noche. Como se había ido a la cama a las diez, había dormido apenas una hora, despertada por el placer de dormir.

Fue a beber despacio el vaso de agua en la terraza. Sintió por el olor del aire y por la inquietud de las ramas de los árboles que dentro de poco iba a llover. No se veía la luna. El aire estaba sofocante, el olor de jazmín venía fuerte del jardín de la vecina. Lori se quedó de pie en la terraza, un poco sofocada por el perfume intenso. A través de la embriaguez del jazmín, por un instante le vino una revelación, bajo la forma de un sentimiento —y en el instante siguiente había olvidado lo que había conocido a través de la revelación—. Era como si el pacto con el Dios fuera éste: ver y olvidar, para no ser fulminada por el intolerable saber.

Allí de pie en la semioscuridad de la terraza, de repente más suave, le vino otra revelación que duró pues era el resultado intuitivo de cosas que había pensado antes racionalmente. Lo que le vino fue la levemente temible certeza de que nuestros sentimientos y pensamientos son tan sobrenaturales como una historia pasada después de la muerte. Y no comprendió lo que quería decir con eso. Dejó que el pensamiento se quedara, porque sabía que encubría otro, más profundo y más comprensible. Simplemente, con el vaso de agua en la mano, descubría que pensar no le era natural. Después reflexionó un poco, con la cabeza inclinada hacia un lado, que no tenía un día a día. Era una vida a vida. Y que la vida era sobrenatural.

En aquella hora de la noche conocía ese gran susto de estar viva, teniendo como único amparo tan sólo el desamparo de estar viva. La vida era tan fuerte que se amparaba en el propio desamparo. Estar viva

—sintió— tendría, de ahora en adelante, que ser su motivo y su tema. Con curiosidad tierna, envuelta por el olor de jazmín, atenta al hambre de existir, y atenta a la propia atención, parecía estar comiendo delicadamente viva lo que era muy suyo. El hambre de vivir, Dios mío. Hasta qué punto ella estaba en la miseria de la necesidad: cambiaría una eternidad de después de la muerte por la eternidad mientras estaba viva.

Hasta que tuvo realmente hambre, fue a buscar una pera y volvió a la terraza. Estaba comiendo. Su alma humana era la única forma posible de no chocar desastrosamente con su organismo físico, tan perfecto como una máquina. Su alma humana era también el único modo que le dieron para aceptar sin desatino el alma general del mundo.

Si el engranaje fallase por media fracción de segundo, ella se desharía en nada.

A pesar de la amenaza de lluvia inminente y de la angustia que el jazmín sofocante ya le estaba dando, descubría, descubría. Y no llovía, no llovía. Pero la hora más oscura precedió a esa cosa que ella no quería ni siquiera intentar definir. Esta cosa era una luz dentro de ella, y la llamaría alegría, alegría mansa.

Quedó un poco desorientada como si le hubiera sido sacado el corazón, y en lugar de él estuviera ahora la súbita ausencia, una ausencia casi palpable, de lo que era antes un órgano bañado por la oscuridad del dolor.

Porque estaba sintiendo el gran dolor. En ese dolor había sin embargo lo contrario de un entorpecimiento: era un modo más leve y más silencioso de existir. ¿Quién soy yo? se preguntó con gran temor. Y el olor del jazmín respondió: soy mi perfume.

Vio que, igual que el balanceo inquieto de los árboles de la casa vecina, ella también estaba indócil, inquieta. Se había preparado para consolarse de la angustia y del dolor. ¿Pero cómo se consolaría de la mezcla de la simple y tranquila alegría de la angustia? No estaba acostumbrada a prescindir del consuelo.

Entonces empezó finalmente a llover.

Primero una lluvia rala, después tan densa que hacía ruido en todos los tejados.

Ya sé, pensó de pronto. Supo que estaba buscando en la lluvia una alegría tan grande que se volviera aguda, y que la pusiera en contacto con la agudeza que se parecía a la agudeza del dolor. Pero había sido inútil la búsqueda. Estaba junto a la puerta de la terraza y sólo sucedía

esto: veía la lluvia y la lluvia caía a tono con ella. Ella y la lluvia estaban ocupadas en fluir con violencia.

¿Cuánto le duraría ese estado? Advirtió que con esa pregunta estaba tomando su pulso para sentir dónde estaría la palpitación dolorosa de antes.

Y vio que no había palpitación como antiguamente. Tan sólo eso: llovía fuertemente y estaba viendo la lluvia y mojándose toda.

Qué sencillez.

Nunca había imaginado que alguna vez el mundo y ella llegarían a ese punto de trigo maduro. La lluvia y Lori estaban tan juntas como el agua de la lluvia estaba ligada a la lluvia. Y ella, Lori, no estaba agradeciendo nada. Si ella no hubiera, inmediatamente después de nacer, escogido por acaso y forzosamente el camino que había escogido —¿cuál?— habría sido siempre lo que realmente estaba siendo: una campesina que está en un campo donde llueve. Ni siquiera dando gracias al Dios o a la Naturaleza. La lluvia tampoco agradecía nada. Sin gratitud o ingratitud. Lori era una mujer, una persona, era una atención, era un cuerpo habitado mirando la lluvia espesa caer. Así como la lluvia no era agradecida por no ser dura como una piedra: ella era la lluvia. Tal vez fuese eso, era exactamente eso: viva. Y a pesar de solamente viva, tenía una alegría mansa, como el caballo que come en la mano de uno. Lori estaba mansamente feliz.

Y de pronto, pero sin sobresalto, sintió el deseo extremo de dar esa noche a alguien. Y ese alguien era Ulises. Su corazón comenzó a latir fuerte, y se sintió pálida pues sintió que toda la sangre le había bajado del rostro, todo porque sintió tan repentinamente el deseo de Ulises y su propio deseo. Permaneció un instante de pie, por un instante desequilibrada. En seguida su corazón latió aún más fuerte y alto porque comprendió que no se retrasaría más, sería ahora, de noche.

Sacó de la cartera la dirección que él había escrito en la servilleta, se puso el impermeable sobre el camisón corto, y en el bolsillo del impermeable algo de dinero. Y sin maquillaje alguno en el rostro, con el resto del pelo corto cayendo sobre la frente y la nuca, salió para coger un taxi. Había sido todo tan rápido e intenso que no se había acordado siquiera de quitarse el camisón, ni de pintarse.

Tal vez por una necesidad de proteger esa alma demasiado nueva, en él y en ella, fue que él sin humillarse, pero con una actitud inesperada de devoción y también pidiendo clemencia para que no se hiriesen en ese primer nacimiento —tal vez por todo eso él se arrodilló delante de ella —. Y para Lori resultó muy positivo. Sobre todo porque sabía que estaba siendo bueno para él —después de grandes jornadas era cuando un hombre finalmente comprendía que necesitaba arrodillarse delante de la mujer como delante de su madre—. Y para Lori era bueno porque la cabeza del hombre quedaba cerca de las rodillas y cerca de sus manos, en su regazo que era la parte más caliente. Y ella pudo hacer su mejor gesto: con las manos que estaban a un tiempo temblorosas y firmes, sujetó aquella cabeza cansada que era el fruto de él y de ella. Aquella cabeza de hombre pertenecía a aquella mujer.

Nunca un ser humano había estado más cerca de otro ser humano. Y el placer de Lori era el de abrir finalmente las manos y dejar escurrir sin avaricia el vacío-pleno que antes estaba encarnizadamente aprisionándola. Y de pronto, un sobresalto de alegría: ¡notaba que estaba abriendo las manos y el corazón y que se podía hacer eso sin peligro! ¡Y no estoy perdiendo nada!

Estoy finalmente dándome y lo que sucede cuando me estoy dando es que recibo, recibo. Atención, ¿existe el peligro de que el corazón esté libre?

Advirtió, mientras alisaba suavemente el pelo oscuro del hombre, advirtió que en ese su explayarse es donde estaba el placer todavía peligroso de ser. Sin embargo, notaba una seguridad extraña también: venía de la certeza súbita de que siempre tendría qué gastar y dar. No habría pues más avaricia con ese vacío-pleno que era su alma, para gastarlo en nombre de un hombre y de una mujer.

—La noche de hoy me está pareciendo un sueño.

—Pero no lo es. Es que la realidad es increíble.

—¿Qué repique de campanas es ése?

—Es el reloj de la Gloria que marca cada quince minutos con campanadas que dejan asustadísimas a las palomas.

Lori sólo tenía un miedo: que Ulises, el gran Ulises cuya cabeza sostenía, la decepcionara. Como su padre que la había sobrecargado de contradicciones: la había transformado a ella, su hija, en su protectora.

Y ella, en la infancia, no había podido siquiera mirar al padre, cuando éste tenía una alegría, porque él, el fuerte, el sabio, en las alegrías se quedaba enteramente inocente y desarmado. Oh Dios, el padre se olvidaba por unos momentos de que era mortal. Y la obligaba a ella, una chica, a cargar con el peso de la responsabilidad de saber que nuestros placeres más ingenuos y más animales también morían. En esos instantes en que él olvidaba que iba a morir, la transformaba de chica en Pie- tá, la madre de los hombres.

Pero con Ulises estaba siendo diferente. Él, que nunca había sido humilde en el amor, por deslumbramiento se volvía humilde. Ella no supo cómo, precisamente de rodillas, la había hecho arrodillarse junto a él en el suelo, sin que ella sintiera vergüenza. Y una vez los dos arrodillados, él, finalmente, la besó.

La besó despacio hasta que ambos pudieron despegarse uno del otro, y quedaron mirándose sin pudor uno en los ojos del otro. Ambos sabían que ya habían ido demasiado lejos. Y todavía sentían el peligro de entregarse totalmente. Continuaron en silencio. Fue entonces cuando acostados en el suelo se amaron tan profundamente que tuvieron miedo de su propia grandeza.

—Despacio, Lori, despacio, tenemos la noche entera, despacio.

Parecían saber que cuando el amor era demasiado grande y cuando uno no podía vivir sin el otro, ese amor ya no era válido: ni la persona amada tenía la capacidad de recibir tanto. Lori estaba perpleja al notar que incluso en el amor se debía tener buen sentido y sentido de la medida. Por un instante, como si lo hubieran acordado, él besó su mano, humanizándose. Pues existe el peligro de, por así decirlo, morir de amor.

E inmediatamente después de que el peligro hubiera pasado, él la besó de nuevo sin ningún miedo.

—¿Cómo te las arreglabas con el sexo?

—Era la única cosa —dijo ella—, en que me las arreglaba bien.

—Presentía eso —dijo él y de puros celos la hirió—: cuando te vi en la calle la primera vez en seguida vi que serías buena en la cama.

La vitalidad de campesina es lo que salvaba a Lori de un mundo de emociones demasiado delicadas. Él vio que la había herido por celos. Y dijo:

—Pero esta noche es mi primera vez.

Al principio él la había tratado con una delicadeza y un sentido de espera como si ella fuera virgen. Pero pronto el hambre de Lori hizo que

Ulises se olvidara completamente de la gentileza y fue con voracidad sin alegría como se amaron por segunda vez. Y como no bastaba, ya que habían esperado tanto tiempo, casi en seguida se poseyeron realmente de nuevo, esta vez con alegría austera y silenciosa. Ella se sintió perdiendo todo el peso del cuerpo como una figura de Chagall.

Después permanecieron quietos, con las manos entrelazadas.

Por un instante ella retiró la mano, encendió un cigarrillo, se lo pasó a él, y encendió otro para sí misma —y después volvió a coger su mano —. En seguida él apagó el cigarrillo. Estaba oscuro, como ella había querido, y ellos callados. Nunca me conocí como ahora, sentía Lori. Era un saber sin piedad ni alegría ni acusación, era una comprobación intraducible en sentimientos separados unos de los otros y por eso mismo sin nombres. Era un saber tan vasto y tranquilo que sentía que «yo no soy yo». Y era también lo mínimo, pues se trataba, al mismo tiempo, de un macrocosmos y de un microcosmos. Yo me conozco así como la larva se transforma en crisálida: ésta es mi vida entre vegetal y animal. Era tan completa como el Dios: sólo que Éste tenía una ignorancia sabia y perfecta que Le guiaba a Él y al Universo. Saberse a sí misma era sobrenatural. Lori quiso transmitir eso a Ulises pero no tenía el don de la palabra y no podía explicar lo que sentía o lo que pensaba, además de que pensaba casi sin palabras.

Adivinó que él casi se adormecía, y entonces desprendió despacio su mano de la de él. Él sintió en seguida la falta de contacto y dijo entre despierto y dormido:

—Es porque te amo.

Entonces ella, con voz baja para no despertarlo del todo, dijo por primera vez en su vida:

—Es porque te amo.

Le invadió una gran paz por haberlo dicho finalmente. Sin miedo de despertarlo y sin miedo de la respuesta, preguntó:

—Escucha, ¿todavía me vas a querer?

—Más que nunca —respondió él con voz tranquila y controlada—. La verdad Lori, es que anduve toda mi vida en busca de la embriaguez de la santidad. Nunca pensé que lo que iba a alcanzar era la santidad del cuerpo.

En cuanto a ella, había luchado toda su vida contra la tendencia al devaneo, no dejando nunca que la llevara hasta las últimas aguas. Pero el esfuerzo de nadar contra la corriente dulce le había quitado parte de su fuerza vital. Ahora, en el silencio en que ambos estaban, ella abrió

sus piernas, relajó su alma y el cuerpo, y no supo cuánto tiempo había pasado pues se había entregado a un profundo y ciego devaneo que el reloj de la Gloria no interrumpía.

Él se movió en la cama. Entonces ella habló:

—Me habías dicho que, cuando me preguntaran mi nombre no dijera Lori, sino «Yo». Pues solamente ahora me llamo «Yo». Y digo: yo está enamorada de tu yo. Entonces nosotros es. Ulises, nosotros es original.

Era una noche cada vez más oscura y llovía mucho. Aunque sin verlo, reconoció por su respiración pausada que él dormía. Permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad y cada vez más la oscuridad se le revelaba como un denso placer compacto, casi irreconocible como placer, si fuera comparado con el que había tenido con Ulises. Que él estuviera durmiendo a su lado la dejaba a un tiempo sola e integrada. Ella no quería nada sino aquello que le sucedía: ser una mujer en la oscuridad al lado de un hombre que dormía. Pensó por un instante si la muerte interferiría en el pesado placer de estar viva. Y la respuesta fue que ni la idea de muerte conseguía perturbar el ilimitado campo oscuro donde todo palpitaba denso, pesado y feliz. La muerte había perdido la gloria.

Se acordó de cómo era antes de esos momentos de ahora. Antes era una mujer que buscaba una manera, una forma. Y ahora tenía lo que en verdad era mucho más perfecto: era la gran libertad de no tener maneras ni formas.

No se engañaba a sí misma: ¿era posible que aquellos momentos perfectos pasaran? ¿Dejándola en medio de un camino desconocido? Pero ella podría siempre retener en las manos un poco de lo que ahora conocía, y entonces sería más fácil vivir no viviendo, apenas viviendo. Aunque nunca más fuera a sentir la grave y suave fuerza de existir y amar, como ahora, de ahí en adelante ya sabía por qué cosa esperar, esperar la vida entera como si fuera necesario, y si fuera necesario jamás tener de nuevo lo que esperaba. Se movió de golpe en la cama porque fue insoportable imaginar por un instante que tal vez nunca más se repitiese su profunda existencia en la Tierra. Pero, para su alegría inesperada, advirtió que lo amaría siempre. Después de que Ulises hubiera sido de ella, ser humana le parecía ahora la más cercana forma de ser un animal vivo. Y a través del gran amor de Ulises, entendió finalmente la clase de belleza que tenía. Era una belleza que nada ni nadie podría alcanzar para llevársela, de tan alta, grande, honda y oscura que era. Como si su imagen se reflejara trémula en un embalse

de aguas negras y translúcidas.

El sueño a veces le venía pero tenía miedo de despertarse siendo nuevamente la antigua mujer. La precariedad de la verdadera vida en sí misma la desolaba. Extendió el brazo en la oscuridad y en la oscuridad su mano tocó el pecho desnudo del hombre dormido: así lo creaba con su propia mano y hacía que ésta para siempre guardara en la piel la impresión del vivir. «Dios», pensó, «entonces era esto lo que parecías prometerme». Y sus ojos se cerraron en un semisueño, en una semivigilia pues ella vigilaba el sueño de su gran amante.

Fue en ese estado de sueño-vislumbre cuando soñó ver que la fruta del mundo era ella. O si no lo era, que había acabado de tocarla. Era una fruta enorme, escarlata y pesada que quedaba suspendida en el espacio oscuro, brillando con una luz casi de oro. Y que en el aire mismo apoyaba la boca en la fruta y conseguía morderla, dejándola sin embargo entera, brillando en el espacio. Pues así era con Ulises: ellos habían poseído más allá de lo que parecía posible y permitido, y sin embargo él y ella estaban enteros. La fruta estaba entera, sí, aunque dentro de la boca sintiera como cosa viva la comida de la tierra. Era tierra santa porque era la única en la que un ser humano podía decir al amar: yo soy tuya y tú eres mío, y nosotros somos uno.

Hasta que Lori se durmió profundamente y la oscuridad fue toda de ella.

Después de algún tiempo se despertaron y tanto Ulises como Lori buscaron con su mano la mano del otro.

—Mi amor —dijo ella.

—¿Sí?

Pero ella no respondió. Entonces él dijo:

—Nosotros dos sabemos que estamos en el umbral de una puerta abierta a una nueva vida. Es la puerta, Lori. Y sabemos que sólo la muerte de uno de nosotros ha de separarnos. No, Lori, no va a ser una vida fácil. Pero es una vida nueva. (Todo me parece un sueño. Pero no lo es —dijo él—, la realidad es lo increíble.)

Ulises, el sabio Ulises, había perdido su tranquilidad al encontrar por primera vez en la vida el amor. Su voz era otra, había perdido el tono de profesor, su voz ahora era tan sólo la de un hombre. ¿Había querido enseñarle a Lori a través de fórmulas? No, pues no era hombre de fórmulas, ahora que ninguna fórmula servía: estaba perdido en un mar de alegría y de amenaza de dolor. Lori pudo finalmente hablar con él de igual a igual. Porque finalmente él se daba cuenta de que no sabía nada

y el peso aprisionaba su voz. Pero quería la vida nueva y peligrosa.

—Siempre tuve que luchar contra mi tendencia a ser la sierva de un hombre —dijo Lori—, tanto admiraba al hombre en contraste con la mujer. En el hombre siento el coraje de estar vivo. Mientras yo, mujer, soy un poco más delicada y por eso mismo más débil, tú eres primitivo y directo.

—Lori, ahora eres una supermujer en el sentido en que yo soy un superhombre, tan sólo porque tenemos el coraje de atravesar la puerta abierta. Dependerá de nosotros que lleguemos con dificultad a ser lo que realmente somos. Nosotros, como todas las personas, somos dioses en potencia. No hablo de dioses en el sentido divino. En primer lugar debemos seguir a la naturaleza, no olvidando los momentos bajos, puesto que la naturaleza es cíclica, es ritmo, es como un corazón latiendo. Existir es tan completamente fuera de lo común que si la conciencia de existir se retrasase más de algunos segundos, enloqueceríamos. La solución para ese absurdo que se llama «yo existo», la solución es amar a otro ser diferente que nosotros comprendemos que existe.

—Mi amor —dijo ella sonriendo—, me sedujiste diabólicamente. Sin tristeza ni arrepentimiento, siento como si hubiera finalmente mordido la pulpa del fruto que yo pensaba que estaba prohibido. Me transformaste en la mujer que soy. Me sedujiste —sonrió—. Pero no hay sordidez en mí. Soy pura como una mujer en la cama con su hombre. Una mujer nunca es pornográfica. Yo no sabría serlo, a pesar de no haber estado nunca tan íntimamente con nadie. ¿Entiendes?

—Entiendo y lo sé. Pero no me gusta hablarlo todo. Debes saber también callar para no perderte en palabras.

—No. Me callé toda la vida. Pero está bien, hablaré menos. Lo que querría saber es si soy a tus ojos la infeliz heroína que se desnuda. Estoy desnuda de cuerpo y alma, pero quiero la oscuridad que me abriga y me cubre, no, no enciendas la luz.

—Sí.

Antes le había faltado humildad a Ulises. Pero en el amor, por deslumbramiento, se había vuelto humilde y sereno.

—Te amo, Lori, y no tengo mucho tiempo para ti porque trabajo mucho. Fue siempre con esfuerzo que dedicaba tiempo a tomar un whisky contigo. Mi trabajo va a aumentar porque necesito finalmente escribir mi tesis. Y escribir sin estilo —dijo como si hablara solo—. Escribir sin estilo es lo máximo que, quien escribe, llega a desear. Será,

Lori, como tu frase que me sé de memoria: será el mundo con su impersonalidad soberbia contra mi individualidad como persona pero seremos uno solo. Tendrás que quedarte sola muchas veces.

—No me molesta. Hoy soy otra mujer. Y un minuto de seguridad de tu amor parecerá semanas para mí, soy otra mujer. Y además quiero estar más ocupada: la enseñanza me está apasionando, quiero vestir, y enseñar, y amar a mis alumnos, y prepararlos de una manera como yo nunca fui preparada.

—Eres la misma de siempre. Sólo que te abriste en rosa rojo-sangre. Tiré las dos docenas de rosas porque te tengo a ti, rosa grande y de pétalos húmedos y espesos. Lori, voy a estar tan ocupado que tal vez lo mejor sea casarnos para estar juntos.

—Tal vez sea mejor. Tal vez lo mejor sea…

Él la interrumpió besando detenidamente su carne perfumada. Y ella cayó de nuevo en el vértigo que la invadió, y era nuevamente feliz como un ser puede morir de felicidad. Y nuevamente por cuarta vez se amaron.

Después él preguntó si quería que encendiera las luces pues quería verla. Ella dijo que sí. Entonces se miraron. Ambos estaban pálidos y ambos se encontraron hermosos. Ella cubrió su cuerpo con la sábana. Poco después fumaban asegurando el cigarrillo con una de las manos y la otra cogida a la mano del otro. Se quedaron en silencio mucho tiempo. La propia Lori no acompañó sus propios sentimientos hasta llegar un poco inesperadamente a la súbita pregunta:

—¿Cuál es mi valor social? El actual, quiero decir.

—El de una mujer no integrada en la sociedad brasileña de hoy, en la burguesía de la clase media.

—A mi modo de ver, no perteneces a ninguna clase, Ulises. Si supieras qué excitante es imitarte. Aprendo contigo pero tú piensas que aprendí con tus lecciones, pero no fue así, aprendí lo que ni soñabas enseñarme. ¿Te parece que ofendo mi estructura social con mi enorme libertad?

—Claro que sí, felizmente. Porque acabas de salir de la prisión como ser libre, y eso nadie lo perdona. El sexo y el amor no te son prohibidos. Finalmente aprendiste a vivir. Y eso provoca el desencadenamiento de muchas otras libertades, lo que es un riesgo para tu sociedad. Hasta la libertad de ser bueno asusta a los demás. Vas a ver cómo vas a enseñar mejor. Pero nosotros dos, si tenemos un hijo, ya estamos preparados.

—Esta noche quería quedarme embarazada.

—Sé paciente. Por otra parte, la próxima vez tienes que tener cuidado porque vamos a esperar el momento justo para tener un hijo. Antes, para facilitarlo, incluso, lo realmente justo sería casarnos.

Ella se levantó envuelta en la sábana y apagó la luz. Ya era la penumbra de la premadrugada. Y la penumbra todavía más oscura, después de que se habían visto, les beneficiaba. Se quedaron en un silencio tan prolongado que por un instante, en el momento de mayor oscuridad que precede a la aurora, ella no supo dónde se encontraba. Había un caos y una nebulosa tan maravillosos que ella apretó la mano de él para que alguien la asegurase en la tierra. Continuaron en silencio y desprendieron las manos apagando los cigarrillos. Ella ya no tenía aquellos celos que sintiera al entrar en el cuarto y advertir que él tenía una cama de matrimonio, con dos mesillas de noche y dos ceniceros. Ahora nunca más tendría celos.

Minutos después dijo:

—No encuentro aún una respuesta cuando me pregunto: ¿quién soy? Pero me parece que ahora lo sé: profundamente soy aquella que tiene la propia vida y también tu vida. Yo bebí nuestra vida.

—Pero eso no se pregunta. Y la pregunta debe tener otra respuesta. No te hagas la fuerte preguntándote la peor pregunta de un ser humano. Yo, que soy más fuerte que tú, no puedo preguntarme «quién soy» sin quedar perdido.

Y su voz había sonado como la de un perdido.

Fue sin sobresalto como ella sintió la mano de él en su vientre. La mano ahora acariciaba sus piernas. No había en ese momento sensualidad entre ambos. Aunque estuviera llena de maravillas, como llena de estrellas. Ella extendió entonces su propia mano y le tocó el sexo que en seguida se transformó: pero él permaneció quieto.

Ambos parecían tranquilos y un poco tristes.

—¿Amor será dar de regalo uno al otro la propia soledad?

Pues es la última cosa que se puede dar de sí mismo —dijo Ulises.

—No sé, mi amor, pero sé que mi camino llegó a su fin: quiero decir que llegué a la puerta de un comienzo.

—Mujer mía —dijo él.

—Sí —dijo Lori—, soy mujer tuya.

La madrugada se abría en luz vacilante. Para Lori la atmósfera era la de un milagro. Había alcanzado lo imposible de sí misma. Entonces dijo, porque sentía que Ulises estaba nuevamente sujeto al dolor de existir:

—Mi amor, no crees en el Dios porque nos equivocamos al humanizarlo. Lo humanizamos porque no Lo entendemos, entonces no resultó. Tengo la certeza de que Él no es humano. Pero aun siendo humano, sin embargo, a veces nos diviniza. Piensa que…

—Pienso —interrumpió el hombre y su voz era lenta y sofocada porque estaba sufriendo de vida y de amor—, pienso lo siguiente:

NOTAS

[1] Uno de los puestos de vigilancia en que está dividida la playa de Copacabana, en Rio de Janeiro y, por extensión, la zona a su cuidado.

[2] Popular lugar de paseo de los cariocas.